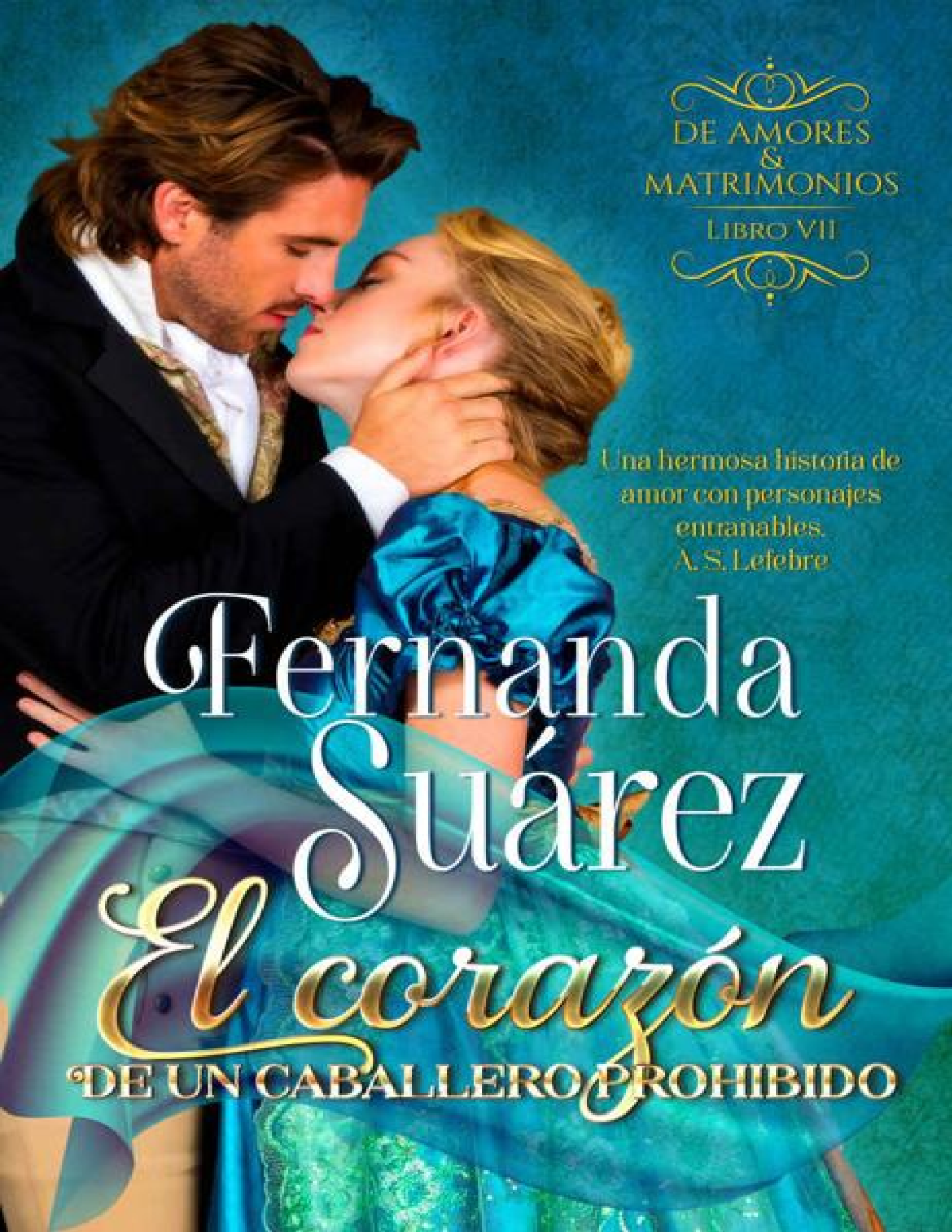




DE AMORES
&
MATRIMONIOS

LIBRO VII

Una hermosa historia de
amor con personajes
entranables.
A.S. Lefebvre

Fernanda
Suárez
El corazón
DE UN CABALLERO PROHIBIDO

El corazón de un caballero prohibido

Amores y Matrimonios VII

Fernanda Suarez

Copyright © 2022 Fernanda Suarez

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos retratados en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia y no es intención del autor.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación o transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o cualquier otro, sin el permiso expreso por escrito del editor.

Obra registrada en propiedad intelectual.

Diseño de portada por: Pamela Díaz Rivera
Imagen de portada: Period images.

*A mis papas.
Tanto que agradecer que las palabras no alcanzarían.
A ti.
Siempre será para esta vida y la siguiente.
Gracias por tanto amor.*

Contents

[Title Page](#)

[Copyright](#)

[Dedication](#)

[Sinopsis](#)

[Consejo N° 7](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

[No te pierdas la siguiente entrega de la serie](#)

[Agradecimientos](#)

Sinopsis

Para Francis Levenson, duque de Bedford, volver a empezar no era una opción. El día que Dios decidió llevarse a su esposa e hijo, perdió todo lo que le importaba y le daba un sentido a su vida. Por ello, estaba empeinado en pasar los años que le quedaban sumido en la más absoluta soledad, bebiendo *whisky* hasta perder el sentido. A esas alturas de su existencia, no estaba dispuesto a apostar lo poco que aún le quedaba, o al menos esa había sido su férrea decisión hasta que un remolino de locura se cruzó en su camino.

Lady Eliana Morei contaba con todos los requisitos para ser la beldad más deseada de la temporada, todos a excepción del deseo de serlo. No tenía el más mínimo interés por unirse a alguien que podía coartar su libertad, o tal vez solo debía esperar a que llegase el caballero indicado.

Conquistar un corazón que se consideraba ajeno podía ser una misión imposible o convertirse en la más grande de las aventuras.

Todo dependerá de qué cantidad estén dispuestos a apostar para obtener aquello que tanto ansían.

Consejo N° 7

Asegurar la descendencia, conseguir una herencia,

la estabilidad económica, el ascenso social o un enamoramiento:

Cualquiera de estos pretextos será bien recibido a la hora de concertar un matrimonio.

Si la situación es desesperada, el casamiento puede

convertirse en un faro en medio de una temible tempestad.

Prólogo

Francis miró al cielo rogando por un poco de ayuda, quién iba a decirle a él que su propia casa se convertiría en una prisión cada vez que las visitas apareciesen por ella. La única razón por la que había decidido atenderla era porque se trataba del único familiar que le quedaba en el mundo. De modo que ahí estaba él, de pie en una de las salitas para el té, esperando a que su tía pronunciara las mismas palabras que llevaba repitiendo durante los últimos meses en cada una de las ocasiones en la que tenía una oportunidad. Poco le importaba las negativas que le diese, ella continuaba insistiendo.

—Aún eres muy joven, sobrino, deberías pensar seriamente en volver a unirme en matrimonio con una dama digna de llevar el título de duquesa, recuerda que es tu responsabilidad proveer de un primogénito al ducado —comentó la condesa Wends mientras disfrutaba de un delicioso té en una de las salas de espera del duque.

—Sabe muy bien que eso no sucederá tía, ya he tenido suficiente del amor, así que lamento informarle que el título será heredado por algún pariente lejano o cabe la posibilidad de que vuelva a la monarquía, pero no hay poder alguno que me haga caminar hacia el altar de nuevo —decretó seguro de sus palabras. En el pasado, ya se había enamorado de una gran mujer y pasado junto a ella los mejores meses de su vida, hasta que el destino decidió arrebatarse todo lo que tenía, dejándolo perdido en las penumbras.

—Francis, sé que perder a tu esposa fue un gran golpe. Sin embargo, ya han pasado tres años desde su partida. No puedes encerrarte en la soledad por el resto de tus días; date la oportunidad de volver a vivir. La temporada acaba de empezar y varias de las debutantes son auténticas beldades, todas ellas unas damas ejemplares.

El duque soltó un gruñido y, levantándose, caminó hasta una de las ventanas, disfrutando de la hermosa vista al jardín. Ese mismo que cuidó su esposa con tanto esmero y trabajo. ¿Cómo podía traer a otra mujer a casa? Por la noche aún observaba esa puerta que tiempo atrás lo había unido a ella.

—No estoy listo para hablar sobre ello —concluyó llevándose las manos a la espalda—. Si me disculpa, tía, tengo una cita con lord Rother y bien sabe lo que detesto llegar tarde.

La condesa suspiró, dejó la tasa de té a un lado, se puso en pie, alisó su falda y le lanzó una mirada desdeñosa.

—Empiezas a perder los buenos modales, sobrino.

Capítulo 1

«Querida duquesa viuda de Pemberton:

Le ruego disculpe mi atrevimiento al enviarle esta misiva, pero le escribo porque preciso de su ayuda.

Ha llegado a mis oídos el rumor de que es usted la mejor de las casamenteras y, aunque es un tanto impertinente por mi parte hacerle esta solicitud, las circunstancias me obligan a ello.

Se dice que debido a su acompañamiento se han dado uniones basadas en el amor. Eso es justo lo que deseo.

Seguro que recuerda a mi sobrino, Francis Levenson, duque de Bedford, quien es un gran caballero que, aunque aún no lo sabe, ansía amar con locura. Algo me dice que usted puede llegar a ser mi aliada en este asunto en particular.

Si conoce alguna dama o dispone de algún consejo para mí, espero con ansias su respuesta. Él necesita casarse y sé que juntas crearemos una verdadera historia de amor.

Lady Wends».

Marzo 1817

La temporada social apenas empezaba y Francis ya estaba deseoso por salir huyendo a la tranquilidad del campo, lejos de las insoportables madres y sus indeseables señoritas. ¿Cómo es que no entendían que no estaba mínimamente interesado en volver a casarse? De no ser por sus deberes como duque, jamás volvería a asistir a ninguna velada ni evento social en el que se viera obligado a soportar esa situación.

—Nunca imaginé ver a un duque escondido en una esquina como si de una solterona se tratase. —Se burló Ross dándole una palmada en la espalda.

—¿Cómo lo puedes soportar? A mí me están volviendo loco. —preguntó Francis.

Dándole la espalda al resto de los invitados, centró su mirada en las puertas de cristal que daban al jardín. Desde allí se podía ver el camino iluminado con antorchas que conducían hasta la fuente, en donde varias personas disfrutaban de un poco de aire fresco lejos del bullicio y el ajetreo del baile.

—Sencillo, amigo mío, un par de sonrisas por allí, un par de comentarios agradables por allá y listo, con solo eso las tendrás contentas sin darles justo lo que te piden. Ya es hora de que vayas entendiendo que mientras seas un caballero soltero y un duque disponible siempre estarás en la mira. Y lamento informarte que el único remedio para ello es casarte, cosa que, por lo que me has dicho, no tienes la intención de hacer. En otras palabras, no te queda más que soportarlo.

El duque hizo una mueca y llevó la copa que sujetaba en sus manos hasta sus labios, pero antes de llegar a beber, el movimiento de una sombra colorida proveniente de una zona oscura del jardín atrajo su atención.

Francis frunció el ceño y agudizó su vista. Allí había algo o alguien que estaba intentando ocultarse, aunque no parecía realizar un buen trabajo para conseguirlo. ¿Acaso estaba siendo testigo del escape de una dama para lo que sería un encuentro amoroso? Porque sin duda se trataba de una mujer, el color de su vestido no ayudaba mucho en su propósito camaleónico.

—Dime algo, Ross, ¿piensas abandonar tu soltería en un futuro próximo? —cuestionó el duque un tanto distraído por lo que sucedía más allá de las puertas.

Su amigo puso su mano derecha en su pecho justo sobre su corazón confiriéndole un poco de drama a las siguientes palabras.

—Por supuesto que no, no pienso privar a cierta viuda de los placeres que trae mi libertad; ya habrá tiempo suficiente para buscar una dama que me dé un heredero y cumplir con mis obligaciones con el marquesado —aseguró su amigo sin llegar a notar que la atención del aludido estaba muy lejos de allí.

No tardó en perder de vista a quien fuera que estuviese en las afueras, lo que obligó a Francis a observar y recorrer con la mirada una y otra vez todo el espacio que tenía frente a sí en busca de aquella misteriosa presencia. Tras varios intentos infructuosos, soltó un suspiro dispuesto a centrarse de nuevo en la conversación con el marqués; resultaba ridículo, con toda seguridad el aburrimiento ya estaba ocasionando que imaginase cosas. Solo entonces la vio. Entre los arbustos, divisó con claridad a una joven de cabellos claros. Se hallaba usando un vestido color azul claro con detalles en blanco, los cuales debido la larga distancia le fue imposible de identificar.

Ella parecía mirar de un lado a otro en busca de alguien que pudiese poner en peligro su huida, sin llegar a percatarse de que él ya estaba siendo testigo de su aventura.

La mujer se movía entre las sombras como si conociera el lugar a la perfección, de no ser porque estaba seguro de que sus anfitriones no tenían hijas, sobrinas o protegidas bajo su cargo, las cuales pudieran albergar tal conocimiento sobre el lugar, aseguraría que la susodicha también residía allí. Por su actitud suponía una tarea hercúlea vislumbrar cuál era su intención al huir del salón de baile, aunque lo cierto era que no parecía tratarse de un encuentro amoroso, pues su actuar se asemejaba más al de alguien que buscaba mimetizarse del resto.

Se fijó en cómo parecía apoyarse contra el grueso tronco de uno de los árboles. Al menos tenía la suficiente inteligencia de permanecer lejos de las luces. De no ser por el brillo de la luna y el hecho de que él estuviese siempre atento hasta del más mínimo detalle, ni siquiera la habría descubierto.

—Creo que bailaré la siguiente contradanza con alguna dama, no me agrada la idea de permanecer en tu esquina el resto de la velada. Si tengo que soportar este tipo de eventos al menos tengo el derecho a distraerme bailando un poco. —dijo su amigo trayéndolo de vuelta, y alejándolo del misterio oculto en el jardín.

Él pensó que con un poco de suerte incluso podría llegar a descubrir la identidad de la dama; en algún momento tendría que volver al salón, ¿no?

—Yo no soy muy dado al baile, así que mejor voy por otra copa. —respondió. Echó un último vistazo al exterior y, tras componer una pequeña sonrisa, se alejó de allí.

Lady Morei se movía por el lugar con tal seguridad, que se sintió orgullosa de sí misma por la gran facilidad con la que memorizaba los caminos, solo le había bastado analizarlos desde una de las ventanas y allí se encontraba, caminando como si estuviera en su propia casa. Soltó una risita, para después elevar una mirada a la luna. Tenía que volver.

Nunca había sido muy buena en los eventos sociales, pertenecía más al tipo de mujer que prefería pasar desapercibida lejos del foco de atención de la insufrible sociedad. Amaba la tranquilidad que le transmitían los jardines cuando solo ella estaba allí para disfrutarlos.

Rodeó el árbol en el que se apoyaba, y detalló a lo lejos las escaleras que la llevarían de vuelta. Con un poco de suerte, lograría entrar al salón sin ser descubierta.

Tomó una respiración profunda y empezó a moverse evitando en todo momento los focos de luz, para ello, siguió la protección de los árboles, setos o lo que fuera que pudiera cubrirla.

Estaba a tan solo unos pasos del primer escalón cuando, tras un mal movimiento, escuchó que el bajo de su vestido se rasgaba. Ahora sí que estaba en problemas.

Bajó la mirada para evaluar el daño y, al notar que era mucho peor de lo que había imaginado, soltó una maldición poco femenina. Desenredó la tela de la rama culpable de su desgracia y continuó con su camino, mientras que se preparaba mentalmente para la regañina de su madre.

Se internó en el salón sin ser vista, y se movió por el borde del lugar con la cabeza agachada, evitando tener que detenerse a saludar. Al final, llegó hasta el lugar en el que se encontraba su madre con una enorme sonrisa triunfante, lo había logrado.

—Para tu desgracia, ya lo noté Eliana. Tendrías a bien explicarme ¿por qué tu vestido está roto? Y te lo imploro, no me digas que volviste a salir sola porque juro que enloqueceré — solo entonces su sonrisa se desvaneció, bajó la mirada y mordió su labio inferior, siendo consciente de la rabia que debía de sentir su progenitora en ese momento—. Explícame algo. ¿Por qué, siendo una dama hermosa, de buena posición social, que tiene la oportunidad de disfrutar de su primera temporada social rodeada de lujos y oportunidades, prefieres correr el riesgo de salir en medio de la noche a un jardín desolado en el que pueden pasarte Dios sabe qué atrocidades? De verdad que no consigo entenderlo.

La desilusión en su voz era notable, de no estar en mitad de un salón con toda probabilidad le estaría gritando por la estupidez que acababa de cometer.

—Perdóname, madre.

La condesa lanzó una mirada a su falda.

—Debemos irnos antes de que alguien repare en tu aspecto. Finge que te sientes enferma, pediré que avisen a tu hermano de que nos volvemos a casa; tú y yo ya tendremos tiempo para hablar.

La tomó de la mano y empezaron a caminar hacia la salida. A cada paso Eliana intentaba esconderse tras su madre, pero no lograban avanzar dos pasos sin tener que detenerse para responder a quien sea que les estuviese hablando.

—¡Lady Pembroke! Qué alegría encontrarla. Espero que no se vaya tan pronto, me gustaría que conociera a mi sobrino.

La condesa sonrió con educación, y tanto ella como su hija hicieron una perfecta reverencia.

—Lo lamento muchísimo, lady Wends, pero lo cierto es que sí, iba a pedir que trajeran mi carruaje y avisaran a mi hijo de que regresamos a casa. Desdichadamente, mi hija no se encuentra bien, así que como entenderá, lo más conveniente es llevarla a descansar —se excusó propinándole un pequeño y disimulado golpe a su hija, quien de inmediato simuló tener un fuerte dolor de cabeza.

—Oh, no sabe cómo lo lamento. Si lo prefieren, la joven puede descansar en mi salita mientras le traen su carruaje, ¿le parece? —comentó la anfitriona preocupada.

Francis disfrutaba de una copa con tranquilidad desde una de las esquinas de la pista de baile, cuando un giro de los bailarines del momento, le permitieron ver el destello azul claro en el que llevaba pensando durante un buen rato. Se abrió paso entre la gente y entonces vio de nuevo aquel vestido. Sin pensárselo dos veces, se acercó, aprovechando que la mujer con la que charlaba la susodicha era su tía. Sentía mucha curiosidad por conocer la identidad de la misteriosa mujer que caminaba por el jardín en medio de la oscuridad, exponiéndose a miles de peligros.

—Lady Wends, espero no resultar inoportuno —dijo atrayendo la atención de las

presentes.

—¡Francis! Por supuesto que no, le estaba ofreciendo un poco de ayuda a uno de mis invitados. Permíteme presentarte a Isabel Morei, condesa de Pembroke, y a su hija, lady Eliana Morei —las damas hicieron una perfecta reverencia, sin embargo, los ojos del caballero no se apartaron de la más joven, quien mantenía la cabeza gacha—. Él es mi sobrino, Francis Levenson, duque de Bedford.

Él correspondió a la cortesía, pero antes de enderezarse, tomó la mano de la muchacha, depositó un delicado y casto beso sobre el dorso de ésta, causándole la sorpresa suficiente como para impulsarla a mirarlo, y entonces tuvo la oportunidad de contemplar su rostro.

En aquellos salones era común ver a mujeres con un nivel de belleza capaz de quitarte la respiración, ángeles vestidos de gala que arrebatan la capacidad de razonar con tan solo una mirada; pero lo que Francis nunca imaginó fue que la causante de su curiosidad podía llegar a tener el poder de dejarlo sin habla.

Sus grandes ojos eran de un verde inexplicable combinado con un tono miel amarillo, con ligeros toques de azul... o gris. Su cabello era rubio oscuro con brillos más claros, sus labios gruesos y rosados, su piel blanca y con facciones perfectas; eso sin mencionar las curvas de su cuerpo. Era... no había palabras para definirla, y mucho menos para explicar lo que generó en su interior.

—Es un placer, milady —dijo recuperando la razón.

—El placer es mío, excelencia —respondió ella con timidez, incapaz de sostenerle la mirada, aferrada con fuerza a la mano de su madre. Su mirada se dirigió al suelo.

Eliana no podía estar más incómoda, no solo corría el riesgo de que los invitados descubriesen el estado de su vestido, lo que causaría un escándalo enorme, sino que además el duque de Bedford, por alguna inexplicable manera, acababa de causarle un cosquilleo que no dejaba de recorrer su vientre, y su inexperiencia en lo que respectaba a tratar con el sexo masculino no estaba ayudándole en lo más mínimo.

Ambas condesas fueron muy conscientes de que algo sucedió entre ellos, y es que solo hacía falta mirarlos para saber que ese encuentro les había afectado de alguna u otra manera. Aunque lady Wends ansiaba ver a su sobrino enloquecido por una jovencita que lo impulsara de nuevo a vivir, lady Pembroke no podía permitir que la buena impresión que acababa de dar su hija se arruinase por un vestido rasgado, el problema era que no sabía cómo salir de allí sin llegar a parecer grosera, lo que supondría perder la oportunidad que tenían en frente.

—Espero que la velada esté siendo de su agrado, milady —comentó el duque, observándola con una pequeña sonrisa mientras liberaba su mano.

—Oh, por supuesto que sí, excelencia, lady Wends es una anfitriona excepcional, por lo que es una verdadera lástima que ya debamos irnos a casa —lady Pembroke lanzó una rápida mirada a su hija—. Eliana no se siente muy bien y lo más conveniente es llevarla a casa para que descanse —se excusó.

Francis miró a su tía y después a las invitadas.

—¿Se encuentra mal? Si tienen a bien, pueden descansar en una de las habitaciones o en el saloncito; pediré que traigan al médico de inmediato.

Lady Wends observó a su sobrino con diversión, hacía mucho tiempo que no lo veía tan dispuesto a ayudar a alguien. Sin embargo, la condesa de Pembroke no podía alegrarse tanto como le gustaría.

—Oh no, no se moleste, excelencia, creo que ahora lo más importante es que ella pueda descansar en la comodidad de su cama, ya me encargaré yo de que lleven al médico. No creo que

al conde le guste la idea de saber que su hija está enferma y, lejos de sus cuidados y su atención; es un padre muy sobreprotector.

El duque asintió. Hizo una seña a uno de los lacayos, quien no dudó en acercarse, y le ordenó que trajese el carruaje de la condesa.

—En ese caso, espero que se recupere muy pronto, milady. Si le gustan los jardines... tal vez podamos pasear algún día.

El corazón de la joven debutante latió con fuerza y sus ojos se abrieron llenos de culpabilidad, segura de que la habían descubierto.

Eliana miró al duque directo a los ojos, suplicándole en silencio que le guardase el secreto, y es que, con solo ver el brillo en la mirada azulada del duque, entendió que tal vez su escape no había sido tan perfecto como había esperado. Decir que estaba muerta de vergüenza era poco, ¿y si añadía algo más que la dejase en evidencia?

—Me encantan los paseos al aire libre como a muchas damas, excelencia.

Su madre sostuvo su mano con fuerza.

—Seguro que podemos organizarlo. Si nos disculpan, nos retiramos.

Tras hacer una ligera inclinación, se alejaron con gracia y elegancia.

—¿Hay algo que haya llamado tu atención, sobrino? —preguntó lady Wends.

Francis suspiró.

—Nada en absoluto, tía.

Capítulo 2

—Madre, ¿qué sabes sobre el duque de Bedford? —preguntó Eliana una vez que el carruaje inició la marcha de vuelta a casa.

Lo cierto era que la imagen de ese hombre no dejaba de darle vueltas en la cabeza, no podía olvidar la forma en que la había mirado al suponer que le gustaban los jardines, lo había hecho con tanta cercanía, como si supiera la respuesta con antelación y estuviera al tanto de los paseos nocturnos que daba durante las diferentes veladas a los que eran invitados. ¿Acaso la había visto? Y de ser así, entonces ¿por qué no había dicho nada?

Le gustaría poder obtener más respuestas.

—Ni creas por un instante que, porque un duque haya centrado su atención en ti, vas a librarte de mí. Aún no logro entender el por qué haces todo eso, ¿no se te ha ocurrido pensar en los miles de peligros que corre una señorita indefensa en un jardín oscuro y solitario? Tantas jóvenes ansiando todo aquello que tú ya tienes, y tú solo sales a pasear en medio de la noche —se lamentó la condesa—. Juro que a este paso vas a terminar acabando con mi paciencia —concluyó con su ya acostumbrada tendencia al drama.

—Lo siento, madre...

—Eres hermosa, porque de verdad que eres preciosa, y sé que si te movieras por los salones como lo hacen el resto de las damas, serías la beldad más deseada por los caballeros y la más envidiada por las mujeres. Eso sin contar con que tienes una de las mejores dotes y formas parte de una de las familias más respetadas de toda Inglaterra. ¡Lo tienes todo! Y aun así prefieres los jardines.

Su madre simuló secar una inexistente lágrima de su mejilla, lanzándole una mirada llena de decepción y tristeza.

Ese era el problema, ella no era alguien a quien se le pudiese considerar normal, no era del tipo que soñaba con atraer la atención de un caballero rico y de buena posición social, que le proporcionase seguridad y comodidad, no, no eran tan soñadora, era más bien de las que disfrutaban lo que ya tenía a su alcance y podía considerar como propio; además, desde pequeña su padre la había llevado por el campo en lo que él mismo llamaba “aventuras en la selva”. Después de ello, resultaba inevitable no sentirse atraída por todo aquello que contuviese un poco de naturaleza.

Desde que se había visto obligada a entrar en sociedad, siendo privada del placer de la vida en el campo, buscaba refugio en los jardines, esperando hallar la paz y la tranquilidad que tanto ansiaba. Como no era muy dada a socializar, durante la mayoría de los eventos sociales prefería deambular entre las sombras.

—De verdad lamento no ser el tipo de debutante que tu habías esperado, madre —suspiró con verdadera tristeza.

Sus padres habían sido los mejores progenitores que se podría desear, había crecido rodeada de amor y comprensión junto a sus tres hermanos mayores y uno menor, a los que les unía un vínculo muy especial. Por ellos, ansiaba ser una dama en todo el sentido de la palabra, una debutante capaz de conseguir a cientos de hombres ansiosos por obtener su mano; deseaba ser una perfecta señorita en edad casadera, pero no era así. Cada vez que se internaba en algún salón de baile, el terror se apoderaba de ella al sentir la presión en ese montón de ojos que lo único que hacían era esperar a que cometiera un error imperdonable.

Su madre tomó su mano y le acarició el dorso con ternura.

—Sé que esta no es una situación sencilla, y que el peso de la responsabilidad de conseguir esposo es muy grande. Cuando me encontraba en tu posición, me pasé noches enteras llorando porque por mi torpeza derramé ponche en mi vestido, arruinando la que debió haber sido la mejor de mis veladas —el ceño de su hija se frunció, esa historia no se la había contado nunca—. El día de mi presentación en sociedad casi me caigo sobre la mesa de refrescos y, aunque logré evitarlo, varios vasos terminaron cayéndose sobre mi falda. Te podrás imaginar el aspecto que confería, teniendo en cuenta que mi vestido era blanco y el ponche rojo.

Eliana soltó una carcajada, al parecer, después de todo, su torpeza bien podía ser heredada.

—No lo puedo creer —dijo en mitad de las estruendosas risas.

La condesa detalló con amor la risa de su pequeña niña, le encantaba verla así, alegre, feliz; odiaba verla sufriendo por algo que se suponía debía llenarla de emoción. No era ese el tipo de temporada que deseaba para su hija.

—Eli, sé que te aterra la idea de fallar y que por eso te escondes tan lejos como te sea posible, pero de verdad quiero que seas feliz, deseo que encuentres a un hombre que te cuide y te proteja por el resto de tu vida, por si un día nosotros llegamos a faltar. Espero lo mejor para ti, —se sentó a su lado y la abrazó. La joven recostó su cabeza sobre su hombro y cerró sus ojos para disfrutar de la cercanía—. Solo debes ser tu misma, Eliana, no tienes por qué temer a los errores; si vives con el miedo a equivocarte en cada paso que das, lo único que lograrás será arruinarte el día. Vive, mi pequeña, solo vive —rogó lady Pembroke, y es que ninguna madre desearía ver a su hija sufriendo.

—Mamá, no es sencillo ser yo misma cuando soy descuidada, torpe y distraída. Te puedo asegurar que voy a terminar haciendo algo aún peor que derramar ponche sobre mi vestido, y acabaré causando un escándalo que manchara el apellido de nuestra familia para toda la eternidad.

Tal vez estaba siendo un poco dramática y exagerada, pero ellos eran lo más importante que tenía en su vida, así que no dejaba de pensar en todo el mal que podía causarles con sus actos.

—Temo que te veas condenada a la soledad, Eliana, bien sabes que corres el riesgo de ser una solterona, y te aseguro que no es algo que desee para ti. Haría cualquier cosa con tal de verte siendo feliz, poco me importa lo que ello conlleve.

—Lo sé, madre, es solo que tengo miedo de cometer un error —susurró ella con la cabeza agachada.

La condesa estaba desesperada, necesitaba hacer algo por su hija.

—No hagas eso Eliana, no te limites por nosotros; tu hermana ya está casada y tus hermanos tienen un título, que los deja a salvo de cualquier golpe por muy fuerte que este sea. Si lo que te preocupa somos tu padre y yo, déjame decirte que es lo que menos debería interesarte, nosotros ya estamos viejos y bien podríamos quedarnos en el campo a disfrutar de los años venideros. ¿Quieres causar un escándalo? ¡Hazlo! Podemos sobrevivir a ello. Haz lo que sea que tengas que hacer, pero disfruta de tu temporada.

Eliana bajó su mirada a sus manos entrelazadas sobre su regazo y tomó una respiración muy profunda, tenía que intentarlo, por ella, por sus padres, por su familia. Su edad ya no le permitía seguir paseando sin rumbo como si nada, su deber era contraer matrimonio con un buen hombre que la respetase y la cubriese sus necesidades. Sin duda, lo haría.

—Así será, madre, te lo prometo —Lady Pembroke se dio por satisfecha y con una

sonrisa de alivio, se recostó en su asiento, segura de que ahora todo iría a mejor—. ¿Qué sabes del duque de Bedford? —preguntó una vez más ansiosa por satisfacer su curiosidad sobre el hombre que bien podría arruinar su propósito de conseguir esposo. La condesa era un libro lleno de información, siempre estaba al tanto hasta del más mínimo rumor.

El rostro de su progenitora casi brilló de la emoción, convencida de que ese sería el inicio para la felicidad de su pequeña.

—Bueno, pues como bien sabes posee uno de los títulos más respetados, es muy educado, elegante y reservado. Si alguna vez ha tenido una amante ha sido lo suficientemente astuto como para mantenerla muy bien oculta de la sociedad, porque hasta ahora no se le ha conocido ninguna. Tuvo un hermano menor que falleció años atrás cuando su carruaje se volcó rumbo a su casa de campo. Sus padres fallecieron en el mar mientras él aún estaba en la universidad, su barco naufragó a las indias occidentales. Se unió en matrimonio con la hija de los marqueses de Rosmelt cuatro años atrás, y la joven no tardó en quedar en cinta; solo se supo que era un embarazo de riesgo, pero nunca se conoció la razón. Permanecían en su casa de campo y planeaban quedarse allí hasta después del parto, pero faltándole cuatro semanas para el parto, la duquesa enfermó de gravedad. Las fiebres no remitían, y en un intento desesperado por salvar al bebé trataron de sacarlo. Sin embargo, ambos murieron ese día. Es viudo hace poco más de 3 años.

El corazón de Eliana se encogió un poco al escuchar aquello, era un hombre solitario en el mundo, alguien que había perdido a todos los que amaba. Cómo le gustaría encontrar una manera de ayudarlo a ser feliz.

—Eso es muy triste. ¿No tiene más familia?

—Su tía, lady Wends es su tía materna; ¿no recuerdas que cuando le presentó lo hizo como su sobrino?

La aludida rebuscó entre sus recuerdos, esperando encontrar ese preciso momento, pero al final su cabeza se movió de forma negativa.

—No, creo que estaba demasiado preocupada de que descubrieran mi vestido como para escuchar algo más allá de que era un duque. Es bueno saber que al menos tiene un familiar que lo acompañe.

Su madre la observó en silencio, ansiosa por preguntarle si tenía algún tipo de interés en el duque, pero conocía lo suficiente a su hija como para tener la certeza de que aquello era una muy mala idea. Eliana era una mujer a la que no podías presionar ni apurar, todo debía ir a su paso o podía entrar en crisis y, guiada por el miedo, terminar huyendo en dirección al campo. Su padre la adoraba tanto que era capaz de permitírselo y hasta de acompañarla en su viaje.

Al llegar a casa corrió hasta su habitación, evitando el despacho en donde seguro estaba el conde. No quería verse en la obligación de tener que explicarle la razón por la que volvían tan temprano del que era uno de los bailes más esperados, y que daba inicio a la temporada. Llamó a su doncella y, con su ayuda, se deshizo del vestido y del hermoso peinado en el que se encontraron un par de hojas de los árboles como pequeñas evidencias de su aventura en el jardín.

Disfrutando de la comodidad de su camión, se recostó sobre la suavidad de su cama y, sin la más mínima intención de dormir, se quedó contemplando el dosel color blanco con la cabeza a miles de millas de allí. Le era inevitable no retroceder en el tiempo a las miradas de cierto duque, y preguntarse una y otra vez si sus movimientos la habían dejado en evidencia o si sus paseos seguían siendo secretos.

Se mordió el labio inferior, si la descubrieron y el duque decía algo que no debía, su reputación quedaría más que arruinada.

Valoró la posibilidad de hablar con él para intentar calcular cuánto sabía sobre su escapada y determinar si estaba o no en peligro. Sin embargo, la sola idea de acercarse al caballero en cuestión la llenaba de terror. Apenas era capaz de caminar y realizar reverencias sin hacer algo estúpido que dejara en evidencia sus nervios. Nunca había sido muy buena moviéndose en sociedad, era demasiado tímida y callada para el bienestar de una joven dama, cuyo principal propósito debía ser el de conseguir un esposo que le proporcionase estabilidad y le diera una familia; resultaba imposible no pensar que era la decepción de su familia.

Los condes de Pembroke eran uno de los aristócratas más respetados de la sociedad y poseían un linaje impecable. Su hermana se había casado con un conde, uno de sus hermanos cortejaba a la hija de un vizconde, su hermano mayor y heredero al título tenía en mente a una joven dama hija de un conde, y aunque su otro hermano aún no pensaba en el matrimonio, estaba segura de que su elección no les decepcionaría. Después estaba ella, sufriendo con la latente amenaza de la soltería persiguiéndola y sin las habilidades requeridas para evitar que la alcanzase.

Sus padres le habían brindado una excelente educación. Había asistido a la mejor escuela para señoritas, tuvo las mejores institutrices y todas las comodidades posibles, contaba con muchos vestidos y joyas que cualquiera desearía, y aun así ella no hacía más que pensar en lo mucho que le gustaría estar en el campo.

Capítulo 3

«Querida lady Wends:

He de admitir que me extrañó recibir su carta. La petición de hacer de casamentera para un joven duque que tiene la riqueza y la posición deseada por cualquier dama es muy poco usual.

Sin embargo, entiendo su preocupación y soy una fiel defensora de la idea de que todos merecemos una gran historia de amor, por lo que su excelencia el duque de Bedford no será la excepción.

Tengo a una joven dama en mente, proviene de una familia respetable, es hermosa y educada y, aunque aún no puedo darle a conocer su identidad, tengo un buen presentimiento al respecto.

Recuerde por favor que juntar a dos personas es muy sencillo, pero unir dos corazones es un propósito diferente por completo y considerablemente más complicado.

Asegúrese de que su sobrino asista a la mayor cantidad de eventos posible, en especial aquellos que sean al aire libre. Tengo un plan.

Confíe en mí, todo saldrá bien».

Duquesa viuda de Pemberton

—Sara, prepara un traje para montar, por favor, creo que saldré a pasear un poco, necesito aire fresco —pidió Eliana a su doncella mientras caminaba de un lado a otro por su habitación, cuando el sol ni siquiera mostraba los primeros rayos de luz.

Sara, tan acostumbrada a las aventuras de su señora, se limitó a obedecer, esperando que su paseo no fuera más allá de la propiedad.

El personal del servicio de su casa solía ser muy prudente con los comentarios, pero ese día, mientras caminaba por la biblioteca, escuchó a un par de mujeres hablando sobre ella y sobre lo que le deparaba el futuro, y lo cierto era que sus palabras la hirieron mucho más de lo que estaría dispuesta a admitir.

—¿Te refieres a lady Eliana?

Había preguntado una de ellas mientras limpiaba la repisa superior.

La joven se escondió tras la puerta al escuchar su nombre, a pesar del mal presentimiento que tenía y que hacía que su corazón latiese con mucha fuerza.

—¡Por supuesto! De quién si no podría estar hablando. Ayer estuve en casa de los condes, llevando una carta de lady Pembroke a su hija; mientras esperaba, escuché a dos chicas decir que a pesar de su belleza y de la buena posición de su familia, terminará siendo una solterona más.

Su acompañante soltó un suspiro.

—Me lo temía. La señorita Eliana es preciosa, pero le cuesta mantener una conversación con cualquiera que no le sea familiar. Eso sin contar con que, en más de una ocasión, cuando los señores tienen invitados, me la he encontrado escondida entre los arbustos del jardín o sentada en la silla más alejada del salón. Una beldad desperdiciada, sí, sin duda, será una solterona más —declaró muy segura de sus palabras sin saber que cada una de estas generaban una terrible agonía en la debutante.

Si eso era lo que pensaba el servicio, entonces ¿cuáles serían los rumores de la sociedad? Se preguntó Eliana con las lágrimas amenazando sus ojos y su labio temblando ante su triste

realidad. No solo era deprimente por el inminente futuro que le aguardaba, sino también por lo decepcionante que sería para su familia tener a una solterona en casa, una mujer que pronto no sería más que una molestia y una carga de la cual no podrían deshacerse.

La fuerza que hasta el momento la había mantenido en pie amenazaba con flaquear, así que en cuanto su doncella la ayudó con su vestido, corrió escaleras abajo hasta llegar a los establos.

A pesar de ser un comportamiento que muchos reprocharían, gracias a las muchas horas de práctica, consiguió ensillar por sí sola a su compañera y, sin ni siquiera esperar a un ayudante o acompañante, subió al lomo del animal y emprendió el camino a todo galope.

Las propiedades eran muy limitadas como para darle la sensación de libertad que tanto ansiaba, así que sin dudarlo emprendió el rumbo hacia el único lugar que se le ocurrió. Aún era demasiado temprano, por lo que las vías estaban más bien desoladas, lo cual resultaba un punto a su favor.

No conocía muchos lugares en los que pudiese cabalgar sin correr peligro. Su posición no le permitía salir a explorar tanto como le gustaría, pero ya conocía Hyde Park como la palma de su mano y sabía de un lugar alejado y un tanto escondido, en el que bien podría moverse sin temor a las represalias y los comentarios de la sociedad, en el caso de que llegase a cruzarse con alguien. Esta zona tan especial era como su pequeño rincón libre de reglas.

Embutida en la capa más grande que tenía en su guardarropa y el vestido más oscuro que encontró, su objetivo era pasar desapercibida, evitar llamar la atención vistiendo de rosa. El hecho de que tiempo atrás hubiera aprendido a montar a horcadas, le estaba ayudando a hacerse pasar por un hombre, de forma que nadie reparase en ella.

Gracias al excelente trote de Zafiro, no tardó más que un par de minutos en llegar a su destino y agradeció que no le afectase en lo más mínimo, haberse visto en la obligación de desviarse. A pesar de la hora, prefería evitar los caminos usualmente transitados. Si alguien llegase a descubrirla, no solo estaría en serios problemas, sino en un evidente peligro. Lo que menos deseaba era generarle más dolor de cabeza a su familia... solo necesitaba un respiro.

En cuanto entró al parque y alcanzó aquel pequeño tesoro cubierto por frondosos árboles y altos setos, disminuyó su velocidad y acarició a su fiel compañera.

—Eso es, preciosa, lo logramos —susurró inclinándose sobre ella, para acercarse a su oído.

No había nadie mejor que Zafiro para ayudarla a escapar de su realidad. Si tan solo pudieran volver al campo... extrañaba correr entre los árboles y los hermosos prados. Ambas lo echaban mucho de menos.

Divisó a lo lejos un montón de hojas y ramas caídas, que formaban a la perfección un obstáculo que su yegua, sin duda, superaría sin inconveniente. Tomó la posición indicada sobre la montura, sonrió de medio lado, sujetó las riendas con fuerza y tras ejercer una ligera presión con sus talones, su compañera salió a toda velocidad hacia el rumbo deseado con la confianza necesaria para alcanzar su propósito.

Tal y como lo imaginó, Zafiro se elevó por los cielos sin problema alguno, superando el montón, pero cuando estaba a punto de aterrizar en el suelo, un jinete apareció en su camino tan de repente que su montura se asustó y agitó con tal agresividad que, de no ser por su gran habilidad, con toda seguridad la habría tirado, propinándole un buen golpe o incluso llevándola a la muerte. Se estabilizó y calmó a su chica con un par de caricias y palabras suaves, solo cuando consideró que estaba segura, lanzó una mirada asesina al culpable de lo que pudo llegar a ser un fatal accidente. Sin embargo, cuando sus ojos se encontraron con los del responsable, las

palabras se estancaron en su garganta.

—Lady Eliana, ¿suele usted montar con tal falta de... sensatez? Podría haberse roto el cuello. ¿Sabe su padre o su hermano que ha salido sin acompañante a Hyde Park? —la cuestionó el duque de Bedford, con una mirada reprobatoria, el rostro marcado por la seriedad y con la rabia reflejada en sus labios fruncidos.

—Excelencia... —la dama inclinó su cabeza a modo de reverencia—. Lo lamento, creí que la hora y el lugar me proporcionarían un poco de soledad y tranquilidad, pero tiene usted razón, no debería estar aquí, así que creo que lo mejor será que me retire.

Estaba arruinada, solo podía pensar en eso. Le entristecía enormemente tener que irse tan pronto, albergaba la esperanza de estar allí un par de horas más, pero quedarse sería un acto muy imprudente. Tal vez por el camino pudiese pensar en cómo le diría a su familia que era probable que su reputación acababa de quedar por los suelos. No obstante, prefería comunicárselo personalmente a que se enterasen cuando el escándalo estallase.

¡Qué estúpida había sido! A causa de un simple arrebato, acababa de echar al traste todas sus posibilidades de un buen matrimonio, así como la esperanza de su familia. Incluso podría darse el caso de que sus hermanos no alcanzasen a una formalizar unión a la altura después de su imprudencia. Tal vez su única oportunidad sería recluirse en el campo o en algún convento. Desaparecer. Sus manos temblaron por un segundo, pero se limitó a reafirmar le fuerza de su agarre sobre las riendas, reprimiendo las lágrimas.

—¿Ahora sí es usted consciente del peligro al que se ha expuesto y de la insensatez de sus actos? ¿Pretende huir, milady? Aún no ha respondido a mis preguntas...

Su reprimenda detuvo sus intenciones. Incapaz de reunir el valor para mirarle a los ojos, concentró su atención en el caballo del intruso, un grandioso semental color café.

—Como bien acaba de señalar, excelencia, no es correcto que esté aquí sola o en su compañía. Si alguien llegase a vernos saldría enormemente perjudicada; pero si insiste en saberlo, no, ni mi padre ni mi hermano tienen conocimiento alguno al respecto. Es probable que cuando se enteren me encierren bajo llave por el resto de mis años con tal de asegurarse de que no se repita. Ahora, si me disculpa, me retiro —concluyó ella con las mejillas ardiendo, estaba roja de la vergüenza y puede que también de la culpa que le carcomía por dentro.

Eliana estaba segura de que el duque jamás habría visto a una dama montar como lo hacía ella. Lo cierto era que de no ser por su hermano y la maravillosa relación que mantenían, ella no podría hacerlo. De hecho, le había costado mucho convencerlo de que la enseñara, pero había valido la pena. Cuando iban al campo realizaban carreras apostando el postre de la cena, el cual, curiosamente, siempre tenía chocolate, el ingrediente favorito de los hijos Morei. En muchas de estas, ella era la vencedora y gracias a una de sus victorias consiguió que su hermano le regalara a Zafiro, una pura sangre inglés negra. No obstante, algo le decía que no estaría muy contento si se enteraba de sus aventuras.

Los labios de Francis se curvaron en una sonrisa apenas perceptible. Esa mañana, tras verse desvelado por los recuerdos y ansiando recuperar un poco de calma, salió a montar, pero lo que nunca imaginó fue encontrarse con la dama que tanta curiosidad le generaba, y es que no todos los días se ve a una señorita deambulando por los jardines durante uno de los eventos más esperados. Los recuerdos de la velada no dejaban de rondar en su mente y estaba seguro de que aquella sombra tenía nombre y apellido, además de unos ojos verdes azulados y cabellos claros. Sí, quería conocerla.

—Su confidencia está a salvo conmigo, milady, así que supongo que ahora compartimos un secreto más. Le aseguro que pronto encontraremos una forma para que me recompense por

ello.

Eliana elevó la mirada y analizó su rostro, su corazón se aceleró y sus manos temblaron.

—¿Un secreto más? —susurró aterrada, intentando recordar de qué otra intimidad podría ser conocedor, y entonces lo supo: la había visto en el jardín. La forma de dirigirse a ella cuando habían sido presentados durante el baile, el comentario sobre si le gustaban los paseos por el campo... no, no podía ser posible, ¿o sí?

Después de haber haberse visto obligada a viajar a Londres y ser presentada en sociedad, reflexionó mucho sobre lo que sería su vida como debutante. Una parte de ella esperaba ser esa beldad y éxito que todos esperaban, aún a pesar de sus muchos defectos y carencias, mientras que la otra solo quería quedarse en el campo oculto de la sociedad por el resto de sus días. Le aterraba fallar, decepcionar a aquellos que la amaban y que habían puesto sus esperanzas en ella, después de todo, también soñaba con un príncipe, una familia, hijos...aunque todo aquello parecía cada vez más lejano.

Francis esperaba que ese día fuese mucho mejor que el anterior. Se vio obligado a aceptar a su tía como huésped en la casa, ya que esta alegaba un terrible malestar y, según sus propias palabras, temía estar en su hogar porque si algo le sucedía, se encontraría tan sola que solo hallarían su cuerpo cuando ya los gusanos se hubiesen apropiado de él, a pesar de que este mismo lugar estaba lleno de sirvientes.

—*¿No crees, sobrino, que es aún más triste que sea el servicio quien me cuide en mi convalecencia, teniendo a un familiar perfectamente capaz de acompañarme? No te pido que estés a mi lado todo el día, pero sería reconfortante saber que en algún momento del día vendrás y podremos tomar juntos el té.* — Había alegado la dama dejándolo sin opciones.

Y entonces allí estaba él, huyendo de su propia casa.

Desde que lady Wends se había instalado en Bedford Hall, no paraba de hablar de las debutantes de la temporada, sobre la excelente educación de muchas y la belleza de otras, de lo conveniente que sería unirse a alguna, sin olvidar la importancia de dejar el pasado atrás y continuar con su vida. Sin embargo, decirlo era más sencillo que hacerlo.

El día en el que se había unido en matrimonio a Lucille, siendo un joven de veintisiete años, se imaginó un futuro muy diferente al que la vida le había regalado. Ella era una joven hermosa, de cabellos castaños y ojos de un verde vibrante, tímida, alegre y callada. Todo lo que se esperaba de una dama de alcurnia; era perfecta, así que poco le importó perder su soltería a tan temprana edad. Después, había llegado el embarazo, la esperanza de una nueva vida corriendo a sus brazos. Y entonces, durante un frío y lluvioso día, lo perdió todo, incluso los ánimos de pasearse por los salones atestados de aristócratas, fingiendo tener la vida perfecta.

No entendía el motivo por el que su tía estaba tan empeñada en que se casase de nuevo. Él estaba bien así, quería una vida tranquila, pudiera ser que un tanto solitaria, pero era algo con lo que podía lidiar. No concebía la razón de su empeño en que se casara de nuevo, argumentando la necesidad de un heredero para el título. El ducado ya tenía un heredero, según le había informado su detective, tras hacer una muy detallada investigación de su árbol genealógico. La línea de sucesión era precedida por un primo lejano que residía en Bath, alguien a quien tenía la intención de visitar muy pronto.

Su vida era monótona y poco interesante, y no tenía la más mínima intención de cambiar su situación.

—Excelencia, como le decía, lamento mucho la indiscreción, pensé que, debido a la hora, podría disfrutar de una pequeña cabalgata sin la necesidad de acompañante. Ahora entiendo lo poco inteligente que fue por mi parte —se lamentó ella bajando la mirada.

Se negaba a aceptar que sus secretos hubieran sido descubiertos, lo mejor sería pensar solo en aquello en lo que tenía certeza. Aunque la esperanza de que el duque no comentase su encuentro y, por lo tanto, su reputación continuase intacta empezaban a surgir en su interior.

—¿Puedo preguntar qué la impulsó a arriesgarse de esa forma? Es la primera dama que conozco que se pone en peligro por voluntad propia.

La aludida mordió su labio inferior, pensando en cuál podía ser la respuesta indicada a aquello. El duque jamás entendería las razones que la llevaron a realizar dicho escape. Ningún hombre lo haría, todos ellos disfrutaban de un nivel de libertad que las mujeres solo podían contemplar desde la comodidad de algún salón con una taza de té entre las manos. Si lo analizaba con un poco de detenimiento, todo aquello resultaba muy injusto.

—Hay cosas que usted no comprendería, excelencia, aunque sí apreciaría su silencio. Puedo asegurarle de que esto no se repetirá.

—Trate de hacer un intento por explicármelo. Póngame a prueba.

Capítulo 4

—Si me disculpa, creo que no es sensato continuar una conversación en este lugar. El sol ya está brillando en lo alto, y en cualquier momento las calles de Londres mostrarán su habitual ajetreo, por lo que no es conveniente que me vean. Entenderá que debamos posponer sus preguntas y mis explicaciones. Debo irme. Cuento con su silencio, excelencia.

Inclinó su cabeza a modo de reverencia, y sin darle tiempo a responder, tras realizar un pequeño movimiento, Zafiro arrancó a todo galope de vuelta a casa.

Corrieron tanto como las calles se lo permitieron. Para cuando cruzaron la puerta de entrada a la mansión familiar, los sirvientes ya habían empezado a trasladarse de un lugar a otro, dispuestos a cumplir con sus labores. Un lacayo frunció el ceño al verla sobre el caballo a esas horas, pero se limitó a tomar las riendas y ayudarla a bajar.

—¿Sabe si mis padres o mi hermano se han levantado ya? —preguntó al hombre.

—No, milady —respondió este haciendo una reverencia y llevándose al animal.

Ella se internó en la casa deshaciéndose de sus guantes y tomando una respiración profunda. Una vez se halló en la seguridad de su hogar, fue consciente de que el temblor en sus manos no había desaparecido desde que Bedford la había interceptado.

Si el duque era un hombre de palabra, socialmente estaría a salvo. No obstante, algo le decía que el caballero no se daría por vencido hasta obtener las respuestas que buscaba, y a pesar de que no le conocía en profundidad, tenía la certeza de que la tenacidad era una de sus cualidades. Así pues, solo le quedaba una respuesta por responder: «¿cómo iba a escapar ilesa de aquel brete?».

Si tan solo pudiera ausentarse un tiempo de los salones, entonces tendría un poco más de tiempo para idear una solución, pero su madre estaba tan empeñada en llevarla a tantos eventos sociales, que esa idea se tornaba imposible.

Subió a su habitación y, con la ayuda de su doncella, cambió su vestido por uno de día color melocotón con encaje en sus mangas y flores bordadas. Se dejó elaborar un peinado sencillo y ya estaba lista para bajar a desayunar.

Por el camino se encontró con su hermano, que iba ataviado con un traje de montar azul oscuro.

—¿Vas a salir? —pregunto ella y, acercándose a él con una sonrisa, depositó un tierno beso en su mejilla recién afeitada.

—Así es, he acordado desayunar con un amigo, y es probable que por la tarde o, quizás mañana, ponga rumbo a Kent. El mayordomo ha escrito a padre para informarle sobre un par de inconvenientes que tenemos allí, y él me ha pedido que me haga cargo, así que debo viajar para solucionarlo.

Los ojos de Eliana comenzaron a brillar al escuchar aquellas palabras, y fue como si todo a su alrededor se iluminara. Parecía como si la vida le estuviera regalando la oportunidad por la que tanto había estado rogando. Quizás, las fichas empezasen a moverse a su favor.

—Te lo ruego, te lo imploro, ¡te lo suplico, Leonard! Llévame contigo —rogó tomándolo por el brazo y deteniendo sus pasos.

Al principio su hermano la miró con sorpresa, pero pronto su expresión se tornó comprensiva. Leonard se encontraba al tanto de lo difícil que estaba siendo para ella adaptarse a la vida en Londres, así como a las normas sociales. Eso sin contar con la presión de encontrar un

hombre digno de su mano; todo aquello debía ser agotador.

—Oh pequeña, si estuviera a mi alcance te aseguro que te llevaría, sé lo mucho que extrañas el campo, pero si lo hago, puede que nuestra madre termine ahorcándose. Eres hermosa, lista y dulce, estoy seguro de que con un poco más de esfuerzo por tu parte, te acabarás amoldando a tu nueva vida. En menos tiempo del que te imaginas echarás de menos asistir a las fiestas y dar los paseos sociales. Además, con toda probabilidad, muy pronto conseguirás hacer amigas. Créeme, no quieres alejarte de Londres.

Eliana se situó frente a él y le confirió a sus ojos aquella expresividad que sabía, era la única arma que le serviría para su propósito. Su hermano se mostraba débil cada vez que la veía triste o decaída. Leonard sentía la necesidad de protegerla y verla siempre feliz y alegre. Se trataba de un sentimiento tan hermoso, que no debería usarlo a su favor, pero que en ciertas ocasiones como esa en la que se sentía tan agobiada con sus circunstancias, necesitaba tomar medidas desesperadas.

—Tú puedes convencer a mamá para que me deje ir. Serán solo unos pocos días, seguro que no me perderé muchos eventos. Necesito tomar un respiro o te juro que perderé la razón. No sabes lo horrible y casi terrorífico que ha sido todo esto para mí. ¿Por qué te crees que volvimos antes de la velada de lady Wends? Debo admitir que me escapé del salón y estuve vagando por el jardín, lo que hizo que mi vestido se rompiera y nos viéramos obligadas a huir de allí antes de que alguien lo notase —la cara de terror de su hermano la preparó para las palabras que sabía vendrían a continuación—. Sé que fue una imprudencia de mi parte, pero...

—¿Estás loca, Eliana? —pregunto él interrumpiéndola—. ¿Eres consciente de la estupidez que has hecho? ¿Podría haberte atacado algún ladronzuelo! O peor aún ¡un borracho ansioso por compañía! ¡Eres una insensata! No solo estaba en juego tu reputación, has puesto en riesgo tu propia vida.

Leonard se pasó la mano por el cabello con frustración y rabia, no cabía duda de que ganas de ahorcarla no le faltaban, y aunque resultaba posible que revelar su travesura no hubiera sido tan buena idea, Eliana no descartaba por completo que también se tratase de un argumento que favoreciese su causa.

—¡Lo sé! Y puedo prometerte que nunca más volveré a exponerme de esa manera, pero de verdad necesito ese descanso, es todo lo que te pido.

Su hermano se quedó estudiándola durante unos segundos antes de lanzar una mirada de súplica al cielo. La había malcriado más que al resto de sus hermanas, y ahora estaba pagando los resultados de su decisión.

—¡Está bien! Hablaré con mamá, pero más te vale que esto no se repita de ningún modo. Solo por esta vez dejaré pasar lo que hiciste porque hay secuelas graves de ello, pero si vuelve a ocurrir una vez más, habrá consecuencias severas —concluyó, obteniendo con ello un abrazo lleno de alegría por parte de Eliana.

—¡Te lo prometo! Iré a pedir que preparen mis baúles —dijo emocionada antes de regresar corriendo a su habitación.

Mientras tanto, Francis estaba pasando una mano por su frente y tomando una bocanada de aire, esperando que esta lo llenase de paciencia y calma. Frente a sus ojos se hallaba su tía, quien estaba revoloteando de un lado a otro, señalando cada uno de los cambios que necesitaba la mansión. Eso sin contar con el de hecho de que en cada frase que pronunciaba terminaba agregando: «recuerda sobrino que, si tuvieras una esposa, ella podría encargarse de todo esto y no necesitarías de mi intervención». Resultaba curioso que en cuestión de horas parecía haberse

recuperado por completo. Sin embargo, si se le mencionaba la posibilidad de regresar a su propio hogar, esta palidecía y procedía a argumentar muchos más malestares de los que alguien podría experimentar.

Estaba a punto de gritar, cuando apareció su mayordomo en la puerta anunciando la llegada de un visitante. ¡Ni caído del cielo!

—Acompáñelo hasta mi despacho, estaré con él en breve —dijo despidiendo al hombre—. Tía, si así lo deseas, eres libre de hacer todos los cambios que precises, pero te agradecería que dejases de incordiarme con ese tipo de cosas.

Dando por terminada la conversación, salió de allí rogándole al cielo que esa tortura terminase pronto.

—Bedford, es un placer volver a verte, amigo mío —le saludó Morei, levantando el vaso con whisky que él mismo se había servido.

—Lo cierto es que la alegría es toda mía, no pudiste haber llegado en un momento más apropiado, aunque habrías sido de más ayuda si hubieses llegado cinco minutos antes. Mi tía me tiene al borde del desartar. Va a acabar conmigo. No pierde ni una sola oportunidad para incordiarme con el tema de volver de los esponsales.

Se sirvió un vaso un poco más lleno de lo usual y lo bebió de un solo trago, quién iba a decir que tener a la familia tan cerca podría ser tan agotador.

Su amigo soltó una carcajada y se acercó, dándole una palmada en la espalda, era una auténtica suerte que él aún no se viera preso de la necesidad de encontrar una esposa. Su madre estaba centrada en encontrar los partidos perfectos para todas sus hijas. No obstante, ahora que solo faltaba Eliana por contraer nupcias, resultaba probable que su tranquilidad estuviese próxima a terminar.

—Siento escuchar eso. ¿Has pensado en enviarla de vuelta a su casa o mudarte a otro lugar? Eso podría aportarte la soledad que tanto buscas recuperar —sugirió tomando asiento en uno de los sillones del lugar, mientras su anfitrión se acercaba hasta la enorme silla tras el escritorio de madera oscura.

—Cualquiera de tus opciones sería viable, de no ser por el hecho de que ella alega algún tipo de enfermedad en cuanto le planteo la posibilidad de alejarme.

—¿Y si fuera por obligación? ¿Por algo de fuerza mayor? —cuestionó—. No sé si será de tu agrado, pero hoy debo viajar a Kent a solucionar un par de inconvenientes con los arrendatarios. Si quieres puedes acompañarme, no será más de una semana y puedes decirle a tu tía que es de suma importancia que vengas conmigo, así tendrás una excusa para alejarte. Al menos por un par de días.

El duque observó a su amigo con detenimiento mientras su cabeza analizaba la propuesta.

—No es mala idea.

—¡Por supuesto que no! Si logramos convencerla de que tu compañía es indispensable, no tendrá argumento alguno en contra.

El duque sonrió y asintió, no había nada más que pensar.

—Acepto. Se lo informaré a mi tía durante el desayuno. No puedo partir el día de hoy, pues en la tarde tengo una cita con mi abogado, pero prepararé todo para partir mañana a primera hora.

Damien se terminó su bebida y dejó la copa sobre una de las mesitas.

—Antes de nada, creo que debería preguntarte si tendrías algún inconveniente con que mi hermana nos acompañase. Necesitaba alejarse de Londres un par de días, así que he accedido a llevarla conmigo. Creo que no la conoces todavía, Eliana es muy tranquila y puede que pase sus

días en el jardín o montando a caballo. Detesta estar encerrada en casa.

Los labios de Francis se curvaron en una sonrisa. Por supuesto, Morei era el hermano mayor de aquella misteriosa dama que tanta curiosidad le provocaba. Hasta que no se lo había dicho, no había recordado que la joven era pariente de su buen amigo.

—La conocí durante la velada en casa de mi tía, tu madre me la presentó, así que no tengo problema alguno con ello —comentó restándole importancia al asunto, intentando no pensar en el cosquilleo que se produjo en su vientre.

Después de todo, era posible que ese viaje les brindase la oportunidad de continuar con la conversación que había quedado inconclusa entre la joven y él. A decir verdad, se moría de ganas de confirmar que ella era la mujer que había caminado por los jardines aquella noche. Además, ansiaba escuchar las razones que la impulsaban a escapar de los salones de baile o a subirse a su caballo, antes de que el día hubiese iniciado.

Tras un desayuno en compañía de su amigo y una corta conversación con su tía, ordenó que le preparasen su caballo y un ramo de flores.

A raíz del fallecimiento de Lucille, su vida había cambiado de forma drástica. A pesar de que la unión había sido impulsada por un acuerdo de conveniencia sugerido por el padre de la dama. Después de la boda y con el paso de los días, le había resultado muy sencillo tomarle cariño a su esposa. Había sido muy fácil hablar con ella, siempre dispuesta a escucharlo y a buscar la luz en medio de la oscuridad, a acariciar su pelo durante las noches frías y a llenar el lugar con su cálida sonrisa. No sabía lo que era el amor, pero ella, sin duda, había sido más que una esposa al uso, había sido su compañera, su amiga.

Ante su lecho de muerte, Francis había prometido llevarle flores, girasoles, que eran sus favoritos, así que allí se encontraba, cabalgando hacia su tumba, donde había sido enterrada junto al pequeño que yacía en su vientre.

Bajó de su caballo, lo ató y caminó a paso lento hacia donde a un par de pasos se elevaban sobre el césped las dos lapidas. Dejó las flores y suspiró. Acarició la lápida de su hijo con tristeza y elevó la mirada al cielo.

—Cuida de nuestro pequeño, Luci, cuento contigo para ello. No te preocupes por mí, estaré bien.

Capítulo 5

«Querida duquesa viuda de Pemberton:

No sabe lo agradecida y lo honrada que me siento de que se tome el tiempo para responder a mis cartas, sé que una dama de su posición no debe tener mucho tiempo libre entre tantas obligaciones.

Mi sobrino ha accedido a acompañarme a todas las veladas, así que lo llevaré conmigo a tantas como me sea posible, tal y como me indicó.

A pesar de que ahora parece decidido a irse al campo, espero que cumpla con su palabra y no sean más que un par de días para poder tenerlo de vuelta.

Me gustaría recibir un poco más de información sobre la dama en cuestión.

¿Cómo podría ser de más ayuda?

Quedo atenta a sus indicaciones».

Lady Wends.

Eliana paseaba con tranquilidad por el enorme jardín de la casa de campo familiar, mientras disfrutaba del calor del sol sobre su piel, del césped bajo las plantas de sus pies y de los colores de las flores que la rodeaban. Seguramente si su madre la viese le daría una crisis nerviosa. Odiaba que caminase descalza por ahí, ya que decía que eso no era propio de una dama. Sin embargo, para ella era el mismísimo paraíso; amaba disfrutar del campo en todo su esplendor.

—Milady, permítame que la cubra, si continúa así su tez podría quedar rojiza o incluso morena, cabe la posibilidad de que arruine su piel —sugirió su doncella en un intento por hacerla entrar en razón y cumplir con su labor de forma competente, aunque bien sabía que era un esfuerzo infructuoso, pues la acompañaba desde hacía ya muchos años.

—No te preocupes, Sara, entraré en un minuto —aseguró la joven con una sonrisa.

Apenas llevaba un par de horas lejos de Londres, y ya ansiaba no volver a sus bulliciosas calles, ni a sus ajetreados salones de baile. No los extrañaba en lo más mínimo. Si de ella dependiese se quedaría justo allí, en aquel rinconcito que la hacía tan feliz. Además, no quería enfrentarse a cierto caballero que no dejaba de importunarla con preguntas complicadas. Su ceño se frunció, ¿qué secretos podían compartir ella y el duque? Apenas y se conocían, a excepción de su encuentro en Hyde Park, su comportamiento había sido de lo más correcto. Creía firmemente que un hombre de su posición jamás entendería las razones que la llevaban a tomar algunos riesgos.

La joven sacudió su cabeza, lo que menos deseaba pensar era en el duque de Bedford, no iba a arruinar de esa manera su pequeña huida.

—Ayúdame a ponerme un traje de montar, Sara, y pide por favor que me ensillen un caballo.

Zafiro no estaba allí para disfrutar de su compañía, pero en realidad cualquier caballo le serviría para dar un pequeño paseo.

Entró en la casa con una sonrisa puesta, experimentando la felicidad que le producía estar ahí. Se encontraba tan inmersa en sus propios pensamientos, que no notó la presencia de los dos caballeros cerca de las escaleras, hasta que uno de ellos carraspeó, llamando su atención y trayéndola con ello de vuelta a la realidad. Al levantar la mirada, sus ojos se abrieron sin creer en lo que veían, y su cuerpo se quedó de piedra ante la sorpresa.

—Milady, es un placer volver a verla —dijo el duque de Bedford como si nada, estudiándola de pies a cabeza. Se detuvo durante un par de segundos en sus pies descalzos, pudo ver como su ceja derecha se elevaba en una silenciosa pregunta y un toque de burla—. Parece estar disfrutando de su descanso.

—Excelencia, lo lamento, no sabía que tendríamos visitas.

La joven lanzó una mirada asesina a su hermano, quien la observaba divertido. Este consideraba a Francis uno de sus mejores amigos, así que no le preocupaba que llegara a difundir algo de información relativa a su hermana, aunque estaba disfrutando de lo lindo con la expresión aterrada de Eliana.

—No se preocupe, milady, la entiendo a la perfección. De todas formas, aquí el intruso soy yo, así que siéntase libre de moverse como le plazca —dijo con una sonrisa, que a su parecer tenía un toque coqueto, pero eso no podía ser, así que sacudió su cabeza, hizo una reverencia y salió corriendo escaleras arriba sin creer la mala suerte que tenía.

En cuanto entró a su habitación se lanzó sobre su cama boca abajo, ahogando un grito de frustración. No podía creerlo, había huido de Londres para alejarse no solo del bullicio y de la sociedad, sino también del duque y sus preguntas, pero ahora le tenía en su casa, compartiendo el mismo techo. Tal vez, y solo tal vez, su visita no era más que temporal y para el final de día ya no seguiría estando allí, pensó, lo que mejoró su ánimo y le dio un poco más de esperanza.

—Milady, ¿se siente bien? —preguntó su doncella preocupada al verla decaída, eso no era normal en ella.

—Respóndeme algo, Sara, ¿sabes si el duque ha venido solo a cenar o planea quedarse más tiempo?

—He visto a varios lacayos subiendo su baúl y atendiendo a sus caballos, así que he me da que pensar que la visita del duque puede tomar un par de días, milady, aunque si lo desea puedo ir a preguntar.

Y así sus esperanzas se vinieron abajo al igual que su buen humor. Genial, ahora tendría que pasarse los días evitando encontrárselo en algún pasillo, incluso, si la situación se volvía crítica, pudiera ser que terminase siendo relegada al encierro en su habitación, al menos si quería evitar toparse con el caballero en cuestión.

—Eso ya no importa. Ayúdame a prepararme para salir a montar. Tendrás que salir primero y verificar por mí que el duque no esté merodeando por allí.

La aludida la miró con el ceño fruncido, pero como fiel doncella que se consideraba, se limitó a guardar silencio y asentir.

Tal como lo habían planeado, salieron de casa muy sigilosamente. Eliana pasó gran parte de la tarde cabalgando, hasta que fue consciente de que no podía seguir retrasando su regreso. Comenzaba a oscurecer y no tardarían en servir la cena, pues, aunque ella no se presentara al comedor, de igual manera debía estar bajo el mismo techo o su hermano enloquecería. Esa noche logró excusarse y no se presentó en el comedor. De esta forma, continuó durante los siguientes dos días. Seguía levantándose al alba para desayunar, almorzaba en el jardín, pasaba la tarde cabalgando o atendiendo sus flores, y cenaba en su habitación alegando cansancio. Su propósito de evitar toparse con la visita no deseada estaba resultando ser un éxito.

—Jamás me imaginé que usted fuese de las que huían, milady. No parecía muy cobarde mientras galopaba a toda velocidad por Hyde Park cuando el sol todavía no había despuntado, aunque supongo que no se puede confiar en las apariencias, teniendo en cuenta que usted parece carecer de sensatez.

La voz repentina del duque atrajo su atención y la distanció de su concentración sobre la

tierra trabajada, que en ese momento ensuciaba sus manos y nutria sus flores. Ella alzó la cabeza y se tensó sorprendida. Estaba en la zona del jardín más alejada de la mansión, ¿cómo era posible que la hubiese encontrado?

—No sé a qué se refiere, excelencia —respondió sin molestarse en mirarlo o ponerse si quiera de pie. Prefirió continuar allí, de rodillas sobre el césped con las manos y el vestido lleno de abono.

—Vamos, lady Eliana, usted y yo sabemos a qué me refiero. Después de haberla sorprendido paseando sin compañía y su desaparición en horas poco recomendables, empiezo a creer que aprovechó el viaje de su hermano para escapar de la conversación que teníamos pendiente. Ahora me pongo a pensar cuál habría sido su reacción si la hubiera sorprendido escondiéndose en el jardín de mi tía, y más teniendo en cuenta que a unos pocos metros estaba gran parte de la sociedad, disfrutando de una de las veladas más esperadas.

Al oírle relatar aquella cruda verdad, los movimientos de la joven se detuvieron abruptamente, y la pequeña pala que sostenía entre sus manos resbaló hasta terminar en el suelo. De repente, su mente se quedó en blanco.

—¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó con la esperanza de haber escuchado mal. Tal vez estaba tan centrada en esquivarlo que ahora imaginaba cosas que no eran.

—Usted y yo sabemos que me ha escuchado a la perfección.

La voz del duque de Bedford irradiaba seguridad. Esta última era una cualidad propia de cualquier caballero de su posición, pero en ese momento, para Eliana fue como escuchar al mismísimo demonio recordándole cuáles habían sido cada uno de sus errores.

La dama se puso de pie con lentitud, y poniendo todo de su parte para ocultar sus nervios, enderezó la espalda y le enfrentó.

—Se equivoca, excelencia, no sé qué es a lo que se refiere, recuerdo haber disfrutado enormemente de aquella noche en casa de lady Wends, es una excelente anfitriona y todo estaba preparado de manera exquisita. Irradiaba elegancia. De hecho, me siento muy agradecida por la invitación.

Eliana se encargó de que sus palabras fueran acompañadas de la pose que había estado practicando durante tanto tiempo en la escuela de señoritas y con su madre en vacaciones. En su mente se repetían las órdenes necesarias para su realización: espalda recta, cabeza en alto, mirada fija sin rastro de temor, la pose de una reina.

Francis sonrió y dio un paso al frente, acortando la distancia que los separaba. Desde el desayuno no dejaba de pensar en que debería visitar el jardín. Al parecer estaba de suerte porque acababa de encontrarse con la escurridiza joven que no hacía más que tratar de evitarlo. Con sus breves intercambios, estaba descubriendo que disfrutaba enormemente viéndola entre la espalda y la pared, así que se disponía a prolongar un poco más su incomodidad para poder disfrutar de ella, aunque fuera un rato más.

—¿En serio? Porque me pareció ver a una joven de cabello rubio y vestido azul con detalles en blanco. Si no recuerdo mal, cuando nos presentaron, usted cumplía con estas características y, curiosamente, en el bajo de su falda usted conservaba un par de manchas de tierra. ¿No fue debido a esa misma razón por la que salieron corriendo del salón? Vamos, lady Eliana, creo que después de descubrir su aventura en Hyde Park y guardar el secreto, me merezco un poco de sinceridad por su parte.

Ella mordió su labio inferior con nerviosismo, se encontraba en serios problemas.

—¿No ha pensado en hacer que un médico le revise su vista, excelencia? Resulta muy poco probable que una dama respetable como yo, recorra el jardín en medio de la noche, en vez de

estar en la comodidad de un salón disfrutando de un buen baile. Es posible que sus ojos lo hayan engañado por la oscuridad. Pero no tiene de qué preocuparse, seguro que un buen médico le ayudará con dichos malestares. No creo que sea algo que llegue a poner en riesgo su vida — rebatió, no tan segura de sí misma como le hubiese gustado sonar.

Sus manos estaban temblando y su corazón latía con tanta fuerza que el duque no tendría ningún problema para escucharlo. Dada su escasa experiencia en sociedad, no sabía moverse con tranquilidad entre los caballeros. En materia de hombres, muchas damas aseguraban que un poco de coquetería solía ser suficiente para conseguir lo que se deseaba, pero ella ni siquiera sabía si poseía tales habilidades. En momentos como ese le hubiese gustado hacer uso de ellas, estaba segura de que así podría haber salido indemne de todo aquel embrollo que, poco a poco empezaba a robarle la tranquilidad.

Francis sonrió divertido ante los intentos de parecer indiferente de la joven. Nunca había conocido a una dama que, apenas habiendo iniciado su primera temporada social, le inspirase tanta curiosidad. Usualmente, estas solían ser más bien tímidas, y algunas de ellas incluso un tanto taciturnas. Sin embargo, lady Eliana poseía unas características que no lograba definir con precisión, pero que empezaban a despertar algo que él había creído muerto desde hacía un tiempo atrás.

—Oh, ¿en serio cree que necesito los cuidados de un médico? Puede que tenga razón. En ese caso pienso que lo más prudente sería pedirle ayuda a su hermano, teniendo en cuenta que él también asistió al evento en cuestión, seguro que me puede ayudar a recordar si había o no una dama con esas características presente en la velada. Lo que menos deseo es que me tachen de loco así que puede que Leonard abogue a mi favor.

Los ojos de Eliana se tiñeron de terror. Francis dio un paso al lado, fingiendo que estaba dispuesto a buscar a su anfitrión, pero su treta dio resultados mucho más rápido de lo que había previsto.

—¡Espere! —gritó ella, deteniéndolo a la vez que posaba su mano enguantada y llena de tierra sobre su antebrazo—. ¿Qué es lo que quiere saber?

Capítulo 6

—Esa es una pregunta muy interesante, lady Eliana.

Él dirigió una mirada hasta su brazo, justo en donde la joven había descansado su mano, y Eliana se alejó tan rápido que estuvo a punto de pisar las flores, que instantes atrás había estado arreglando.

—Empiezo a creer que hace todo esto con el firme propósito de atormentarme, excelencia. ¿Por qué no me dice de una vez qué es lo que quiere?

Debía ponerle fin a esa situación de inmediato, solo de esa forma podría alejarse del duque de una vez por todas y volver a vivir en tranquilidad, disfrutando de sus paseos furtivos. A partir de ahora trataría de ser mucho más cuidadosa para evitar ponerse en peligro o en evidencia.

El duque estaba a punto de responder, cuando ella vislumbró a Leonard saliendo de casa dirigiéndose hacia donde se encontraban. Al contrario que su acompañante, quien estaba dándole la espalda a la puerta, desde su posición, Eliana podía estar al tanto de ello, lo que menos deseaba era que, por error, alguien, les descubriese hablando de una cuestión tan privada.

—¡Leonard! —saludó con emoción, acallando a Francis, quien con una sola mirada captó la indirecta y se mantuvo en silencio.

—¡Bedford! ¿Disfrutando del paisaje? Mi hermana posee un don para con las flores, gracias a los cuidados de Eli, todos los jardines de casa se conservan relucientes y coloridos —presumió orgulloso, sin prestar atención a las miradas que intercambiadas entre su invitado y ella.

—Eso he descubierto. Tal vez quepa la posibilidad de convencerla para proporcionarme un par de consejos con mi jardín. Me temo que hace un par de años que no contrato un buen jardinero. He de admitir que no le he estado prestando la suficiente atención.

No había necesidad de mencionarlo ni entrar en detalles. Todos sabían que, tras la muerte de su esposa, muchas de las labores de la casa habían caído en el olvido, aunque desde que su tía se había mudado muchas cosas habían cambiado, por lo que esas tareas de momento estaban siendo cubiertas.

—Seguro que Eli puede ayudarte con eso. Hablando de obligaciones, Eliana, me gustaría creer que no has olvidado la condición que puso madre para permitir que me acompañases. Hay un pianista esperándonos junto a tu profesor de baile, así que por favor sube a cambiarte. Te estaremos aguardando en el salón principal —la aludida hizo una mueca, tenía la esperanza de que su hermano lo hubiera olvidado, pero al parecer no había surtido efecto. De mala gana, se deshizo de sus guantes y del delantal, y emprendió el camino de vuelta a casa. Ante la mirada de su amigo, el futuro conde aclaró—. Tiene dificultades para bailar bien, así que para conseguir que viniese, mi madre me hizo prometerle que practicaría en ello. —Francis asintió.

Varios minutos después, los tres se encontraban en medio de un enorme salón mientras en una de las esquinas, un pianista ejecutaba excelentes melodías.

—Milady, recuerde, la espalda siempre recta, nunca debe mirar al suelo —le recordó su instructor al verla lanzar una mirada a los pies de su hermano, quien intentaba guiarla en la polca, pero, en definitiva, el baile no era una de sus habilidades. No hacía más que pisar a su hermano o tropezar con los pies de este.

Francis se limitaba a observar la escena con diversión.

—Por el bien de la sociedad, creo que lo más idóneo sería que la privase de mis dotes nefastas —aseguró ella soltando un bufido.

Dio un paso atrás y, tras haberle propinado un puntapié a su hermano, determinó que lo más conveniente sería darse por vencida.

—No sería mala idea —concordó su hermano alejándose de ella mostrando una leve cojera producto del dolor.

—¡No, no, no, lady Eliana! Con un poco más de práctica se convertirá en toda una experta. ¡Paciencia y práctica, milady! Paciencia y práctica —Eliana soltó un bufido muy poco femenino, ganándose con ello una mirada desdeñosa por parte de su hermano—. ¡Tengo una excelente idea! —Anunció el hombre acercándose a Francis—. A veces el problema es que no hay conexión con la pareja. ¡Excelencia! Seguro que usted nos puede ayudar con esta labor.

Tres pares de ojos se centraron en el instructor.

—¿Yo? —inquirió el duque.

—¡Por supuesto! Si milord lo permite —miró a Leonard en busca de su consentimiento—. Me gustaría que empezáramos con algo un poco más sencillo como podría ser un vals; cuando lady Eliana gane confianza podremos probar con otro tipo de danzas.

—¿El vals no sería impropio? —preguntó la aludida aterrada. Lo que menos quería era estar cerca de él y al parecer ahora tendrían que bailar, y nada menos que un vals.

—Estamos casi en familia, Eli, no debes preocuparte por eso —aseguró su hermano—. Bedford, además de ser un excelente bailarín, es todo un caballero. Por otra parte, mis pies necesitan un descanso o tendré que terminar usando un bastón por el resto de mi vida. No te importaría ayudarme, ¿verdad? —bromeó Leonard girando la cabeza para mirar a su amigo.

El duque sintió que algo en su interior se revolvía, hacía mucho tiempo que no bailaba un vals. La última mujer con la que había compartido aquella melodía había sido con Lucille poco antes de enterarse de que por su embarazo lo mejor sería mantener reposo absoluto.

—Claro, no hay problema —intentó dejar atrás el nudo en su garganta al acercarse a la joven—. ¿Me permite esta pieza? —preguntó con elegancia tendiéndole su mano.

Eliana levantó su mano temblorosa y la puso sobre la del duque, realizó una reverencia y la música empezó a sonar. Él puso su mano cerca de la curvatura de su cintura, mientras ella la apoyaba sobre su hombro. A pesar del temblor y los nervios que poco a poco se apoderaban de ella, se limitó a seguir las indicaciones del tutor: espalda recta, mentón en alto y hombro firme. Lo único que no logró fue conformar una sonrisa en sus labios.

Ambos empezaron a moverse al ritmo de la melodía.

—Relájate, solo permite que te guíe. Puedes confiar en mí —susurró Francis mirando su rostro.

Al reparar en la familiaridad con la que le hablaba, lo escudriñó de forma acusatoria, sin embargo, en el instante en que sus ojos se fijaron en los de él, una extraña calidez recorrió su cuerpo, se sintió... diferente, pero bien.

Resultaba difícil de explicar, no sabía el cómo ni el porqué, pero por un momento no se preocupó en cuáles debían ser los siguientes movimientos o en si su espalda estaba lo suficientemente recta. Su mente se quedó en blanco y, lejos de prestar atención a las posibles indicaciones del instructor, apenas podía escuchar la suave melodía proveniente del piano. Por primera vez en su vida, estaba disfrutando de un baile. Supuso que sería así como se sentirían las demás jóvenes debutantes y, no le molestó en lo más mínimo, todo lo contrario, le gustaba.

Para Francis las sensaciones eran muy similares, tenerla allí, tan cerca que podía disfrutar del dulce aroma de su piel, de la inocencia de su mirada; incluso tenía una vista perfecta de sus rosados labios. El pequeño y apenas perceptible lunar junto a estos, resultaba cuanto menos placentero, casi tentador. Esos minutos marcaron un antes y un después en comparación a los

bailes que había llegado a compartir con otras damas.

—¿Cuál cree que es su sueño más grande? —le preguntó el caballero de repente, deseoso por saber un poco más. Ella parpadeó.

—No lo sé. Supongo que tengo muchos sueños o deseos que espero alcanzar en mi vida, pero no sabría decirle cuál de todos ellos sería el más importante.

—Entonces me gustaría escuchar cada uno de los deseos que inspiran su corazón, para mí sería un verdadero placer —Eliana bajó la vista por un segundo, se tomó un respiro intentando normalizar la situación, antes de mirarlo una vez más.

—¿Por qué le han de interesar? Asegura que puedo confiar en usted. Sin embargo, lamento informarle que su cercanía, más que seguridad, me produce cierto desconcierto y algo de nerviosismo. ¿Por qué no me dice de una buena vez qué es lo que quiere de mí? Parece dispuesto a atormentarme con todo lo que ha descubierto sobre mi persona y en cuanto tiene oportunidad no deja de importunarme con ello.

El intercambio fue realizado en susurros, siendo conscientes de que nadie más podía escuchar su conversación. Tanto su hermano como el instructor parecían concentrados en la calidad de sus movimientos, no tanto en sus palabras, por lo que aún estaban a salvo.

—Lamento responder que no lo sé. He de admitir que en un principio sentí un poco de rabia al verla hacer semejante estupidez con lo que no lograba más que ponerse en peligro; después se convirtió en curiosidad por conocer qué era lo que la impulsaba a correr tales riesgos innecesarios. En la actualidad puede que sea una combinación de ambas, pero en definitiva quisiera saber la respuesta de la segunda cuestión.

Eliana lo observó durante un par de minutos en silencio mientras libraba una guerra interna entre responder a sus dudas o negarse a hacerlo. Apenas conocía a ese hombre, ¿por qué confiarle algo tan personal? No tenía sentido e incluso podía llegar a ser bastante estúpido.

—¿Qué pasaría si decido no dar respuesta a ninguna de sus dudas y quedarme en silencio? ¿Dejará mis aventuras en evidencia frente a mi hermano? —preguntó poniéndole a prueba. Después de todo, esa era la única información que, en teoría, les unía. Sin ella, Eliana tendría completa libertad de mandarlo a freír espárragos si así lo desease.

Francis sonrió de medio lado, dándose cuenta de que empezaba a perder su ventaja en la conversación.

—Aunque no me dé la información que espero recibir, le aseguro que no pondré sobre aviso a su hermano acerca de sus aventuras, mientras me asegure que estas no se repetirán. Tampoco pienso consentir que corra riesgos innecesarios, no debe ponerse en peligro. Si es capaz de cumplir con estas condiciones, su secreto estará a salvo. Le doy mi palabra.

Ella le miró confundida.

—¿Es consciente de que sin esa información no tiene nada con lo que retenerme?

—Mi intención no es esa, y soy muy consciente de las posibles consecuencias de mis palabras, sin embargo, las mantengo. Lo que menos deseo es que se sienta importunada con mi presencia o mis preguntas, solo quiero saciar mi propia curiosidad, pero si ese es su deseo le aseguro que no me volveré a acercar a usted. Tampoco tendrá que volver a lidiar con mi presencia.

Descabellado o no, Eliana tenía la certeza de que el duque cumpliría con su palabra, lo cual era un hecho que la tranquilizaba. Sin embargo, cuando estaba por darle una respuesta, la música se detuvo de repente, obligándoles a separarse y a ejecutar la debida reverencia.

—¡Lo sabía! Todo lo que necesitaba era una pareja que la guiase durante la danza con elegancia y finura. Sin ofender, milord, pero no es lo mismo bailar con un hermano que hacerlo

con cualquier otro caballero —aseguró el instructor, aunque la joven apenas lo escuchó. No dejaba de mirar al duque y de pensar en cuál debería ser su siguiente movimiento.

—Creo que ha sido suficiente por hoy. Me siento cansada y deseo retirarme a mi habitación.

Se sentía encerrada y nerviosa, necesitaba un poco de descanso, de soledad y calma.

—Está bien, pero mañana retomaremos las clases —señaló su hermano, a lo que ella respondió asintiendo con la cabeza, realizó una reverencia, y continuó su marcha hacia su refugio.

Al ver que los caballeros estaban inmersos en su propia conversación, el duque se retiró con sigilo hacia el jardín. Consideró la opción de seguirla, pero fue una idea que desechó de inmediato, aquello no solo resultaría impropio, sino que además era cuanto menos ridículo. No tenía razón alguna para hacerlo.

Bajó la vista hasta sus manos y se fijó en el anillo que su esposa le había obsequiado y que aún llevaba en su dedo anular. No estaba seguro de por qué lo mantenía allí. Tal vez se debiese a que sentía que era su deber no olvidarla, ni a ella ni al pequeño fallecido. A pesar de que borrarlos de su memoria y recuerdos sería simplemente imposible, con ese acto había buscado darle su lugar como su esposa y como parte de su historia. O quizás, no era más que una cruel manera de recordarse su realidad y las razones que lo habían llevado a elegir el camino de la soledad.

Sus sueños y temores parecían personificarse en una sola dama. Por primera vez en su vida requería algo más, ansiaba la posibilidad de un futuro que le brindara mucho más que una sensación de conformismo y comodidad. Anhelaba soñar con la felicidad, con la alegría y puede que incluso con el amor.

Capítulo 7

«Querida lady Wends:

Si la información que ha llegado a mis oídos es correcta, no tiene de qué preocuparse, algo me dice que ese viaje le hará mucho bien a nuestra causa.

No es conveniente que le proporcione más detalles sobre mi plan porque cualquier intervención sería contraproducente. Sin embargo, puede estar tranquila, he estado conversando con la madre de la joven.

Proviene de una familia respetable, es hermosa, dulce y muy alegre.

Siento que ella tiene la alegría que, si me permite decirle, a su sobrino le falta.

No se preocupe, me encuentro trabajando en ello.

Aun así, recuerde que una vez que el duque regrese, deberá usted llevarlo a tantos eventos como sea posible».

Duquesa viuda de Pemberton

Francis inspiró con profundidad el aire libre, permitiendo que ese dulce aroma llenase sus pulmones. Resultaba increíble como él, que un día había creído poseer todo lo necesario para ser completamente feliz y dichoso, ahora no tenía nada.

En cuanto notó un vacío en su pecho, no se lo pensó dos veces y regresó al interior de la casa. Fue en dirección al despacho de su amigo, sabiendo que Leonard no tendría el más mínimo inconveniente con ello. En cuanto se internó en él, se dirigió al aparador que resguardaba un par de botellas con whiskey. Se sirvió un vaso con mucho más contenido del que debía, y se lo bebió de un solo trago. El ardor que le quemó la garganta a causa de la bebida ayudó a amortiguar el resto de las sensaciones que estaba experimentando en ese momento.

Era posible que se estuviera escondiendo tras el licor. No obstante, cuando no se sabía la verdadera raíz del mal que lo aquejaba, resultaba demasiado complicado encontrar una cura. Por lo tanto, no le quedaba otro remedio que aferrarse a todo aquello que disminuyera su malestar. A veces, solo necesitaba un poco del alivio momentáneo que le confería el alcohol, que le aturdiría lo suficiente para dejar de pensar y sentir, alejando consigo la desazón y la oscuridad.

Su tía le diría que la solución estaba al alcance de su mano, o para ser más precisos, al de un anillo. Un matrimonio aliviaría su soledad —según ella, la única razón por la que su vida no estaba completa era por la falta de compañía de una esposa y herederos— y pondría remedio a su situación. Sin embargo, él empezaba a creer que todo aquello iba mucho más allá de casarse. A su parecer, el problema era el dolor que embargaba su pecho cada vez que pensaba en su fallecida esposa, en todo lo que había podido ser, pero que a la final no fue.

La única verdad, era que tenía miedo. Estaba aterrado. Por primera vez se atrevía a dar rienda suelta a sus demonios y a los sentimientos que desde la muerte de su esposa e hijo había mantenido prisioneros en lo profundo de su alma para no sufrir. Comenzaba a comprender que había vivido engañado, y que la soledad le carcomía por dentro. Él se había creído indemne, casi inerte, hasta que se había cruzado lady Eliana en su camino y todo lo que creía inmutable empezaba a tambalearse.

Sin pensarlo, llenó su vaso una y otra vez hasta que, sin darse cuenta, terminó sentado en el suelo con la ropa arrugada. La chaqueta estaría en algún lugar que no recordaba con exactitud, el

pañuelo se había desecho, las lágrimas pugnaban por escapar de sus ojos y había dado cuenta de al menos una botella completa. De esta forma había sido encontrado por Leonard, confería una imagen que podría haber correspondido a cualquiera persona menos al gran duque de Bedford. Se hallaba casi ahogado en el alcohol, diciendo incoherencias.

Leonard llamó a gritos a su mayordomo y, con su ayuda, lo subieron hasta su habitación.

—Que le preparen un café bien cargado y un poco de caldo, porque cuando despierte lo va a necesitar —ordenó Leonard mientras arrastraban el cuerpo casi inconsciente.

Un pequeño grito los detuvo a la mitad del pasillo. Al girar, se encontraron con Eliana cubriendo su boca abierta ante la sorpresa. Esa era una imagen que no había esperado encontrar después de un par de horas de descanso, que la habían ayudado a poner en orden su cabeza, aportándole por fin una salida a todo el enredo que la rodeaba.

—¿El duque se encuentra bien? ¿Hay algo en lo que pueda ayudar? —preguntó preocupada. Se le veía muy mal aspecto y por alguna razón aquello le causó cierto sinsabor.

—No te preocupes Eli, solo necesita un poco de descanso. Su ayuda de cámara se encargará de atenderle —dijo Leonard emprendiendo el camino nuevamente. La habitación del duque se encontraba casi al finalizar el pasillo.

La joven se quedó observándolos, no podía detenerlo o irrumpir en la habitación, esperando encontrar respuestas. Le gustaría saber qué le había llevado a tal estado y si podía hacer algo por él, pero supuso que por el momento no le quedaba otra opción más que esperar.

Regresó a su aposento decidiendo ocupar su mente en otros menesteres, más la imagen del duque continuaba rondándole la cabeza. Intentó leer su libro favorito de las hermanas Bronte, pero en su cabeza, aunque las palabras avanzaban, apenas lograba prestar atención. Quiso pintar, pero en cuanto se encaminó hacia la puerta, comprendió que aquello no funcionaría. Incluso trató de escribir un poco, pero al tener la pluma en la mano, esta solo flotó sobre el papel, nada se le venía a la mente. Al final se dedicó a arreglar las ya perfectas flores que decoraban su habitación y a mirar por la ventana al extenso páramo, que se extendía ante ella, sin verlo realmente.

Aquellas supusieron las horas más eternas de su vida, fue como si los minutos se le antojasen cada vez más largos, hasta que por fin llegó la hora de la cena. No obstante, se sintió muy decepcionada cuando al bajar, solo vio a su hermano sentado a la cabeza de la mesa y no más de un plato a su derecha, evidenciando que esa noche cenarían solos.

—¿El duque no nos acompañará? —preguntó intentado restarle importancia al asunto y tomando asiento con la elegancia propia de una dama.

—No, se encuentra un poco indispuerto.

Ella elevó la mirada llena de preocupación.

—Entonces habrá que llamar al médico —levantó la mano haciendo una señal al ama de llaves, pero su hermano la detuvo.

—No es necesario, no necesita más que un poco de descanso. Por favor, continúa con tu cena.

El tema se dio por finalizado y, aunque el heredero no lo notó, su hermana apenas tocó la comida. Eliana pasó toda la noche removiendo el tenedor sobre el plato como si fuera lo más interesante del mundo. Solo hacía falta prestar un poco más de atención a sus ojos para saber que su mente se hallaba muy lejos de allí.

Una vez la cena finalizó, se disculpó alegando sentirse exhausta. Regresó ansiosa a su habitación, pero en cuanto su mano se posó sobre la madera de la puerta, fue como si algo en su interior la atrajese hacia el fondo del pasillo. El lugar estaba desierto, así que nadie notaría su impertinencia. Lo único que debía hacer era evitar a toda costa ser descubierta, después de todo,

se limitaría a entrar, preguntarle al duque cómo se encontraba y luego salir de allí. Si el caballero guardaba el secreto, nadie tendría por qué enterarse de lo insensatos que eran sus actos.

Al final, decidió seguir su impulso, aunque temió que el consejo que su madre le recordaba cuando era pequeña fuese verdad.

«La curiosidad resultaba muy poco conveniente para una dama».

Miró hacia ambos lados, verificando que no hubiese nadie cerca y agudizó su oído para ver si escuchaba pasos acercándose, pero lo único que había era un absoluto silencio, así que con sigilo sus pies se movieron hasta encontrarse en la entrada del cuarto del duque de Bedford. Sus manos temblaban a medida que la madera fue cediendo ante ellas, y pronto se encontró con el interior de una de las habitaciones para invitados. Se hallaba decorada en colores oscuros, o eso supuso, la falta de luz limitaba mucho su capacidad para determinar con rigor los detalles.

Se internó en ella siendo tan silenciosa como le fue posible y cerró la puerta tras de sí. Agudizó su vista, pero todo estaba tan oscuro que apenas distinguía qué era lo que tenía en frente. Se deshizo de sus zapatos y los dejó junto a la puerta, caminó con lentitud esperando no tropezar hasta llegar a una de las ventanas. Una vez al lado de ella, corrió una de las cortinas permitiendo que la luz de la luna iluminara la habitación.

Ahí estaba el duque, sobre la cama y al parecer dormía tranquilamente.

Se dirigió hacia donde él estaba descansando y el fuerte olor a whisky la invadió, ahora entendía cuál era la razón de su malestar. ¿Acaso acostumbraba a beber? Si era conocedora de esa información era porque su hermano, un par de años atrás, en más de una ocasión había llegado a casa casi siendo arrastrado por el cochero y en todas esas ocasiones, su madre no dejaba de repetir que la culpa era del whisky.

Por alguna razón, se detuvo unos segundos para examinar su rostro, y notó que sus mejillas estaban húmedas. Al parecer sus sueños estaban siendo tan tormentosos, que le estaban robando un par de lágrimas. Aquello la entristeció. No podía imaginar qué podía ser tan amargo como para llevar a un hombre como él a tal desconsuelo.

No estaba segura de qué era lo que la impulsaba a ello, pero su mano fue hasta su rostro y con mucha delicadeza, limpió la humedad con sus pulgares, tal vez con la esperanza de que sus lamentos se calmasen. No pudo evitar constatar una vez más que era un caballero muy apuesto.

En algún momento sus pequeños toques le despertaron, y antes de darle tiempo para alejarse, el duque la tomó por la muñeca, y la observó directamente, aunque sus ojos se mostraban perdidos, distanciados del momento que estaban viviendo.

—¿Eres mi ángel? ¿Acaso vienes a aliviarme este gran dolor?

El corazón de Eliana latía con tanta fuerza, que le costaba ordenar sus pensamientos.

—¿Su ángel? ¿Le duele algo, excelencia? Si lo prefiere, puedo pedir que llamen al médico, él conseguirá aliviar sus dolores —sugirió mirando hacia la puerta, esperando el momento propicio para salir por ella y pedir ayuda, pero su mano seguía estando aprisionada.

—Mi ángel, tú sabes que mi malestar no puede ser curado con médicos o medicinas. Se trata de algo mucho más profundo. Me duele aquí, en el alma —murmuró con dificultad posando la mano de ella en su pecho palpitante, que parecía desnudo bajo la sabana de seda.

Eliana mordió su labio inferior, analizándolo una vez más. La expresión de sus ojos parecía perdida. Por la conversación que estaban manteniendo, supuso que él no era consciente de la realidad, para el duque todo formaba parte de un sueño.

—Descanse excelencia, le hará bien —intentó liberar su mano con un movimiento lento, pero el agarre no cedió y, antes de poder decirle algo, él la atrajo hacia su cuerpo. De no ser porque había logrado poner su mano libre sobre el colchón evitando la inminente caída, habría

terminado cayendo contra sobre su pecho—. Debo irme... —susurró turbada.

Sin embargo, lo único que consiguió fue que él la abrazase por la cintura con su mano libre y se incorporara hasta casi estar a su altura. Ambos quedaron apenas a un par de centímetros de distancia, ocasionando que su aliento impactase contra su rostro.

—No, te lo imploro, no te vayas. Eres mi ángel, puedo verlo en tus ojos. Sálvame, te lo ruego. Te necesito. No quiero perderte, te quiero para mí para toda la eternidad.

De repente, Bedford unió sus labios en un beso y de la sorpresa, no se le permitió alejarse. Se quedó tiesa, sin saber cómo reaccionar ante el arrebato pasional del hombre. Un extraño cosquilleo comenzó a recorrer su vientre, dejándola confundida y arrasada por una marea de sensaciones hasta entonces desconocidas para ella. Impotente ante el asedio de la boca ardiente del duque, que implacable empezó a mover sus labios sobre los suyos, ella gimió e imitó sus movimientos sin comprender las reacciones de su cuerpo, las cuales le impulsaban a cerrar sus ojos, pegarse contra su torso y disfrutar de aquel frenesí.

Era la primera vez que la besaban y se sentía maravillosamente bien.

—Mi dulce ángel... por probar tus labios una vez más y ver esos maravillosos ojos tuyos al despertar estaría dispuesto a hacer lo que me ordenes, lo que sea. No me dejes mi ángel, quédate conmigo. Dedicaré mi vida a encontrarte —dijo tras depositar unos castos besos en sus labios, para después soltar un suspiro, liberarla y caer dormido una vez más.

Capítulo 8

—Eli, ¿te sientes bien? —preguntó su hermano al verla tan callada y taciturna durante el desayuno.

La joven levantó la vista de su plato y observó a su hermano. No obstante, de forma instantánea, sus ojos se desviaron hasta los del duque, provocando que se removiera con incomodidad sobre la silla.

—Perfectamente, solo estoy un poco cansada, me hubiera gustado dormir un poco más.

—Si lo prefieres puedes retirarte a tu habitación y descansar un par de horas más, no te preocupes.

Eliana asintió y, evitando mirar de nuevo al duque, se levantó, ejecutó una reverencia y salió del comedor rumbo a su habitación.

—¿Qué tal va el dolor de cabeza? —preguntó el anfitrión a su amigo con tono de burla.

Hacía mucho que Bedford no tenía una recaída así, y lo conocía lo suficiente como para saber que lo mejor con él sería quitarle el hierro al asunto mediante bromas. El caballero no era del tipo de hombre al que le gustaba dar demasiadas explicaciones.

—Siento que me va a estallar. Estoy seguro de que tu whisky es el culpable, estoy acostumbrado al que proviene de Escocia. El tuyo tenía un sabor horrible —gruñó el aludido con rabia obteniendo una fuerte carcajada por respuesta.

—Mi whisky es mucho mejor que el tuyo, estoy seguro, así que, si lo que quieres es culpar a alguien, culpa a la calidad de tus bebidas —señaló, haciendo una seña a uno de los sirvientes, quien rellenó una vez más la taza con café del duque.

Después del desayuno, Francis se sentó en el jardín, esperando a que el sol lo ayudase a calmar su malestar. Por suerte, el dolor cabeza había remitido, así que solo debía lidiar con el cansancio y el malestar en su estómago. El aire libre le sentaba de maravilla. Recostó un poco su cabeza y cerró los ojos, había sido una noche agitada.

Llevaba apenas un par de minutos descansando cuando al abrir los ojos, a lo lejos, en medio de los árboles que rodeaban la mansión, pudo ver el movimiento de una falda color amarillo que recordaba haber visto durante el desayuno. Tomó una respiración profunda y poniéndose en pie fue a ver qué era lo que entretenía a la joven como para esconderse tras los árboles. Se acercó con sigilo, esperando no ser percibido y lo logró, allí estaba ella, partiendo en pedazos el pan que tenía entre sus manos para después dárselos al pequeño perro que movía la cola con alegría. Por desastroso su aspecto, estaba seguro de que se lo había encontrado por casualidad.

—Si continúa dándole comida, el perro nunca querrá marcharse.

Eliana emitió un grito y dio un brinco al escucharlo a su espalda, lo miró de forma acusatoria, posando su mano sobre su pecho, esperando que su corazón se estabilizase de nuevo.

—¿Está usted loco? ¡Casi se me para el corazón del susto!

Francis levantó las manos en señal de rendición dando un paso hacia atrás.

—Discúlpeme, no era mi intención asustarla, es solo que la reconocí por su falda desde la lejanía y tuve curiosidad por conocer la razón por la que se encuentra aquí.

Ella estudió su falda, era amarilla clara con pequeños bordados de decoraciones en blanco.

—Sí, pero al menos podría haberme prevenido de su presencia tosiendo o generando algún tipo de ruido, no debió aparecer como si se tratase de un fantasma. Además, ya ha visto lo que estoy haciendo, ¿no cree que debería regresar?

Era probable que estuviese siendo mucho más grosera y agresiva de lo que debería, pero poco la importaba. Después de lo acontecido la noche anterior, lo que menos deseaba era estar cerca de él. Su cabeza aún daba vueltas, confundida ante todo ello. Todavía no lograba comprender lo que su corazón sentía cada vez que lo recordaba. No podía estar más confundida.

—Si continúa alimentándolo, el perro no querrá marcharse —repitió ignorando su pregunta. Eliana suspiró.

—No me importa. Nunca he tenido un perro y seguro que mi hermano no me pondrá reparo alguno por uno tan pequeño como este. Por supuesto, mis padres tampoco lo harán si les prometo participar de forma activa de toda la temporada social.

Dicho esto, se agachó y acarició la cabeza de la bola de pelos blancos. Sin embargo, estaba tan sucio que más bien parecía de color café.

—Usted nunca deja de sorprenderme, lady Eliana.

—Puedo decir lo mismo de su persona, excelencia.

Le lanzó tal mirada desafiante que lo dejó atónito. Al final, decidió olvidarse del decoro y se sentó sobre el césped. Tras colocar al perro sobre sus piernas, este aprovechó para acurrucarse y cerró los ojos, disfrutando de las caricias que ella le prodigaba cerca de sus orejas.

—¿A qué se refiere? —preguntó el duque tomando asiento a su lado.

—Puede que sea muy impertinente por mi parte, pero anoche mientras estaba saliendo de mi habitación lo vi en un estado... —dudó y se detuvo unos instantes para seleccionar la palabra correcta— indescriptible, y después... ¿recuerda algo de lo que sucedió anoche?

Ella evitó mirar al caballero, centrándose solo en el cachorro. Se sentía un poco incómoda pidiéndole explicaciones. No tenía el derecho de hacer tal cosa, así que él bien podría negarse a responder, darle una reprimenda e irse, y lo entendería. Sin embargo, ahí continuaba, a su lado.

Francis tomó una respiración profunda, le hubiera gustado evitar que ella lo viera en esa condición. A decir verdad, se avergonzaba de que cualquier persona se lo encontrase en tal decadencia, por lo que supuso que concederle una explicación no estaría de más.

—Lamento mucho que pasara por el desagrado de conocer mi lado más oscuro —se disculpó tomando aire—. Aclarar algo así es mucho más difícil de lo que alguna vez me imaginé.

Giró su rostro y se encontró con sus ojos, esa maravillosa e indescriptible mirada que le había fascinado desde el primer momento en que la vio, y entonces fue como si un recuerdo cruzara por su mente.

El rostro de Eliana iluminado por el tenue brillo de la luna en medio de la oscuridad, sus rosados labios cerca, muy cerca, y su dulce aroma a flores rodeándolo, mientras que él le rogaba, no, le suplicaba que no lo dejase. «Mi ángel», no había dejado de repetir.

Bedford sacudió la cabeza y la miró de forma acusatoria. No, no podía ser, aquello debía tratar de un sueño, producto de la alta cantidad de alcohol ingerida la noche anterior. Lady Eliana era una dama fuera de su alcance.

—¿Se encuentra bien, excelencia? De repente, se le ve muy pálido —comentó ella ajena a la guerra y la confusión que se libraban en su interior.

El duque solo asintió.

—Perfectamente —aseguró tosiendo, y se intentó concentrar en la conversación inicial—. Lady Eliana puede que para usted sea difícil comprender muchos de mis actos, teniendo en cuenta su inexperiencia nadie la juzgaría por ello. A modo de explicación solo podría decirle que a veces, cuando alguien pierde algo muy importante suele buscar un refugio seguro. Algunos se inclinan más por una casa en el campo, otros por el juego y los demás en la compañía. En mi caso, mi vía de escape fue el alcohol.

La dama se limitaba a observarle, escuchando con atención lo que fuera que él estuviera dispuesto a contarle. Con un poco de suerte, le confesaría que recordaba su beso, así podrían aclarar la situación y volver a la normalidad. O tal vez no.

Llenándose de valentía, Eliana puso una mano sobre la de Bedford, decidida a infundirle un poco de confianza y lo logró.

—Nunca he experimentado el dolor de una pérdida como lo ha podido hacer usted, y no sabe cuánto lamento que tenga tanta tristeza dentro de su corazón, pero de cierta manera lo puedo entender. A pesar de que no comparto su forma particular de refugio, comprendo que la soledad lo haya llevado a tal oscuridad. Usted solo desea una salida fácil. Todos nos desahogamos de maneras diferentes, y aunque es posible que su método no sea muy saludable, si le funciona, nadie lo debería de criticar —comentó dedicándole una dulce sonrisa, después, su atención regresó a su pequeño amigo, que dormía plácidamente— De modo que no recuerda nada de lo que pasó anoche —comentó esperando que su voz sonara lo más neutral y normal posible.

—Me gustaría poder decirle que sí, para tener pleno conocimiento de si debo o no pedir perdón por algo, pero lamentablemente no. Mis recuerdos llegan hasta el momento en que me senté en el suelo con la botella medio vacía —suspiró—. Sé que estas no son las conversaciones que una dama de tu posición suele mantener, así que espero no te moleste si te hablo con demasiada familiaridad.

Ella soltó una risita.

—No te preocupes. Ayer, mi hermano dijo que eras casi de la familia, incluso hasta bailamos un vals, así que supongo que no importara si nos tomamos ciertas licencias protocolares en privado. No tengo problema con ello.

Muchas veces Francis había sentido que su mundo no hacía más que dar vueltas alrededor de algo que solo lograba hacerle daño, pero durante esos instantes tan cortos, había sido como si todo se estabilizase para él.

Observó el perfilado y perfecto rostro de la dama, el brillo de su cabello bajo los rayos del sol, incluso la forma en la que acariciaba al perro que acababa de encontrarse en la calle y que la había llenado de barro y tierra. Toda ella era... indescriptible.

Sacudió la cabeza, no, a ella no podía considerarla de otra manera que no fuera como la hermana de su gran amigo. De lo contrario, Leonard le asesinaría.

Se sentía confundido. Siempre que estaba cerca de ella tendía a olvidar cuál era su deber y su posición y terminaba buscando su cercanía, tratándola con más confianza de la que debería. A pesar de que a veces trataba de retomar una actitud neutral, cada vez le costaba más trabajo mantener esa máscara. Ella se estaba convirtiendo en su más grande debilidad.

Eliana quería disfrutar del día y de la pequeña sorpresa de cuatro patas que le había sido regalada, aunque fracasó en el intento, pues la cercanía del caballero alteraba sus sentidos y alborotaba su cabeza. Si el duque no recordaba lo sucedido entre ambos, ella tampoco debería hacerlo. Lo mejor sería fingir que nunca había ocurrido, así que imaginaría que su primer beso continuaba guardado en sus labios para alguien que de verdad se lo mereciese.

Durante su estancia en la escuela de señoritas no consiguió hacer muchas amigas. De hecho, solo tenía una, su querida Olive. Le encantaría que estuviera allí, a su lado, pero para celebrar su inicio en sociedad sus padres la habían llevado a Francia, así que esperaba verla muy pronto de vuelta. Durante el tiempo que permanecieron allí, pudieron hablar de miles de cosas, incluyendo sobre sus sueños del futuro. Olive alguna vez le había dicho que su madre le había contado una historia sobre una joven dama, quien aseguraba que en sus labios guardaba un gran poder exclusivo para aquel caballero que fuera digno de su amor.

Nunca se lo había confesado a Olive, pero ella quería eso para sí misma. Anhelaba en secreto que durante su primer beso experimentase una sensación mágica, producto de un sentimiento tan profundo que en cuanto sus labios se unieran, todo a su alrededor estallase en colores y alegría. Eso había sentido cuando el duque posó sus labios sobre los suyos, su vientre se contrajo, su corazón se desbocó, su cuerpo tembló ante la proximidad de su cuerpo masculino, y no pudo pensar en nada que no fuera él.

No obstante, durante esos instantes, la confusión y la sorpresa no le habían permitido reflexionar sobre esas cuestiones, de modo que cuando al final había podido analizarlo con detenimiento, se percató de que aquel beso había sido todo lo que ella siempre había deseado.

El problema era que Francis Levenson, duque de Bedford, no era el príncipe amado con el que ella había estado soñando compartir ese momento especial e irrepetible. Todo lo contrario, él no era más que un hombre atormentado que había bebido de más y que, expoliado por un gran dolor, solo había pretendido descargar un poco de aquel inmenso sufrimiento a través de sus labios.

Rotundamente no. No podía considerar ese encuentro como su primer beso, así que se limitaría a borrar de su mente esa parte de su historia y reescribiría ese capítulo de nuevo. Pronto encontraría un gran amor para ponerlo en práctica.

—¿Cuál creerías que es tu mayor miedo? —preguntó el duque de repente, sacándola de sus pensamientos.

Eliana lo analizó por un segundo.

—Supongo que la respuesta depende de quien lo pregunte —al toparse con la mirada confundida de su acompañante, continuó—. Por ejemplo, en el caso de realizarla mi madre, para complacerla, le diría que mi mayor miedo es no encontrar al caballero perfecto al cual unirme en matrimonio. A mi padre le contestaría que sería no contar con un vestido perfecto para lucir durante la velada. A mi hermano el dejar de cabalgar o perder a Zafiro. Con mis otros hermanos no tengo tanta cercanía, ya que mi hermana está casada y encinta, así que debe ocuparse de su propia familia, mientras que el resto de mis hermanos disfrutan de su juventud viajando y conociendo miles de lugares. A veces los envidio.

Sonrió con ternura al pensar en los demás Morei.

—Bien, pero todas esas son respuestas que le gustarían escuchar a los demás, a mí me interesa una réplica algo más personal. ¿Qué es lo que te responderías a ti misma?

Capítulo 9

«Querida duquesa viuda Pemberton

¡Cinco días! Han pasado cinco días y mi sobrino todavía no ha regresado a Londres. Me aterra pensar que con todo esto solo he logrado alejarlo aún más de nuestro propósito. El duque es un hombre muy terco, conseguir que cambie de opinión resulta casi una misión imposible.

Soy consciente de que todos los matrimonios deben darse por conveniencia y deber, pero me preocupa el bienestar y la felicidad de mi amado Francis, por lo cual me siento obligada a realizarle la siguiente pregunta.

¿De verdad considera usted que ambos podría llegar a amarse?
Como solo nos tenemos el uno al otro, quiero que sea feliz, es muy importante. Espero con ansias su respuesta».

Lady Wends.

Eliana se había quedado sin ideas ni palabras, era como si todo a su alrededor y en su interior se hubiera convertido en una infinita pizarra en blanco, que le impedía ver algo más allá de ella. No, no parecía haber nada más. Ante de su realización, nunca se había planteado dicha pregunta.

Tenía muchos miedos, por supuesto. Por ejemplo, le aterraban ciertos animalitos, pero no podía calificar ese como su mayor miedo. Albergaba muchos sueños y deseos que esperaba algún día poder alcanzar, pero de no conseguirlos tampoco le causaría el dolor que se suponía podría calificarse como su más grande temor.

—Lo cierto es que no lo sé —respondió en un susurro más para sí misma que para el duque. Estaba por añadir algo más, cuando escucho la voz de su doncella llamándola a gritos desde la casa—. Creo que debo irme.

Se levantó con el pequeño perro aún entre sus brazos, ejecutó una torpe reverencia sin detenerse a mirar al caballero y emprendió su camino de vuelta a la propiedad, el momento indicado para escapar.

—¡Milady! Llevo un buen tiempo buscándola. ¿Se encuentra bien? Su vestido está hecho un desastre y... ¿qué es lo que lleva en los brazos? —preguntó asustada la criada en cuanto reparó en el animal. La dama sonrió con ternura a su bola de pelo.

—Me he encontrado a un cachorrito mientras paseaba por el jardín. ¿Podrías llevar la tina a mi habitación? Necesito bañarlo antes de que mi hermano lo vea, o en caso contrario no me permitirá llevarlo conmigo a Londres —indicó subiendo hacia la planta superior, sin llegar a escuchar las protestas de su doncella. Se trataba de una mujer un tanto terca y Eliana no estaba dispuesta a aceptar un no por respuesta, y mucho menos en ese momento.

Por primera vez en todo el día se sentía tranquila y no estaba dándole vueltas al que, en teoría, había sido su primer beso ni tampoco en el duque que caminaba por su casa y que parecía poseer cierta facilidad para alterarla. Al menos había cesado en su empeño de preguntarle por las razones que la impulsaban a escapar de los grandes salones en pos de la tranquilidad que conferían las sombras de los jardines. Se podía decir que había ganado.

Emitió una risita al contemplar cómo la pequeña bola de pelos se sacudía el agua de encima, mojándola por completo a ella y a su doncella, quien parecía encontrarse al borde de morir de una apoplejía. Su señora no solo acababa de recoger un perro callejero, sino que, además, lo estaba bañando ella misma en la elegante bañera. No quería ni imaginarse qué sería lo que diría el señor de la casa si se la encontraba en esa situación. Aunque, por otro lado, le alegraba ver a la

joven tan radiante y sonriente. En los últimos días, el estrés de su primera temporada social había hecho mella en ella, privándola de la tranquilidad, pero ahí estaba ella, pareciendo disfrutar del improvisado aseo canino.

Al terminar con la limpieza, Eliana descubrió que su nueva mascota tenía el pelo blanco con un par de manchas color café y se trataba de un hembra.

—¡Eres preciosa, Lirio! —anunció emocionada ante la idea de nombrarla como a su flor favorita, ganándose con ello una mirada por parte de su doncella.

Tal y como esperaba, conseguir que su hermano le permitiese quedarse con Lirio no resultó una tarea sencilla. Para ello, se puso su mejor vestido y actuó como toda una dama durante la comida, incluso accedió con alegría y buena disposición a participar en las clases de baile de las que de forma habitual renegaba; pero en cuanto él se percató de que su bola de pelo entraba corriendo hacia su nueva dueña, se negó en rotundo. No fue hasta que el duque intervino en su favor, relatando los múltiples beneficios de permitirle una mascota que le ayudase con el estrés que la ocasionaba la primera temporada social; que logró obtener la aprobación que deseaba, para quedarse con ella.

Eliana miró al duque y le agradeció en silencio con una sonrisa tímida, a lo que él respondió con un asentimiento sencillo.

Un par de horas previas a la cena acudió a su cita usual de las clases de baile, que solían darse en el salón principal. No obstante, en esta ocasión, le sorprendió encontrarse solo con el ya acostumbrado instructor, el pianista y el duque. No había rastro alguno del conde.

—A su hermano le ha surgido un inconveniente con uno de los arrendatarios así que se ha visto en la obligación de tener que retirarse. Espero que no le moleste si hoy soy yo su compañero de baile; le prometo que daré lo mejor de mí.

La aludida soltó una risita.

—Supongo que podré soportarlo.

Se situaron en las posiciones iniciales de una cuadrilla, el uno frente al otro, y mientras de fondo fingían escuchar las indicaciones del instructor, Eliana no pensó en nada más que en aquel instante en el que se hallaba rodeada de la presencia del duque y, por primera vez en su vida, no se tropezó ni equivoco al dejarse guiar por la música. Bailar con Bedford resultaba sencillo, se sentía cómoda y no tenía la necesidad de preocuparse, pensando en si se habría adelantado o confundido o si cometía un error muy vergonzoso, que pudiera poner en riesgo su buena reputación y la de su familia. No, a su lado solo se limitaba en bailar y disfrutar.

—Si al bailar, sonrío como lo está haciendo ahora, le aseguro que en el próximo baile tendrá a cientos de pretendientes golpeando su puerta al día siguiente. Esa sonrisa y tranquilidad la hace ver vivaz y dulce. El hombre que logre conquistar su corazón será muy afortunado —comentó su compañero de danza, dejándola tan sorprendida que las palabras solo desaparecieron de su mente—. Disculpeme, no pretendía hacerla sentir incómoda, solo buscaba expresarle lo hermosa que se ve en estos momentos. Creo que después de todo, su instructor tiene razón, puede que solo necesitase una pareja de baile adecuada para poder disfrutar de la música.

La aludida tomó una profunda respiración y desvió su atención con las mejillas encantadoramente sonrojadas.

Francis quería hacerle muchas preguntas más, pero se contuvo, temeroso de abrumarla en demasía con el incipiente ardor que la joven le provocaba. Ella le intrigaba con su comportamiento ambivalente. A veces reaccionaba hacia su persona de modo reactivo y hasta frío y, en otras oportunidades como en el pequeño instante que habían compartido en el jardín esa

misma mañana, se mostraba deliciosamente accesible. Él estaba seguro de que en ese momento se había creado entre ellos cierta cercanía, y esa idea le agradaba mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir. Al igual que las abejas lo hacían con la miel, había muchísimas cosas en ella que atraían su atención. Por extraño que pareciese, ya podía reconocer su aroma, le encantaba verla sonreír y le empezaba a gustar el simple hecho de tenerla entre sus brazos durante un baile. Era toda una dulce dama. Además, todavía deseaba saber qué la había llevado a pasearse por los oscuros y solitarios jardines. Tenía la intención de descubrirlo antes de regresar a la ciudad, pues él le había confesado uno de sus principales demonios, y su orgullo le exigía que la joven le correspondiera de la misma forma.

—Lamento si la he podido incomodar —se disculpó al verla mucho más seria y tensa.

—No, no lo hizo, es solo que me recordó que muy pronto volveremos a Londres y no sabe cómo me aterra todo el asunto de continuar con la temporada social. La presión de tener que casarme y cumplir con mi deber es demasiado para mí.

La confesión escapó de su boca de una manera tan natural que asustó a Eliana. Era consciente de que el duque no era la persona más indicada para mantener una conversación de esa índole. Se suponía que todas las obligaciones de una dama debían ser un secreto para los caballeros, pero hablar con él resultaba tan fácil, que no había podido evitar desahogarse un poco. Solo quería liberar un poco de presión, no pedía mucho más.

—Sí, me puedo hacer una idea de lo difícil que debe ser toda esta situación para usted, pero piense que todavía faltan tres días aquí antes de regresar a la ciudad —Francis corroboró que el instructor estuviese lo suficientemente lejos y continuó—. Una cosa más, tengo una propuesta para usted.

Eliana lo miró con un brillo especial en sus ojos.

—¿Cuál?

—Si hoy consigue que cada uno de sus pasos se ejecuten a la perfección y no comete el más mínimo error, a cambio yo me encargaré de que esta sea su última clase, al menos mientras estemos en el campo. De esta forma, tendremos más tiempo libre para disfrutar. Podríamos cabalgar, tengo entendido es una actividad de la que disfruta enormemente; también me encantaría conocer sus flores, su hermano me dijo que cuida muy bien del jardín; o tal vez podríamos salir a caminar y tomar un poco el sol. ¿Le apetece? —preguntó Francis, sintiendo que su corazón se aceleraba a la espera de su respuesta.

Su pulso se detuvo, cuando ella apartó la vista de sus pies y lo miró directamente. Jamás había visto algo más hermoso que el rostro de lady Eliana iluminado por la alegría. Daba una imagen espectacular, imposible de describir.

—¡Por supuesto! ¡Estaré más que encantada, excelencia! —respondió mucho más fuerte de lo debido, atrayendo la atención del instructor, quien les observó con detenimiento, esperando descubrir algo más, pero la pareja solo sonrió, y continuó moviéndose con tal elegancia y soltura que cualquiera habría dicho que se trataba de expertos bailarines.

Ante su respuesta, Bedford sonrió y la guio en un giro vertiginoso, que provocó que ambos se riesen. Practicaron todas las danzas y como cada una se ejecutó a la perfección, terminaron mucho antes de lo previsto.

—¡Lo sabía! Siempre he dicho que un buen baile depende de una pareja especial y por lo que veo no me equivocaba. Baila usted espectacularmente, milady. Excelencia, le agradezco mucho su ayuda.

Dicho esto, el instructor se despidió con una reverencia y se fue en compañía del pianista.

—¿De verdad cree que podría convencer a mi hermano? —preguntó ella insegura y

esperanzada, a lo que Bedford simuló ofenderse ante la pregunta.

—Milady, no le permito que dude de mis habilidades. Le puedo asegurar que siempre consigo lo que me propongo. —respondió con picardía, guiñándole el ojo, para luego irse como si nada. Parecía que para él se trataba de algo sin importancia, pero el corazón de Eliana estaba a punto de salirse de pecho.

Un par de horas más tarde, los caballeros se encontraban en el despacho del conde, disfrutando de una buena copa con whisky, mientras fumaban un puro. En los últimos días, no habían intercambiado muchas palabras, al menos no como lo podían hacer en sus tiempos de universidad. Ambos eran conscientes de que guardaban muchos secretos del otro, pero al mismo tiempo querían darse un espacio. Ya tendrían tiempo de ponerse al día sobre otras cuestiones.

—¿Estás disfrutando de tu estadía o te gustaría volver a Londres? —preguntó Leonard, echaba de menos los tiempos en los que hablar con su amigo resultaba más sencillo, tiempos en los que la desgracia todavía no les había alcanzado.

—Oh, sabes que me fascina el campo. Si de mi dependiese no volvería a Londres jamás.

Su amigo sonrió con tristeza.

—Para ser así, tienes muy abandonada tu casa del campo. ¿Hace cuánto que no vas? ¿Unos tres años?

La sonrisa de Francis desapareció.

—Bien sabes que, aunque podría darte una fecha estimada, hacerlo no me resulta nada fácil.

—¿Por eso tomaste la decisión de beber hasta caer inconsciente anoche? —El caballero se tensó de pies a cabeza moviéndose con incomodidad sobre la silla—. Tu matrimonio no fue un enlace por amor. Tú no la amabas, entonces no entiendo esta situación, ¿por qué perderla te resultó un golpe tan duro?

—Esto va mucho más allá del amor. Si lo que te preocupa es que se repita, tranquilo, no volverá a suceder, por lo menos no mientras me encuentre bajo tu techo. Además, me estás proporcionando unas actividades extracurriculares que están logrando su objetivo: distraerme.

Francis le dirigió una mirada asesina y Leonard respondió soltando una risita culpable al recordar la pequeña mentira que se había inventado para no acompañar a Eliana a su práctica de baile.

—¡Vamos! Seguro que no ha sido para tanto. Además, me han dicho que ha salido a la perfección y que Eliana parecía toda una experta.

Había llegado el momento.

—Es verdad. Deberías darle estos días libres. Se los merece, se ha esforzado mucho en aprender y en su vuelta a Londres debe estar tranquila y alegre o ten por seguro que en menos de una semana estará rogándote que al traigas de vuelta.

Morei chasqueó la lengua, molesto porque sabía que tenía razón.

—Aunque le proporcionase diez años de descanso en el campo, daría lo mismo. En cuanto las invitaciones a bailes, la ópera y el té comiencen a llegar a casa, volverá a suplicar por su regreso. Pero supongo que estás en lo correcto, al menos puedo proveerle estos tres días para que disfrute un poco más.

Capítulo 10

—Empiezo a creer que la sensatez no es una de sus cualidades —gritó el duque entre risas al ver cabalgar a lady Eliana a tal velocidad, que parecía que el caballo y ella eran inalcanzables.

La joven montaba mucho mejor que la mayoría de los caballeros que conocía, lo cual en parte lo aterraba, porque al verla cabalgar de esa manera, su corazón se aceleraba y le asustaba la posibilidad de que se pudiera caer o que sufriera algún accidente, pero por la emoción y la vida que se reflejaba en su rostro, valía la pena el mal trago.

—Oh, vamos Francis. Cada vez que el viento golpea mi rostro y remueve mi cabello me siento libre, como si fuera capaz de hacer lo que sea, sin límites. Me da la sensación de que mi caballo me va a llevar a un paraíso lleno de flores brillantes, colores vivaces y cálidos rayos de sol.

Ella tomó una respiración profunda, permitiendo que el aire puro llenase sus pulmones, sin darse cuenta de que los ojos del caballero la admiraban a un par de metros de distancia.

Le hacía muy feliz verla sonreír. Acababa de llamarlo por su nombre por primera vez, y escucharlo le provocó un cúmulo de sensaciones indescriptibles, aquello se sentía... diferente.

—¿Cómo es que aprendió a montar de esa forma? Y recuerde, no me puede decir que su hermano le enseñó.

La aludida esbozó una enorme sonrisa y, con la mirada brillante, negó.

—No precisamente. Mi hermano me enseñó a montar y me regaló a Zafiro, pero siempre que lograba escaparme de mi institutriz, ponía rumbo a los establos y pedía que me ensillaran el caballo. Al principio, me limitaba a salir a todo galope, sosteniéndome como podía, y lo cierto es que en más de una ocasión estuve a punto de caerme, pero, con el tiempo, aprendí lo que necesitaba y ahora lo hago a la perfección.

Un frío helador recorrió la espalda del duque al imaginar el golpe que podría haberse dado de llegar a caerse. Se hubiera roto el crisma sin ninguna duda y solo Dios sabría si habría podido sobrevivir a ello.

—Agradezco al cielo que no se haya dado esa situación y ruego para que nunca suceda. A esa velocidad... no quiero ni imaginarme las consecuencias de devendrían del golpe —sacudió su cabeza, esperando borrar esa imagen de su mente y poder continuar disfrutando de su compañía—. Vamos, todavía no estoy listo para volver a casa. ¿Y usted?

Eliana lo miró de tal manera, que su cuerpo tembló. La emoción por aquel desafío la hizo brillar. Dios, ¿qué le estaba sucediendo?

—Tengo algo que mostrarle —dijo antes de emprender el trote.

Parecía como si persiguieran el sol con la esperanza de que el día y el momento jamás llegasen a su fin. Ascendieron la montaña entre risas y el calor de la no anunciada competencia, que se regía entre ellos. Eliana nunca se había sentido tan cómoda, libre, feliz y, en definitiva, completa; Todo a su alrededor se había alineado para darle justo lo que estaba necesitando y recargarla de energía con todo lo que amaba.

Desde la cima, pudieron divisar el nacimiento del pequeño lago que delimitaba la tierra de los Pembroke, su lugar favorito en el mundo. Por alguna razón, sentía fuertes deseos de compartirlo con él.

—Bienvenido a mi pequeño paraíso terrenal —dijo ella con una sonrisa tímida, curvando sus labios mientras poco a poco los caballos aligeraban el paso hasta detenerse por completo.

La alegría de la dama resultaba casi palpable, así que para Francis fue imposible no contagiarse y terminar sonriendo como un estúpido, aunque como le hubiera gustado, no se debía a la contemplación del paisaje.

El duque descendió de su caballo, ató las riendas a uno de los árboles cercanos y, acercándose a ella, la tomó por la cintura para ayudarla a bajar sin perder de vista su dulce mirada. Esa que parecía tener cierta tendencia a hacerle perder la cabeza.

Cuando sus pies estuvieron sobre el suelo, ella carraspeó, trayéndolos de vuelta a la realidad. Él se alejó y ató al otro animal cerca del suyo.

—Ahora comprendo por qué lo considera su pequeño paraíso terrenal. Se trata de un lugar espectacular.

La dama asintió.

—Siempre que me escapaba de casa terminaba aquí. Tenía la costumbre de sentarme sobre el césped, sin importarme si mi falda se arrugaba o si el sol podía arruinar mi piel. Incluso he de admitir que algunas veces llegué a mojar mis pies en el agua. Puede que le parezca escandaloso, pero me gustaba imaginar que era una salvaje que vivía de la tierra, y que pasaba sus días cabalgando con el cabello suelto y sin llevar el incómodo corsé —lo miró con las mejillas un tanto rosadas—. Supongo que escuchar algo así ha de ser inmoral para usted.

Francis sonrió.

—Eso depende de la perspectiva y de la compañía. Conmigo, tenga por seguro que dispone de la libertad para decir lo que desee. Le aseguro que nunca voy a juzgarla por ello, pero le recomendaría no compartirlo con alguien más, porque puede que no se lo tomen de la misma manera —le tendió su mano y ella no dudó en tomarla; se acercaron al lago, justo hasta donde un pequeño e improvisado muelle los acercaba al agua—. ¿Quién lo construyó? —preguntó mientras analizaba qué tan seguro sería caminar sobre la madera desvencijada.

—Mi padre. Recuerdo que cuando era apenas una niña él solía venir a pescar, y me traía con él para que le hiciera compañía, a pesar de las protestas de mi madre. Me contaba historias fantásticas, aunque creo que jamás logró pescar ni un pez. Creo que solo era un momento en el que podíamos ser padre e hija, sin títulos de por medio.

—Por lo que describe parecía ser un padre muy cariñoso.

Eliana asintió.

—Lo era. Siempre se esforzaba en crear recuerdos especiales con cada uno de sus hijos. Mi hermana adora la pintura, así que en más de una ocasión lo veías con las manos llenas de colores, porque juntos solían crear sus propias obras de arte. Yo, desde pequeña, demostré tener una cercanía especial con la naturaleza, así que a menudo salíamos a recorrer el lugar mientras inventaba historias de piratas y soldados valientes que rondaban de aquí para allá —el caballero aún sostenía su mano, por lo que al girarse lo tuvo en frente, tan cerca que su falda rozaba con sus largas piernas—. Puede que sea un tanto inoportuno de mi parte, pero ¿recuerda algún momento con sus padres? —el rostro de Bedford cambió por completo, lo que provocó que notase su error casi de inmediato—. Disculpe mi impertinencia, le ruego que me perdone. Mejor olvídelo, a veces puede llegar a ser muy imprudente.

Estaba por alejarse muerta de la vergüenza, pero él se negó a soltar sus manos, manteniéndola justo en la misma posición.

—No se preocupe, creo que te conozco lo suficiente como para tener la certeza de que su comentario está lejos de querer incomodarme; eres una mujer muy curiosa, lady Eliana, y, lamentablemente, pocos saben apreciar tal cualidad —tomó una respiración profunda con la mirada fija en los verdes y dulces ojos de la joven—. No conservo muchos recuerdos de mi

padre, él no era el tipo de progenitor que entablaba tal cercanía con sus hijos; aunque no olvido que fue él quien me dio mi primer caballo. Creo que lo viste durante nuestro breve encuentro en Hyde Park. Eso es lo único que tengo de él. En cuanto a mi madre, era una mujer muy dulce, siempre le pedía a la cocinera que preparara mis galletas favoritas, aunque después de la muerte de mi hermano parte de su alegría se fue —Francis elevó sus labios en una pequeña y apenas perceptible sonrisa. Hacía mucho tiempo que no pensaba en ellos de esa forma, concentrándose en recordar lo bueno.

Eliana solo necesitó contemplarle para compartir la misma tristeza que ensombrecía el alma del duque, y es que, a pesar de que sus ojos brillaron al hablar de su familia, la tristeza era bastante evidente. La joven sintió pena y deseó tener el poder de borrar ese sentimiento de su interior.

Su delicada mano se posó sobre su mejilla.

—No me imagino la soledad que debió sentir después de haber vivido eso —susurró.

Él se dejó acariciar, sintiendo el calor que su palma le transmitía, y se perdió en la luz de su mirada comprensiva. Fue como si con esas pocas palabras, se crease una burbuja especial en la que solo estuvieran ellos dos, como si nada más importase y no existiera nadie más, o al menos así lo percibió Francis.

—No fue nada fácil —fue lo único capaz de responder con el hilo de voz que salió de su garganta.

—Lamento mucho todas tus pérdidas, Francis —dijo ella acariciando su mejilla con los ojos llenos de algo tan especial que, sin esperarlo, colmó de calidez el vacío en su interior del que, hasta entonces, ni siquiera había sido consciente de su existencia. Su cuerpo se sintió liviano, casi alegre.

—Gracias...

El caballero apoyó sus manos sobre la curvatura de su cintura, acercándola un poco más. Le gustaba cómo se sentía con ella tan cerca, permitiéndole notar el placer que despertaba el disfrute de la dulzura de su aroma, así como la tranquilidad que le proporcionaba su presencia.

Eliana mordió su labio inferior nerviosa por su proximidad y por la gran cantidad de preguntas que rondaban su mente.

En algún momento sus rostros terminaron apenas a un roce de distancia, solo hacía falta un suspiro y el silencioso e inexistente acuerdo quedaría sellado. Un solo movimiento y todo a su alrededor cambiaría de la tierra al cielo.

—Sé que no debería. Casi no nos conocemos y estoy segura de que pensarás que además de imprudente soy grosera, impulsiva e incluso puede que un poco indeseable, pero tengo muchas cosas en mi cabeza y necesito saberlo. Todo lo que se escucha del gran duque de Bedford es su soledad, su ceño fruncido y su poca participación en sociedad. ¿Qué sucedió con su esposa? ¿La amaba en realidad?

Eliana empezaba a creer que algo se había apoderado de ella. Por primera vez en su vida quería que la besaran, ansiaba sentir lo que experimentaban las demás jóvenes cada vez que un hombre les dedicaba la atención con las que todas las mujeres casaderas soñaban. Esa que llevaba a viudas e incluso a casadas a escabullirse hacia la oscuridad de los salones. El tipo de sensación que impulsaba a muchas a huir a Gretna Green.

Quería vivir su propia historia.

El cuerpo de Francis se tensó, su espalda se puso aún más rígida que de costumbre y la expresión de su rostro se tornó casi indescifrable. Lo había tomado por sorpresa.

—He de admitir que eres la primera persona que me pregunta algo así, ni siquiera cuando

me casé con Lucille, ella me lo planteó.

La dama mordió su labio inferior con nerviosismo.

—No es usual preguntarle a un caballero si ama a su esposa y menos cuando vivimos en una sociedad en la que todas las uniones son producto de la conveniencia. Muy pocas parejas conocen lo que es el amor.

El caballero le lanzó una mirada curiosa.

—¿Eso sueñas, Eliana? ¿Deseas encontrar el amor en el matrimonio?

Eliana tomó una respiración profunda.

—No, bueno, no lo sé. Creo que no se puede buscar algo que no se conoce. No sé lo que es el amor, entonces, ¿cómo puedo esperar encontrarlo en un hombre con el que puede que no me vea más que un par de veces antes de caminar al altar? —por alguna razón, sentía que por primera vez en mucho tiempo podía hablar con libertad, sin miedo a lo que pudieran pensar o cuestionar. Con el duque lograba ser ella misma—. Lo cierto es que ni siquiera sé qué es lo que quiero encontrar en un esposo. Supongo que con tal de que me respete y me dé mi lugar me conformaría, pero es difícil decirlo —concluyó.

Francis sonrió.

—Cuando me casé con Lucille no lo hice por amor. Era una mujer maravillosa y congeniábamos de maravilla. Resultaba muy fácil hablar con ella, era todo lo que se esperaría de una duquesa, una buena amiga y una excelente opción si lo que necesitaba era cumplir con mi obligación como noble para con mi título. Con el paso del tiempo, nos hicimos muy buenos amigos. Lo cierto es que no hay mucho más que decir al respecto. Aprendí a quererla, aunque no con ese amor que inspira a los poetas.

Por primera vez en mucho tiempo, Francis, se permitió rememorar muchos de los recuerdos que compartía con la que había sido su mujer. Siempre pensó que el dolor no lo dejaría, pero al parecer se equivocaba. Abrir aquel baúl de recuerdos para lady Eliana, estaba resultando un bálsamo para su corazón.

—No nos costó mucho aprender a convivir. Ella fue criada como lo dictaba la norma social: siempre atenta para atender a su esposo. Pero cuando quedó encinta todo cambió. Traté de estar más presente, escucharla y estar atento a si necesitaba algo —sintió un nudo en la garganta dificultándole las palabras, pues llegaba el recuerdo más complicado—. Lucille deseaba pasar su embarazo en la tranquilidad del campo, así que viajamos allí cuando sus nauseas se lo permitieron. Le encantaba tocar el arpa y, una tarde, después de una noche durante la que apenas pudo descansar, se levantó temprano dispuesta a tocar, pero mientras bajaba las escaleras a la sala de música, un mareo la hizo rodar por estas. El médico le ordenó absoluto reposo ante el temor de perder al bebé y así lo hicimos. Meses después, solo recuerdo que el parto se complicó. Ella murió desangrada y el bebé apenas logró aguantar un par de minutos más. Según lo que dijo el médico, pudo tratarse de las consecuencias de su caída. Ella siempre decía que el pequeño sería su príncipe, y Arthur solo se durmió y no volvió a despertar, a pesar de los muchos intentos del doctor. Ese día perdí todo lo que tenía, incluso las ganas de vivir.

Capítulo 11

«Querida lady Wends:

No debe preocuparse tanto por el tiempo que Bedford pase en el campo. A veces, esos pequeños escapes pueden renovarnos con una energía, que no sabíamos que necesitar.

Creo que el duque tiene mucho que refrescar si lo que queremos es ayudarlo a que se dé la oportunidad de amar, créame entiendo su preocupación mucho más de lo que pueda imaginar, también tengo un nieto que en su momento me causó muchos dolores de cabeza.

Él será feliz, lady Wends, puedo asegurárselo.

La joven es una dama vivaz que tiene la alegría, energía, y me atrevo a añadir que el fuego, que su sobrino necesita.

Estoy seguro de que ella le enseñará lo que es la vida.

Es justo lo que necesita para salir de la soledad y oscuridad en la que vive.

Solo debe confiar en ello».

Duquesa viuda de Pemberton

—Lamento mucho tu pérdida. —dijo con verdadera tristeza, segura de que ella no habría soportado tal dolor—. ¿A qué te refieres con haber perdido las ganas de vivir?

—Una parte de mi siente que es egoísta continuar con mi vida como si nada hubiese sucedido, olvidándome de que mi hermano no alcanzó a conocer lo que era construir un futuro, que mis padres no tuvieron la oportunidad de envejecer, que mi esposa ni siquiera llego a sostener a nuestro hijo en sus brazos y que mi hijo nunca sabrá lo que es crecer. Todos ellos formaban parte de mi vida y de un día para otro, desaparecieron.

Eliana aprovechó la corta distancia que lo separada, ansiosa por aliviar al menos un poco del enorme dolor que ensombrecía su interior, y apoyó la palma de su mano sobre el pecho del duque, sin llegar a percatarse de la forma en la que su corazón se aceleraba.

—Lo que les sucedió a ellos no fue tu culpa. Por mucho que así lo deseemos, hay cosas que están fuera de nuestro alcance, y que son imposibles de evitar. Solo era un hombre que ha tenido mala suerte en la vida, pero no por ello puedes castigarte a una vida de penurias y tristezas, privándote de la esperanza de algo más. A veces es difícil entender por qué pasan las cosas. No se trata de olvidarlos, porque siempre los puedes llevar en tu corazón, se trata de que tú aún estas vivo y debes vivir.

Francis poso sus manos sobre la curvatura de su cintura, abrazándola para convencerse de que en realidad estaba allí y que no era una más de sus interminables pesadillas.

Desde que Eliana había aparecido en su vida, no dejaba de soñar con una misteriosa dama de cabellos claros y piel cremosa que moría mientras la sostenía entre sus brazos. En el sueño, no podía hacer nada más que quedarse contemplarla, sin poder ayudarla a pesar de que lo intentaba. Ella solo lo miraba con ese par de ojos que tanto le encantaban, le sonreía y luego solo se desvanecía. Desde entonces, ese recuerdo no dejaba de atormentarlo.

—Y ¿qué pasa si vuelvo a perderlo todo de nuevo? Cuando te encuentras en una mesa participando en un juego de azar, existen muchas opciones, aunque solo haya dos finales: ganar o perder. A pesar de que tu meta sea ganar, es posible que finalice la partida con más pérdidas de las que la iniciaste.

Una de las manos de Bedford subió hasta el rostro de la joven y acarició la femenina mejilla con delicadeza.

Su corazón latía tan rápido y con tanta fuerza que parecía querer salirse del pecho. Lo que Lady Eliana Morei causaba en su interior era mucho más grande de lo que había podido llegar a imaginar.

—Entonces ¿solo nos limitamos a dejarlo de intentar?

En ese momento ya no eran el gran duque de Bedford y la joven hija de un conde en edad casadera, eran solo un hombre y una mujer que estaban compartiendo un momento de intimidad y sinceridad.

Eliana se apoyó en su pecho, disfrutando de la calidez que sus brazos le transmitían, deseosa de que aquello no terminase, ansiosa por saber hasta donde los llevaría lo que sea que parecía existir entre ellos y que los unía lentamente, temerosa por despertar y que todo no fuese más que un sueño. Solo quería dejarse llevar, que fuera el destino quien se encargara de marcar lo que sería de su vida, de tal forma que disfrutaría de los buenos momentos y aprendería de los malos.

—Un buen apostador también sabe cuándo es el momento de retirarse. El objetivo no es apostar, Eliana, eso lo haría cualquiera con dos dedos de frente, la idea es estar dispuesto a perder. De la misma forma en la que cabe la posibilidad de ganar, también se puede perder. Cuando has llegado a quedarte sin nada como me ha pasado a mí, es muy difícil levantarse, poner un pie frente al otro y empezar de nuevo. Después de la muerte de Lucille en más de una ocasión me pregunté: ¿por qué debo si quiera seguir si no tengo nadie por quién jugar? No sabes lo que significó ponerme en pie y seguir después de su muerte, cuando creí que por fin lo tenía todo, me quedé sin nada. No soy tan fuerte. No podría volver a salir de mi casa si la historia se repitiese. Ya estuve una vez a punto de ahogarme en el alcohol y la soledad, no sabría cómo volver a salir de esa oscuridad. —Francis tomó una respiración profunda esperando que eso lo ayudase a no caer en la tentación, aunque esa era una lucha que tenía más que perdida, quería mucho más que abrazarla.

—Siempre se puede encontrar un poco de luz, incluso en la más grande e infinita oscuridad, solo debes buscarla.

—Mi dulce y preciosa, Eli...

Acercó su rostro al de la dama y rozó su nariz con la de ella en una pequeña e imperceptible caricia que les dejó suspirando de profundo anhelo.

—Quisiera poder decir que hay algo en ti que me atrae como la miel a las abejas y que me muero por probar qué tan dulces pueden llegar a ser el sabor de tus labios; confesarte que en un momento de locura y con un par de whiskeys en mi cabeza, llegué a considerar la posibilidad de pedirte en matrimonio, me imaginé viéndote caminar hacia el altar con un precioso vestido.

—Tal vez no hay que preguntarse sobre lo que pueda ocurrir en el futuro, tal vez solo debemos vivirlo —murmuró ella.

Contrario a todo lo que pudiera considerarse el comportamiento de una dama, Eliana se puso de puntillas, intentando eliminar le distancia que aún los separaba, pues él era mucho más alto que ella.

—Tú no eres una mujer con la que pueda hacer eso.

—Solo quiero que me beses, Francis, ya veremos qué pasa en el futuro, un beso no puede dañar a nadie.

—¿Te han besado alguna vez?

Ella solo sonrió coquetamente y terminó por unir sus labios en un casto e inocente beso. No tenía mucho conocimiento en materia de besos, así que sus movimientos eran limitados, pero esperaba que fueran suficientes.

Bedford dejó de pensar, solo se dejó llevar.

La mantuvo pegada a su cuerpo abrazándola con más fuerza, giró su cabeza y empezó a acariciar sus labios con la punta de su lengua hasta que ella, en un reflejo, abrió su boca permitiéndole la entrada a una multitud de sensaciones que la dejaron con las piernas temblorosas. Sin duda alguna, era un beso completamente diferente al que le había dado estando borracho, en cual no había sido más que un roce apenas apreciable. Por el contrario, este era un beso real y no podía creer que se trataba de Francis Levenson, duque de Bedford, quien se lo estaba dando.

El caballero se permitió acariciar su espalda de arriba hacia abajo, disfrutando de las curvas de su cuerpo y de cómo poco a poco ella cogía confianza. Sus manos se movieron hasta tomarlo por el cuello y acariciar el nacimiento de su cabello, incluso podía escuchar los gemidos amortiguados que escapaban de su boca.

Que Dios lo ayudase, porque estaba rendido a sus pies, perdido hasta la médula y sin la más mínima intención de detener lo que estaba creciendo en su interior.

No era la primera dama a la que besaba, había estado casado e incluso llegado a tener un hijo, pero su tía una vez le había dicho que había besos que sabían y se sentían diferente, que todo dependía de la persona a quien se los daba, y ahora podía darle la razón. Su sabor era muy dulce y atrayente, mucho más incluso que la miel, tanto que bien podrían ser adictivos; cualquiera querría fundirse en ella. Él deseaba no separarse jamás de su aroma. El hombre que tuviera el privilegio de disfrutar de ese manjar sería el más afortunado del mundo.

Si así se sentían sus labios, no quería ni imaginar lo que podía ser el resto de su cuerpo. Ese pensamiento empezaba a causar estragos en cierta parte de su anatomía.

Se alejó con lentitud, dando un par de besos más antes de juntar su frente a la de ella y cerrar los ojos, intentando absorber cada segundo a su lado antes de verse obligado a volver a la realidad de su vida, a una historia que no sabía si tendría el tan anhelado final feliz que deseaba o si solo tendría un final. Uno sin sentido ni razón, similar al que se había desencadenado después de la muerte de Lucille.

—¿Todavía quieres que responda tu pregunta? —cuestionó ella divertida, dispuesta a reírse un poco de sus desgracias, porque estaba segura de que él no recordaba nada de lo que había sucedido entre ellos.

Francis se alejó un poco y la miró con el ceño fruncido.

—¿A qué pregunta te refieres?

—A la que me hiciste, la de si este era o no mi primer beso.

Él se tensó al imaginarla en brazos de otro, al pensar que alguien más había podido disfrutar del rosado de sus labios y de su inocencia.

—¿Y? ¿Es tu primer beso?

Su voz era seria, como si estuviera amenazando a alguien con ello. Por su parte, ella estaba disfrutándolo a lo grande.

—Lo cierto es que no, este no es mi primer beso —el gesto de su rostro cambió por completo, pasó de ser un joven apuesto lleno de vida y luz, a ser alguien oscuro, serio, con su ya acostumbrado ceño fruncido.

—Ah, ¿no?

—No. ¿Tienes tendencia a olvidar lo que haces cuando estás bebiendo?

Esas pocas palabras lo dejaron de piedra. En ese instante una palabra cruzó por su cabeza: ángel, mi ángel. No era posible, no.

—Tengo miedo de preguntar, pero ¿a qué te refieres?

Ella se sonrojó, mordió su labio inferior y bajó la cabeza un tanto avergonzada, sin saber cómo confesar lo que había sucedido.

—Ese día vi como entre mi hermano y el mayordomo te llevaban casi a rastras a tu habitación, tardé en entender que había sido porque bebiste de más. Me preocupaba tu estado y sentía curiosidad por saber si te encontrarías bien, así que cometí una imprudencia: visitar tu habitación. Me acerqué a preguntarte si necesitabas algo, pero en cuanto me viste, empezaste a decir que yo era tu ángel, me rogabas que no me fuera y decías que yo era la medicina para tu dolor. Nunca he bebido, pero empiezo a creer que no es buena idea hacerlo.

Analizó sus propias palabras sin llegar a notar el efecto que estas tenían sobre el duque, pues su expresión pasaba de la sorpresa, a la confusión, y luego al terror.

—Entonces no fue un sueño... —susurró más para sí mismo.

Capítulo 12

Bedford nunca se había planteado la posibilidad de volver a casarse, jamás, pero su cabeza daba tantas vueltas que estaba confundido. No sabía qué era lo que debía hacer, ni cuál debía ser su siguiente paso a seguir.

—¿Sucedo algo, Bedford? En los últimos días, te he notado un poco extraño. Creí que traerte conmigo al campo te ayudaría, pero contrario a eso, solo parece hacerte empeorar.

Él sonrió a Morei mientras daba un sorbo a su copa de whiskey. No podía revelar que era su hermana quien le tenía volando por los cielos y a un paso de la locura, porque con toda seguridad lo asesinaría.

—No es nada, por lo menos no algo que debiera preocuparte.

Su gran amigo lo miró con una pequeña sonrisa, que apenas lograba esconder tras el vaso del que estaba bebiendo hacía unos segundos.

—Es que ¿se trata de una dama? Vamos, dime la verdad, puedes confiar en mí. Soy tu amigo y merezco saber si tu actitud es debida a una mujer. No me malinterpretes, yo sería el más feliz de saber que has puesto tus miras en algo, siempre te he dicho que mereces ser feliz, que debes dejar de lado lo que sucedió y empezar a construir un nuevo futuro para ti —comentó feliz, ajeno su enredo y confusión interior.

Francis tomó una respiración profunda.

—Hay... una dama... capaz de enloquecerme, pero no pienso condenarla a una vida a mi lado, perderla a ella también, acabaría con lo poco que queda de mí —aseguró con un nudo en la garganta.

—¿Qué te hace pensar que la puedas perder? ¿A qué estás esperando? ¡Tómala como tuya! Vamos, Bedford, no puedes privarte de todo lo que la vida te ofrece solo porque tu pasado no haya sido el más deseado. Estoy seguro de que ni tu hermano, ni tus padres y ni siquiera la misma Lucille querían verte hundido en la soledad solo porque temas que la historia se pueda repetir. Todos ellos tenían algo en común y era que querían lo mejor para ti. No importa qué es lo que pase de aquí adelante, no querrás irte de la vida sin la satisfacción de haberlo intentado. No consientas que venga otro y te la arrebate de las manos. ¡Ve por tu dama!

—No lo dudo, amigo mío, pero lo cierto es que por más que lo intento, siempre que me acerco a ella no dejo de pensar en que algo más allá de mi control me la puede arrebatar en cualquier momento. No se puede luchar contra los designios del destino.

Morei lo miró con emoción, si él estaba hablando de esa forma sobre la misteriosa dama, significaba que existía mucho más que un simple intereses, así que cabía la remota posibilidad de que ella, quien quiera que fuese, pudiera ser la cura para su mal.

—Háblame un poco más de ella —pidió, esperando recibir una pista de quién podía tratarse, ya que, al parecer, Bedford no parecía muy dispuesto a revelar su identidad, pero su pregunta solo logró tensarlo y alejarlo.

—Lo mejor será que me vaya, ya habrá tiempo más que suficiente para hablar.

Sin agregar nada más, se levantó y se fue. Francis se dirigió hasta la salida más cercana y prácticamente corrió hasta el jardín trasero. No era común ver a un duque correr, pero él sentía que se ahogaba y sus pulmones necesitaban un poco de aire. Una vez fuera, se dejó caer sobre una de las sillas ubicadas en mitad de las flores, deshizo su pañuelo y cerró los ojos. Necesitaba calmarse, disminuir los latidos de su corazón y tranquilizar el temblor de su cuerpo.

La había besado, ebrio hasta la médula, la había besado y ni más ni menos que había sido

su primer beso. En ese momento se sintió miserable, ella merecía mucho más que un borracho incapaz de recordar que habían compartido algo que, sin duda, tenía que ser especial para una joven que apenas conocía nada lejos de la seguridad de su casa.

Una parte de él quería ser alguien con quien ella pudiese conocer lo que era la felicidad y la tranquilidad, respirar libertad y llevarla a conocer el mundo siempre de su mano. Le gustaría enseñarle lo que había más allá de las normas de la sociedad, mostrarle lo que era el placer, la locura y el desenfreno. En pocas palabras, deseaba vivir con ella. Quería vivir...

Sabía que su amigo tenía razón, estaba seguro de que la misma Lucille le impulsaría a buscar alguien con quien compartir su vida. Podía recordar que esta última siempre le había preocupado el nivel de soledad que acompañaba su vida. A menudo solía decirle que saliera al club a tomarse una copa con sus amigos o a cabalgar por Hyde Park, lo que fuera con tal de verlo acompañado por alguien más fuera de casa porque apenas salía y cuando lo hacía no solía tardaba más de lo necesario. Además, de acuerdo con Lucille, no se le podía llamar paseo a una salida para ver sus abogados o arrendatarios. De hecho, cuando todavía estaba cortejando a su primera esposa, las pocas veces en las que habían hecho algo fuera de su casa, no solían saludar a nadie. Su actitud no era más que protocolaria.

Dios, cómo le gustaría tener la valentía suficiente como para ir más allá de un beso robado entre las sombras de los árboles o perdido a causa del alcohol. Sin duda, ella se merecía mucho más.

Eliana cerró el libro y lo dejó sobre la mesa con rabia, había leído la misma página al menos unas cuatro veces antes de darse por vencida y aceptar que no tenía el más mínimo interés por leer. No podía dejar de pensar en el beso compartido con el duque y en cómo, después de revelarle que se habían besado mientras él estaba ebrio, solo cambió de actitud, y, sin añadir una sola palabra, la había llevado hasta su caballo, ayudándola a subir y, tras montar en el suyo, se limitó a cabalgar como alma que lleva el diablo de vuelta a la mansión. Ni siquiera la había esperado al llegar a ella, desapareciendo sin una mínima muestra de educación por su parte.

Emitió un gruñido y se cruzó de brazos, no entendía qué había sucedido o si había cometido un error al revelar cómo había sido en realidad su primer beso. Quizás no había escogido el momento más oportuno o empleado la forma adecuada, pero eso no lo hacía menos especial para ella. No obstante, desde entonces, el caballero parecía dispuesto a alejarse de ella.

Un toque en la puerta la sacó de sus tormentosos pensamientos.

—Milady, tiene una carta para usted —anunció su doncella entrando en su habitación con una bandeja de plata sobre sus manos. La joven tomó el papel y, en cuanto leyó el remitente, lo abrió con ansiedad, por lo que no llegó a notar el momento en que la doncella salía de la estancia, dejándola a solas.

«Mi querida Lía:

¡No sabes cómo te he echado de menos! Francia es preciosa, ¡tengo tantas cosas que contarte!

Lamento mucho no haberte escrito antes. He de admitir que entre los bailes y los eventos sociales apenas he tenido tiempo para comer y dormir. ¡Tienes que conocerlo! Aquí las cosas son muy diferentes.

No te lo había dicho, pero no me queda mucho tiempo para volver a Londres, espero estar allí el próximo mes. Tengo muchas ganas de verte, además, he conocido a alguien, y es posible que creas que estoy loca, pero siento que es el hombre con el que pasaré el resto de mi vida.

¡Ya estoy deseando verte!

Te escribiré pronto.
Tu amiga que te extraña.
Olive Harft».

Eliana abrazó el papel con fuerza y soltó un grito de alegría. Por fin podría volver a ver a su mejor amiga. Por la fecha en la que había sido enviada la misiva, casi un mes atrás, no le debían de quedar más que un par de días para su llegada. Se moría de ganas por verla, le hacía mucha falta hablar con su amiga. Tal vez ella pudiera aportarle otra perspectiva sobre todo lo que estaba sucediendo en su vida.

Ahora sí que deseaba regresar a Londres.

Salió de su habitación y fue en busca de su hermano. Para cuando dio con él, encontró a Leonard envuelto en un mar de papeles que, a simple vista, parecían estar costándole mucha de su tranquilidad. Pudiera ser que la razón que lo llevase hasta allí fuera mucho más que un simple problema con los arrendatarios, lo único que esperaba era que no fuera de gravedad.

—¿Puedo pasar? —preguntó dándole un suave toque a la puerta y se asomó un poco en la entrada. Su hermano sonrió al verla.

—Por supuesto. Pasa Eli.

Él dejó todo de lado para centrarse en su querida hermana.

—¿Necesitas algo?

—En realidad, no, solo venía a preguntarte cuando volveremos a Londres y si te apetecía un poco de té, o un buen paseo a caballo. Seguro que toda mala perspectiva cambia después de una buena carrera con tu hermana. —sugirió con una sonrisa cómplice, esa que siempre compartían con la certeza de que su secreto estaría a salvo con el otro.

Leonard la miró con diversión.

—Pensé que habías salido a cabalgar con Francis. ¿No estás un poco cansada?

Ella observó el traje de montar, que aún no se había quitado.

—Los paseos con el duque no son ni parecidos a los que solíamos tener tú y yo, así que no. En realidad, no me encuentro nada cansada; solo necesito un caballo y estaré lista.

El caballero se puso de pie, mucho más emocionado de lo que ella se imaginó cuando se le había ocurrido invitarlo.

—Iré a cambiarme, espérame afuera.

Veinte minutos después, los hermanos Morei galopaban sobre sus monturas a tal velocidad que, si su madre hubiese podido verlos, con toda probabilidad habría muerto del susto. El mismo Francis los contemplaba desde la ventana, soltando alguna maldición cuando se producía un giro o en un salto demasiado arriesgado para la seguridad de Eliana. Hasta el más mínimo movimiento podría tirar a Eliana, costándole la vida.

Los animales superaron sin inconveniente alguno los setos que separaban el camino de la entrada, deteniéndose a un par de metros de la puerta.

—Empiezo a creer que la única razón por la que me ganabas era gracias a Zafiro —dijo su hermano entre risas después de haberle ganado casi todas las carreras, lo cual resultaba entendible, teniendo en cuenta que el caballo que estaba usando era algo más viejo. La dama soltó un gruñido.

—¿Qué esperabas? ¡Zafiro no tiene comparación! —refunfuñó—. Anda, una última carrera —pidió ansiosa por una victoria.

Acordaron el que sería el camino para seguir y tras una cuenta regresiva corta, se lanzaron al galope.

Eliana no era el tipo de mujer que aceptaba una derrota como si nada. No, ella ponía todo

de su parte en el campo de batalla antes de llegar a darse por vencida, por lo que estaba dispuesta a arriesgar lo que fuera con tal de ganar.

Tal vez fuera porque le había exigido demasiado a aquel viejo caballo o porque había decidido tomar el camino más difícil a sabiendas de que en la siguiente curva le daría ventaja a pesar de que el obstáculo que tenía en frente era mucho más alto o tal vez se debió al miedo que se apoderó de ella en cuanto fue consciente de que su caballo jamás sería capaz de superarlo, pero se limitó a cerrar los ojos, esperando el golpe después de que, tras una fuerte sacudida, saliera volando por los aires.

Capítulo 13

«Duquesa viuda de Pemberton:

Mi sobrino me ha informado de que muy pronto regresará a Londres.

¿Qué debo hacer? ¿Cuál es el paso que debo seguir?

Sé que puede ser un poco apresurado, pero lo cierto es que me preocupa sobre manera que un día decida no volver a salir en sociedad.

Me resulta muy difícil arrastrarlo a los eventos sociales.

Dígame qué es lo que debo hacer.

Ahora más que nunca, preciso sus consejos.

Espero su respuesta».

Lady Wends.

—¡Eliana! —gritaron los presentes.

Leonard detuvo su caballo tan rápido como le fue posible. Casi saltó al bajarse del animal y salió corriendo hacia ella con desesperación, pero apenas pudo llegar a tocarla. Antes de que lograra hacer algo, Francis se la arrebató, la cogió en brazos y corrió hacia la casa, profiriendo órdenes como si fuese el señor del lugar. La sorpresa apenas le permitió seguirles.

—Por favor, Eli, por favor, mi ángel —susurraba el duque como un mantra mientras subía las escaleras y la sostenía con fuerza contra su pecho.

No tenía muy en claro cuál de todas las habitaciones del pasillo era la de la joven, así que la llevó hasta la suya y la recostó sobre su cama, importándole muy poco lo que podrían decir. No estaba dispuesto a separarse de ella hasta no tener la certeza de que estaría bien, y de que aquello no había sido más que un pequeño golpe sin importancia.

—¡Testaruda! Si de mi dependiese, no volverías a subirme a un caballo —dijo en su oído acariciando su rostro con delicadeza. A su parecer estaba un poco pálida. El terror que recorría su cuerpo ante la sola idea de perderla, le estaba volviendo loco.

Cuando Leonard entró dando un portazo, fue consciente de sus actos, así que dio un paso atrás, sin importarle lo que pudiese pasar. No se separaría de ella, aunque eso implicase dar muchas explicaciones a su amigo o incluso ganarse un duelo a causa de dicha negativa.

—¡Eliana! —exclamó él acercándose y acariciando su mejilla—. Tranquila pequeña, el médico ya está viniendo en camino —dijo preocupado, para luego mirar a su amigo, quien no parecía alejar la mirada de ella—. Espero, Bedford, que lo que acaba de suceder, no fuera más que una genuina preocupación por la hermana de un amigo —sentenció dando el tema por finalizado.

La doncella de la dama llegó corriendo para hacerse cargo de la situación, depositó paños con agua fresca sobre su frente y les obligó a salir para poder soltarle un poco el corsé. La joven necesitaba aire fresco, así que no les quedó más remedio que esperar en la puerta en mitad de una tensión más que palpable, tanto que, después de examinarla, el médico la percibió en cuanto se acercó a ellos. Tuvo que tomarse un par de minutos para mirarlos uno al otro, esperando la señal que le indicase a quién debería dirigirse primero.

—Excelencia, milord... —saludó ejecutando la reverencia, que no tuvo tiempo de realizar al llegar, ya que había sido prácticamente arrastrado hacia la habitación en donde se encontraba la joven.

—¡Déjese de formalidades y hable de una buena vez, hombre! ¿Cómo está ella? —

preguntó Bedford a punto de morir de la angustia.

—Lady Eliana, se encuentra en perfectas condiciones. Tiene un par de golpes sin importancia, pero nada que sea de gravedad. Ha tenido mucha suerte de que, tras una caída como esa, no tenga más que un par de moratones. Le he dejado un ungüento a su doncella para el dolor y en un par de días estará repuesta por completo.

Ambos sintieron que por fin podían respirar.

—Gracias, doctor —dijo Leonard con genuino agradecimiento. El médico asintió y tomando su maletín, salió de allí.

Con su partida, la tensión aumentó. Para ese instante se encontraban ante una encrucijada; ambos querían entrar a verla, pero no sabía cómo plantearlo, pues ella estaba en la habitación designada para el duque y la situación que vivieron durante el accidente había logrado poner en riesgo su amistad.

La cabeza de Leonard no dejaba de dar vueltas ante los cientos de razones por las que su amigo había actuado de esa manera con su hermana, y es que la preocupación se reflejaba en su mirada. Sus movimientos habían sido los de una persona que no estaba dispuesta a recibir un «no» por respuesta si alguien trataba si quiera de detenerlo. Estaba sopesando la peor de las posibilidades, una opción que podría poner fin a aquella larga amistad.

—Bueno, como mi hermana va a estar bien, pediré que me ayuden a moverla de vuelta a su cuarto. Me gustaría trasladarte a otra habitación, porque me preocupa tu comodidad. —sugirió el futuro conde en un intento por disimular el verdadero propósito de sus palabras, pero ¿cómo iba decirle al que se suponía que era su amigo que no quería volver a verla cerca de su hermana?

Después de la forma en la que había reaccionado ante el accidente de Eliana, no solo tenía muchas dudas sobre la razón que le había llevado a actuar así, sino también sentía cierta desconfianza.

Francis elevó su ceja derecha, siendo consciente de que sus palabras albergaban otra intención más allá de la que él quería demostrarle.

—No es necesario, me encuentro muy cómodo en mi habitación actual —aseguró mirando de reojo hacia la puerta, ansiando el momento en el que pudiera entrar y asegurarse con sus propios ojos de que ella se encontraba bien, pero ya había tentado a la suerte demasiado, por lo que lo mejor sería darle un poco de espacio a Leonard.

—Es ese caso, ayudaré a mi hermana en su traslado. Pediré que te informen de cuándo puedes volver a entrar —dijo dejándole muy en claro que en caso de que su intención fuera verla, no le dejaría la posibilidad de hacerlo. El duque tomó una respiración profunda y asintió, consciente de que no podía contradecirlo en aquello.

Eliana todavía sentía un poco de dolor, pero era soportable. Debería de haber sido más prudente, tendría que haber recordado que no se trataba de Zafiro a quien montaba y que aquel viejo caballo apenas podía aguantar un ligero trote. De haberlo hecho con toda probabilidad no habría estado a punto de morir, además que tampoco había servido de nada, la carrera estaba más que perdida por su parte.

—¡Milady! ¡Qué alegría verla despierta! Aunque el doctor dijera que en cualquier momento abriría los ojos, me tenía muy preocupada. Se ha un buen golpe —dijo su doncella con dulzura mientras le acercaba un vaso con agua.

La joven masajeó su cabeza e hizo una mueca, eso había dolido. Bebió un poco de agua, contenta de sentir que su cuerpo le obedecía. Sin embargo, notó que la decoración de a su alrededor tenía tonos mucho más oscuros y neutros de lo que acostumbraba. Su habitación estaba

decorada en blanco y azul, incluso su cama tenía unas deliciosas y frescas sábanas blancas, mientras que esas eran más bien grises.

—¿En dónde estoy? —preguntó confundida, estaba casi segura de que el accidente había ocurrido a apenas unos metros de distancia de la casa de campo de su familia. Por ende, no había razones para llevarla más lejos, ¿o sí?

—Oh, en casa milady, por supuesto. Se encuentra en la habitación del duque de Bedford. En cuanto se cayó del caballo, su excelencia salió corriendo, la tomó en brazos y la trajo hasta esta habitación, mucho antes de que alguno de nosotros si quiera pudiera reaccionar. De hecho, la alcanzó mucho más rápido de lo que lograrse hacer su hermano y eso que él estaba más cerca de usted. Parecía muy preocupado por su bienestar y no se ha separado de la puerta ni un solo momento.

La dama sintió que un cosquilleo recorría su cuerpo hasta concentrarse en su vientre.

Estaba por preguntarle algo más sobre el duque, pero la puerta interrumpió su conversación.

—¡Eli! Dios, me has dado un susto de muerte —dijo su hermano, adentrándose en la habitación. Ella apenas logró observar que su doncella realizaba una reverencia y se retiraba en silencio, aunque en el corto instante en que la puerta se abrió para que esta saliese, había creído ver al duque.

—Estoy bien, Leonard, solo un poco adolorida —aseguró mientras su hermano la tomaba la mano con ternura.

—Bien, en ese caso supongo que te encuentras lo suficientemente bien como para escucharme —su voz cambió, se volvió mucho más dura, más seria. Casi parecía gritar— ¿Cómo pudiste ser tan imprudente? ¡Pudiste haberte matado! No puedes exigirles lo mismo a todos los caballos, no todos son como Zafiro, ¿creías que todos confiarían en ti tanto como ella lo hace? En realidad, todo esto es mi culpa, jamás debí permitirte que practicases actividades como esas. Sin embargo, es un error que no volveré a cometer jamás, eso te lo puedo asegurar.

La aludida sintió que su cuerpo temblaba de terror.

Leonard adivinó muy bien su intención mucho antes de ser siquiera capaz de decírselo, y aunque sabía que ella lo odiaría por ello, toda aquella locura ya había ido demasiado lejos. Nunca pensó que podía ser peligroso, pero ahora era consciente de las consecuencias de sus actos y de los argumentos que le dio su padre en su momento esperando disuadirlo de regalarle el caballo. Nunca era tarde para resarcir sus errores.

—¡No! ¿Cómo vas a hacerme eso? Mírame, estoy bien, fue un accidente sin importancia, yo... —su hermano la silenció.

—No. Sé que me vas a odiar por esto y no sabes cómo lo lamento, pero soy tu hermano mayor y debo cuidarte y protegerte, alejarte de cualquier posible peligro —el terror reflejado en su dulce y hermoso rostro le partió el corazón—. Desde este momento, tienes completamente prohibido volver a montar a Zafiro. Regresaremos a Londres lo antes posible y ordenaré que la traigan de vuelta al campo. Espero que tengas la prudencia de no volver a intentar hacer una carrera como esa con otro caballo.

—¡No! —gritó la joven desesperada—. No puedes hacerme esto... —susurró con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento, Eliana, esto es por tu bien. La decisión ya está tomada. Le pediré a un par de sirvientes que te ayuden a regresar a tu habitación, supongo que a mí no me querrás cerca —no soportaba verla llorar, así que dio media vuelta, luchando consigo mismo para no volver, abrazarla y resarcirse, pero cuando su mano tocó el pomo de la puerta, recordó una cosa más—. Ah sí, por cierto, te queda terminantemente prohibido acercarte a Bedford, no te quiero volver a

ver en compañía de él, al menos si no es debido a algo estrictamente necesario y obligatorio.

Su hermano ni si quiera lo notó, pero con esas palabras su corazón terminó de hacerse añicos.

Antes de si quiera intentar detenerlas, las lágrimas empezaron a caer, mojando sus mejillas. No solo acababa de perder su amado caballo, sino que ya ni siquiera tendría la oportunidad de descubrir qué era lo que sentía cuando tenía al duque cerca.

No entendía cómo un simple accidente podía conllevar tales consecuencias. Ella no había sufrido daño alguno, ¿o sí? No se había tratado más que de un susto y había aprendido la lección, jamás volvería a intentar algo así, incluso si hubiera montado a Zafiro, no se habría arriesgado a romperse la crisma por un pequeño error. No comprendía nada. Además, ¿por qué le prohibiría su amistad con el duque?

Sentía rabia, tristeza, desilusión e impotencia. El llanto aumentó y, presa de la frustración, soltó un grito lleno de dolor.

Capítulo 14

Apenas había transcurrido un segundo desde que Francis atravesase la puerta corriendo como alma que lleva el diablo. Una genuina preocupación se dibujaba en el rostro. Se aproximó hasta la cama, y tomó el rostro femenino entre sus manos, mientras la miraba de pies a cabeza como si estuviera buscando la causa del mal que la aquejaba, entre las mantas que la cubrían.

—¿Qué ha sucedido? ¿Estás bien? ¿Qué es lo que te duele? ¿Necesitas algo? —preguntó, robándole una pequeña sonrisa al tiempo que sus mejillas se tornaban rosadas. No estaba usando más que un simple camisón, por lo que no había muchos obstáculos que les separasen.

—Estoy bien. Lamento haberte asustado —susurró mordiendo su labio inferior. El caballero dejó escapar el aire que retenía en sus pulmones, permitiéndose respirar de nuevo con normalidad.

—Dios, no vuelvas a gritar de esa forma. Por poco se me sale el corazón del solo hecho de pensar que podrías estar en peligro, ya experimenté suficiente susto con el accidente. Creo que me has hecho envejecer unos diez años en las últimas horas —Francis observó su rostro y con los pulgares limpió el rastro que habían dejado el paso de las lágrimas por sus mejillas— ¿Por qué estás llorando? No me gusta verte haciéndolo.

Su corazón tembló.

—Mi hermano me ha prohibido volver a montar a Zafiro, asegura que es demasiado peligroso para mí. Nunca fue mi intención causarte tal preocupación, lo lamento.

Francis se olvidó de todo lo que les rodeaba, e ignorando las alertas que su cabeza insistía en lanzarle, se dejó llevar por el corazón. Se acercó, la abrazó y depositó un ligero beso sobre su frente.

—No te voy a mentir, creí que me moría al ver que te caías del caballo. No deberías exigirle tanto a un animal, que no está acostumbrado a tu paso, pero tampoco estoy de acuerdo con sus medidas, creo que es un castigo un tanto injusto. Me gustaría decirte que abogaré por ti, pero creo que en este momento tu hermano y yo no somos los amigos más allegados de siempre.

Se alejó un poco sin dejar de mirarla ni un solo instante; ella era su dulce y alegre dama.

Eliana recordó las últimas palabras que había pronunciado el conde.

—Leonard no me deja volver a acercarme a ti. No entiendo por qué, no comprendo qué es lo que ha sucedido para eso, pero debes irte, si llega a encontrarte aquí, con toda seguridad se enfadará, y lo que último que quiero es una discusión. Por favor.

Francis tomó una respiración profunda.

—Sí, ya me ha advertido a su modo de eso, pero no te preocupes, me encargaré de ello. Ven, he oído que van a mandar llamar a alguien para que te ayude a ir hasta tu habitación. ¿Qué te parece si esa persona fuera yo?

Las mejillas de la aludida se pusieron aún más rojas.

—Estoy en camisón, Francis...

—Sí, te agradecería que no me lo recordases, ahora mismo me resultas una tentación —gruñó, evitando mirarla más allá—. Cada vez que pronuncias mi nombre, me siento enloquecer —confesó disfrutando de su reacción sofocada y los latidos de su corazón, que resonaban con tanta fuerza que incluso él podía escucharlos.

—No puedes decirme ese tipo de cosas... —musitó sin aliento.

—Cúbrete con la manta, te voy a coger en brazos. Mientras esté en mis manos, no voy a permitir que hagas el más mínimo esfuerzo —le pidió evitando prestar atención a sus palabras. No era el momento ni el lugar para hablar de lo que fuera que estuviese sucediendo entre ellos.

Eliana obedeció y se cubrió tanto como pudo con la manta que Francis le ofreció. Bedford deslizó un brazo bajo sus piernas y otro por su espalda, y la levantó con mucho cuidado, asegurándose de que permaneciera cómoda. No quería causarle ningún dolor.

Este último se tomó un segundo para apreciar lo bien que se sentía tenerla entre sus brazos, la forma en la que encajaban sus cuerpos, el placer que le despertaba y la manera en la que su dulce fragancia le envolvía. Que Dios lo ayudase, pero esa mujer tenía todo el poder para llevarlo a la perdición.

Se hallaban a un par de pasos de la puerta, cuando su doncella se cruzó con ellos, quedándose de piedra ante la escena que tenía en frente.

—¡Sara! No es lo que imaginas...

La mujer miró hacia atrás asegurándose de que no viniese nadie.

—No se preocupe, milady, usted sabe que su secreto está a salvo conmigo, pero debemos darnos prisa. No queremos que nos encuentren a mitad del pasillo.

Eliana agradeció al cielo tener a una doncella que fuera tan fiel a su señora. Ella siempre la había ayudado y nunca había dudado lo más mínimo en guardarle sus secretos, lo que fuese necesario con tal de verla feliz, ya que era demasiado solitaria para su gusto.

Resguardados por Sara, Francis la llevó en brazos hasta su habitación, la dejó sobre la cama con mucho cuidado, y se aseguró de cubrirla. No puso distancia de por medio hasta tener la certeza de que estaba cómoda en ella y de que no pasaría el más mínimo frío.

—Traeré un poco de agua —anunció la doncella, dándoles un poco de privacidad.

—Gracias —susurró la dama a lo que él asintió, pero cuando estaba por alejarse, lo tomó de la mano negándose a dejarlo marchar— creo que tenemos mucho de qué hablar, ¿no? —inquirió nerviosa.

—Sí, tienes razón, todavía nos queda una conversación pendiente. No obstante, ya habrá tiempo para ello, por ahora lo mejor será que descanses y te recuperes. Debo volver a Londres, ya he tentado demasiado a la suerte con tu hermano, pero te buscaré muy pronto y podremos hablar.

Deseaba inclinarse, si lo hacía un poco más, sus labios quedarían a su alcance. Se moría por probar su dulce sabor una vez más, pero, no podía, se dijo torturado.

—¿Prometes que te volveré a ver? —preguntó insegura, temerosa.

El duque sonrió, pero alguien más respondió por él.

—No, no lo prometo, porque yo mismo me encargaré de mantenerlo muy alejado de tu alcance —dijo Leonard con una mirada asesina desde la puerta.

Francis la soltó de inmediato y se giró, enfrentándose al problema que tenía en frente, para protegerla de la furia del heredero al condado.

—Esto no es asunto tuyo. Déjame que te lo explique —pidió el duque. Leonard dio un paso hacia él, amenazante, ansioso por propinarle un buen golpe.

Eliana temblaba de miedo. En algún momento las lágrimas habían vuelto y el terror la había dejado paralizada. No sabía cómo podría detener la tormenta que relampagueaba en los ojos de su hermano.

—No hay ninguna palabra que pueda explicar todo lo que has estado haciendo hasta ahora. Pensé que eras mi amigo, Bedford, pero no, lo único que querías era acercarte a mi hermana a mis espaldas, lo que delata que tus intenciones no son nada nobles. He de agradecerle

a Dios que me diera cuenta antes de que fuese demasiado tarde. Si deseas acercarte de nuevo a mi hermana, tendrás que hacerlo sobre mi cadáver, porque de lo contrario no dudaré en retarte a duelo. —advirtió Morei, sintiéndose traicionado.

Necesitaba una compensación, ya que solo su orgullo estaba herido.

—¡No! —gritó Eliana aterrada—. Por favor, Leonard, por favor, te lo imploro, te lo ruego, por favor no —rogó entre lágrimas.

El dolor en su cuerpo no le permitía levantarse ni hacer nada más, sus únicas opciones se limitaron a las suplicas. No sabía qué era peor: la idea de perder a su gran hermoso o la de perder al que probablemente sería el hombre al que amaba.

Descubrir aquella verdad, supuso un doble impacto en su corazón afectado. Resultaba increíble como durante los peores momentos era cuando más se podían conocer los sentimientos. Amaba a su hermano con locura, era su familia, el hombre que la había cuidado y protegido durante años y que no tenía la más mínima duda de que seguiría haciéndolo, quien le había robado más de una sonrisa con el paso del tiempo y que hacía hasta lo imposible por verla feliz. Pero el otro era ese caballero capaz de hacerla temblar y que tenía el poder de hacerla soñar con eso que solo había leído en los libros de fantasía y romance que tanto le gustaban. El hombre que era capaz de hacerla suspirar con la esperanza del amor, eterno y verdadero.

No estaba muy segura de en qué momento había ocurrido, ni si tenía la certeza de que lo que sentía era amor verdadero, ya que no se podía estar segura de algo que no se conocía. Sin embargo, el amor no solo era sonreír de solo pensar en esa persona especial, soñar con algo más a su lado, temblar siempre que estaba cerca, ansiar un beso o una caricia, sentirse feliz y dichosa al ser la receptora de sus atenciones... si eso no era el amor, entonces no sabía lo que podía serlo.

Odiaba tener que enfrentarse a la siguiente pregunta: ¿La familia o el posible amor de su vida?

Además, había una cuestión que no dejaba de rondarle en la cabeza: ¿lucharía Francis por ella? Y de ser así, ¿qué estaba dispuesto a hacer?

—No lo hagas, no es necesario retarme a un duelo en el que bien sabes que tendrías todas las de perder. Soy mucho mejor que tú en el manejo de cualquier arma —argumentó Bedford.

Leonard apretó los dientes ante aquella pulla, más al ver el gesto de terror y la palidez en el rostro de su hermana, se obligó a relajar los puños y a enfriar su cabeza. Le rompía el corazón ver el estado de Eliana. No, ella no debía sufrir de esa manera.

—La única razón por la que no lo hago es por ella, por esa mujer que tienes a tu espalda y que llora desconsolada. Por ella y por la supuesta amistad que teníamos. Sin embargo, necesito que me respondas una cosa. ¿Qué es lo que quieres con mi hermana? ¿Acaso tiene la intención de casarse con ella y de hacerla feliz?

Ante la pregunta directa, Francis se tensó, aunque no bajó la mirada por temor a la frase que podía responder. No obstante, tampoco se sentía capaz de pronunciar ni una sola palabra.

El corazón de Eliana se detuvo.

—¡Habla, Bedford! ¿Piensas responder por ella? ¿Formalizar tus intenciones? ¿Estás dispuesto a corresponder sus sentimientos? o es que ¿piensas brindarle a cambio la piedra que tienes por corazón? Estás aquí haciéndole promesas bonitas a mi hermana, una joven inexperta fácil de ilusionar, aun cuando hace apenas un par de horas atrás me asegurabas que no deseabas casarte con ninguna otra mujer, porque tu vida todavía está llena de amargura y tristeza. ¿Eso es lo que quieres para ella? ¿obligarla a vivir entre las sombras, lejos de la sociedad tal y como tú acostumbras, en un mundo en el que no hay más que sufrimiento? ¡No tienes lo que ella necesita!

No quiero que un día termine muerta en algún accidente o quitándose la vida con tal de huir de la amargura que te rodea. Dijiste que estabas destinado a perder todo lo que quieres. Bien, yo no estoy dispuesto a perder a mi hermana. Eres buena persona Bedford, pero siempre has sido un cobarde. Mi hermana merece mucho más —sentenció inflexible Leonard.

Leonard supo que había acertado en cada una de sus palabras en cuanto la mirada y el rostro de su invitado se endurecieron. Él sabía cómo hacerle daño y lo había usado a su favor para lograr su cometido.

Cada frase de su amigo había sido para Francis como una daga clavándose justo en el corazón. Esas palabras habían destrozado la escasa esperanza, que todavía brillaba en el pecho de Francis, destruyendo lo poco que lo mantenía en pie.

Francis Levenson, duque de Bedford, había muerto en vida. No pronunció palabra alguna, de tal forma que solo abandonó la estancia.

No se atrevió a mirar a Eliana, pero podía escucharla llorar. Si la veía así le partiría el alma, no era tan fuerte. Tampoco le dio una respuesta a Leonard. Ya había dicho suficiente y no tenía el más mínimo interés en iniciar una discusión que con toda probabilidad terminaría en el mismo desenlace. Había perdido. Si su propósito había sido lastimarlo, lo había logrado con creces.

Eliana lo llamó a gritos. Su voz, su preciosa voz, su perfecta dama...

—Traigan mi caballo —ordenó al mayordomo en cuanto llegó hasta la puerta principal. Debía irse, alejarse y pensar.

Una vez en el exterior, dirigió una mirada hacia la segunda planta, a la ventana que daba hacia la habitación de ella: la cortina estaba cerrada. Si en algo tenía razón Leonard era que ella merecía todo y él no estaba seguro de poder dárselo.

Los recuerdos del paseo que habían compartido llenaron su mente. Sus sonrisas, la forma en la que el sol hacía que su cabello pareciese aún más claro y que sus ojos eran un poco verdosos al sol, pero se acercaban más azul en las sombras, así como el brillo de su piel ante el desafío y lo vivaz que se veía a sobre su caballo.

—Excelencia, su caballo está listo —le informó el hombre en el momento justo en el que la silueta de una mujer se asomaba por la ventana y lo miraba con los ojos llenos de tristeza.

—Por favor, envíen mis pertenencias a mi residencia en Londres —fue lo único que dijo antes de alejarse del lugar a todo galope, dejando atrás todo lo que le importaba.

No podía verla tan triste de nuevo, ya había ocasionado suficiente dolor hasta ahora.

Capítulo 15

«Querida lady Wends:

Entiendo su preocupación, más aun teniendo en cuenta lo que está sucediendo.
¿Puedo preguntarle la razón por la que su sobrino ha desaparecido? Espero que se encuentre bien de salud.

No tiene de qué preocuparme, milady, cuando el corazón es el que manda, incluso si él insiste en lo contrario, no existe otra fuerza más grande que esa. Le puedo asegurar sin temor a equivocarme, que volverá a sonreír una vez más.

Muy pronto tendrá lugar una velada en mi propia mansión
¿Cree poder convencerlo para llevarlo con usted?
Intuyo que podría ser una noche cuanto menos provechosa».
Duquesa viuda de Pemberton.

Habían pasado poco más de tres semanas desde que sucediera el desastre en el que había concluido su viaje al campo. Eliana apenas se hablaba con su hermano y no había vuelto a saber nada del duque, incluso había aceptado muchísimas invitaciones a diferentes eventos sociales, que su madre se sentía dichosa. No obstante, ella lo había hecho por otros motivos, tenía la esperanza de poder verlo y hablar con él, pero todo ese esfuerzo fue en vano, pues Francis no apareció.

Pensó en escribirle, quizás debería enviarle una pequeña nota con alguien de confianza, requiriéndole que le concediera cinco minutos de su tiempo para verse y escucharla. No estaba segura de lo que le diría si lo tuviese en frente, pero supuso que las palabras surgirían solas llegadas el momento, al menos confiaba en que así sería.

—Milady, hemos llegado —anunció su doncella, sacándola de sus pensamientos.

La dama miró por la ventana y se encontró con la hermosa sonrisa de su gran amiga quien la esperaba en la puerta de entrada. Olive había regresado hacia una semana atrás de Francia, y esa iba a ser la segunda vez que se vieran, aunque la alegría y la emoción cada vez que se encontraban seguía siendo la misma.

Su doncella descendió primero y en seguida uno de los lacayos la ayudó a bajar a ella.

—¡Eliana! —exclamó la joven emocionada corriendo a abrazar a su gran amiga.

Cualquiera que las viera las hubiera regañado por su falta de decoro, pero no estaban en un evento social, así que no era del todo incorrecto, solo se trataba de un encuentro entre amigas.

—Olive, qué alegría me da verte —respondió Eliana con dulzura.

—Tengo noticias de tu duque —dijo tomándola del brazo, y guiándola al interior de la mansión, no la permitió deshacerse de su capa y guantes.

Desde el primer día en que se habían vuelto a ver, se dedicaron a hablar de todo lo que había sucedido mientras Olive había estado lejos, por lo que ese día la joven se había tenido que quedar en casa de los condes de Pembroke, ya que solo le permitieron descansar cuando el cansancio sobre sus cuerpos las superó. Por supuesto, entre sus muchos temas de conversación estuvo presente el duque, los momentos que pasaron juntos y los sentimientos que habían nacido en su interior. Olive también le relató su pequeña aventura con un lord francés que aseguraba estar perdidamente enamorado y dispuesto a ir a Inglaterra por ella.

—Solo han pasado un par de días desde que has vuelto, ¿cómo es posible que ya

conozcas a alguien que te pueda informar de todo lo que sucede? Es más, ¿ni siquiera conoces a Francis! ¿Cómo es posible que sepas algo que yo no?

La aludida tomó asiento a su lado en cuanto entraron a la salita azul, después de cerrar la puerta tras de sí, brindándoles con ello un poco de privacidad. En ese instante, Eliana se pudo deshacer de sus guantes y la capa, colocándolos perfectamente organizados sobre una de las mesas, después le diría a su doncella que se hiciera cargo de ello, cuando regresara con algo para beber.

—Oh, no soy yo quien los conoce. No he asistido a tantos eventos sociales como para tener dichos contactos, y ya que tu duque se niega a aparecer en sociedad, no he tenido el placer de ser presentados, aunque he de admitir que me muero de curiosidad por ver quién es el caballero que ha conseguido robar tu corazón. La cuestión es que le pedí a mi doncella que me ayudara a averiguar algo, y ella se enteró gracias a alguien que trabaja cerca de la mansión de Bedford, que el hombre, al parecer, lleva días sin salir de su habitación. Saben que está vivo porque ordena que le suban comida y mucho whisky. Dicen que, de seguir así, puede llegar a caer enfermo. Está muy mal.

El corazón de Eliana se encogió, Francis estaba sufriendo y de continuar por el mismo camino podría enfermarse o incluso morir.

—No...—susurró aterrada ante la idea de perderlo.

No era suyo, no contaba con la posibilidad de poder ir a visitarlo para sacarle de la oscuridad en la que estaba sumido. No podía hacerlo.

—¿Alguna vez has sentido que no encajas con nadie? Es curioso, desde que la temporada social ha iniciado, no dejo de pensar en que nunca encontraré mi lugar en el mundo. Justo cuando estaba convencida de ello, llego él y desde entonces no hago más que pensar en lo bien que se siente estar entre sus brazos, y lo triste que es el saber que su amor nunca me va a pertenecer.

Su corazón se rompió y antes de que lograra notarlo, las lágrimas rodaban por sus mejillas. Su dulce caballero estaba triste y ella no podía hacer nada para ayudarlo.

—Oh, amiga mía, no sabes cómo lamento todo lo que te está sucediendo. Quisiera poder decirte que todo se solucionara, pero creo que en estos momentos no hay palabras que logren consolarte. Cuando estábamos en la escuela y nos imaginábamos cómo sería nuestro futuro como damas, nunca imagine que la vida nos tendría reservada una sorpresa tan poco agradable. Tú enamorada de un hombre prohibido, y yo ansiosa por tomar el primer barco a Francia e ir por él.

Eliana limpió sus lágrimas con rabia, utilizando el dorso de su mano. La vida podía ser muy injusta.

—No, nada ha sido lo que esperaba. Francis no es el hombre que me imaginé cuando vi por primera vez su ceño fruncido, ni siquiera mi hermano ha sido quien esperaba. Tenías que haberlo escuchado, Olive, Leonard sus palabras eran tan crueles, que resultaba evidente que quería hacerle daños y lo peor de todo es que logró —la joven dama disfrutó de ver cómo los ojos de su amiga se iluminaban cada vez que hablaba del duque. Si eso no era amor, entonces no sabía lo que era—. Es un hombre muy dulce y tierno, que ha vivido situaciones muy desafortunadas. Nadie querría perder a su familia y después a su esposa e hijo. Mi pobre caballero...

Sus palabras fueron todo lo que Olive necesitó para tomar una decisión.

No importaba si se caía el mundo con aquello, pero no iba quedarse de brazos cruzados, pensó compadeciéndose de su amiga desolada.

—Ya está bien, no más lágrimas, sabes que no soy de las que se dan por vencidas sin

luchar por aquello que quiero, y ahora lo que deseo es verte feliz.

Se levantó de su silla con una decisión increíble y empezó a caminar de un lado para otro.

A Eliana, su reacción la tomó tan de improviso, que no fue capaz de pronunciar palabra alguna.

—Si la vida no quiere darnos nuestra felicidad, pues la tomaremos por nosotras mismas. Empezaremos por ti y tu duque.

La joven Morei podía ver la cabeza de su amiga trabajando en alguna idea descabellada.

—No es mi duque, Olive, es más, ni siquiera tenemos la certeza de que esté realmente enamorado de mí, pues si bien me ha hecho sentir deseada y manifestó su ardor de diferentes maneras, nunca me confesó sus sentimientos de forma abierta. Es verdad que hemos compartido ciertos momentos juntos, pero no nos hemos detenido a hablar sobre qué era en realidad lo que sentíamos el uno por el otro —analizó Eliana, negándose a creer en una esperanza que resultaba infructuosa, y que podría terminar rompiendo la poca ilusión que aún quedaba de ella, su corazón no podría soportarlo.

Olive bufó.

—¡Por favor, Eliana! Por lo que he escuchado, se trata de un hombre que acostumbra a dirigirle la palabra solamente a un grupo bastante reducido, es en extremo correcto y solitario. Su ceño fruncido es capaz de alejar a cualquiera y no le importa llegar a ser grosero con tal de evitar a aquellos a quienes no desea tener cerca. Sabiendo todo eso, a ti te ha besado, te ha protegido, se ha enfrentado hasta a tu hermano, y todo lo hizo por ti. ¿Aún crees que no está enamorado hasta los huesos? Resulta posible que si se ha apartado de ti es porque realmente las palabras de tu hermano hicieron mella en él, y considera que es poco para ti —ella sonrió con ternura, tomó asiento junto a su gran amiga y la abrazó con dulzura—. Es normal tener miedo, todos le tememos a algo, pero si de verdad quieres a ese caballero, lucha por él. Es mejor perder después de haberlo intentado, que quedarse con la duda de qué habría sucedido de no haberlo hecho —le aconsejó.

Eliana mordió su labio inferior con nerviosismo; luchar por Francis...

No sabía si todas las damas en edad casadera y en busca de una pretendiente tenían las mismas aspiraciones que ella. En un principio estaba decidida a eludir el matrimonio tanto como le fuera posible, hasta que su padre organizase una unión o que algún caballero se interesase en ella lo suficiente como para pedir su mano. Tenía una visión sencilla de lo que sería un cortejo y posterior unión. No obstante, todo había cambiado desde que Francis se había cruzado en su camino, desde que el duque en cuestión la había besado por primera vez, sumergiéndola con ello en aquel torbellino de sensaciones y sentimientos.

Tenía miedo, le aterraba que, al exponerse a buscarlo para plantar lucha por su corazón, se viera sometida a un dolor que podría acabar con ella.

—¿Y si para él no significa lo mismo? Puede que no me ame. Mi hermano dijo que él es incapaz de amar, que su corazón no era más que una piedra que solo puede aportar simple respeto. No podría estar a su lado, sin darme algo más que una simple estima y cortesía, no podría vivir con ello, me rompería en mil pedazos.

Olive la miró a los ojos, acercándose para tomar su mano con afecto.

—Claro, lo amas y lo mínimo que quieres es recibir lo mismo a cambio, pero la verdadera pregunta es: ¿quieres vivir una vida junto al duque? Porque si es así, debes estar dispuesta a jugarte la cabeza por ese caballero, incluso si para ello debes enfrentarte a tu hermano. Si piensas que no vale la pena, pues iremos al baile de esta noche en busca de un nuevo pretendiente —concluyó Olive.

Eliana se imaginó en brazos de otro, besando a un extraño y soñando junto a alguien más. La sola mera posibilidad de ello le repelía. No. Aquello resultó suficiente para decidirse.

—Bien, hay que intentarlo.

—¡Excelente! No hay tiempo que perder, empezaremos esta misma noche —aseguró con entusiasmo su amiga.

En cuanto la noche cayó, Eliana se encontraba frente al espejo observando el perfecto y elaborado peinado que su doncella le estaba haciendo. Se trataba de un hermoso recogido adornado con pequeñas flores blancas y azules, que brillaban sobre sus cabellos dorados. Sin duda, estaba haciendo un trabajo grandioso.

—¿Le parece bien así, milady? —preguntó colocando la última flor.

—Está perfecto —aseguró sonriendo a su reflejo.

Esa noche iba a ser la tan anhelada velada en casa de la duquesa viuda de Pemberton, una dama respetable, perteneciente a una de las mejores familias del país, y que casualmente se la reconocía por ser la mejor casamentera de la aristocracia. De cuya dama se decía, que había logrado concertar innumerables uniones ventajosas, algo muy interesante teniendo en cuenta, que el loco plan de Olive para tratar de emparejarla con el duque, se pondría en práctica esa misma noche.

—¿Ya ha elegido qué vestido será el que use, milady? —preguntó su doncella.

Para esa velada quería esmerarse en su aspecto, mostrarse tan hermosa y elegante como cualquier jovencita en edad casadera, que disfrutaba de su primera temporada social.

Aunque cabía la posibilidad de que no muchos reparasen en ella, pues todavía le faltaba el descaro que se precisaba para destacar entre todas las candidatas a desposar.

—El verde, es de mis favoritos, así que prepara ese atuendo.

Era muy hermoso, con flores bordadas en hilo dorado y blanco, resultaba un tono que resaltaba el color de sus ojos. No solo le hacía parecer y sentirse preciosa, sino que también le confería cierta aura elegante.

Sara le ayudó a embutirse en él, y una vez lista, se contempló en el espejo. Le gustaba mucho el resultado final, se veía espectacular, y eso le dio un poco de la valentía que necesitaba para continuar con la locura que estaba a punto de cometer. Sin embargo, sospechaba que no sería suficiente, no cabía duda de que necesitaría más.

Capítulo 16

Al bajar, sus padres la estaban esperando en la entrada, como Leonard había salido, solo quedaban los condes y ella, lo cual suponía un punto a su favor. No tendría a su hermano vigilándola como solía hacer desde que habían vuelto del campo. Comprendía su preocupación, pero tendía a resultar un poco molesto y la hacía sentirse casi presa en su propia casa, al hallarse custodiada por su propia familia.

Esperaba que Dios la ayudase, porque no quería perder el amor de su hermano, después de hacer lo que había planeado.

—¡Te ves como toda una dama, hija! Seguro que deslumbrarás a muchísimos caballeros y mañana tendremos a más de uno, golpeando la puerta con la esperanza de poder conocerte —aseguró su madre, en cuanto la vio aparecer, haciéndole sonreír con timidez, pero lo que más le gustó fue la sonrisa de aprobación en los labios de su padre.

El conde no era un hombre cariñoso y mucho menos expresivo, aunque siempre encontraba la manera de hacerle saber lo mucho que la apreciaba.

El viaje en el carruaje fue realizado en silencio. Nadie hizo el menor intento por entablar una conversación. Cada uno parecía inmerso en sus propios pensamientos.

Tuvieron que esperar en una larga fila de carruajes para poder llegar a la entrada de Pemberton House, en el que se hallaban los anfitriones, los duques de Pemberton, recibiendo a los invitados.

A medida que se acercaban Eliana pudo notar lo singular que eran los duques de Pemberton; eran una pareja sonriente, pero esgrimían un gesto que fuera estudiado, sino que resultaba muy natural. Eliana reparó en ello cuando creían que nadie los observaba. Se prodigaban miradas cómplices, comentarios susurrados al oído y leves caricias casuales.

Cuando por fin llegaron a la entrada, el maestro de ceremonias, solemne, anunció a viva voz la presencia de los condes de Pembroke y su hija, quienes avanzaron hasta estar frente a Blake y Eleonora, los duques de Pemberton, acompañados por la abuela del primero, Augusta, la duquesa viuda, la cual le dedicaba una misteriosa atención a Eliana, que la hizo sentirse nerviosa.

—Espero que disfrute de la velada, lady Eliana —dijo Blake, ceremonioso, pero relajado.

—Muchas gracias, su excelencia —respondió ejecutando una perfecta reverencia—. Estoy segura de que así será.

—En caso de encontrarse con cualquier dificultad —intervino Eleonora, notando lo joven y nerviosa que era Eliana. No podía evitar recordar cuando ella había debutado también, por lo que sintió el impulso de ofrecerle su apoyo—. No dude en acudir a mí o a la duquesa viuda. Estaremos encantadas de servirle.

—Muchas gracias, su excelencia. Es muy amable.

—Lady Eliana Morei, no sabe la alegría que me da verla —saludó la duquesa viuda con su habitual desenfado.

—Excelencia —respondió Eliana—. También me alegra estar aquí.

Augusta sonrió como si hubiera encontrado un gran tesoro perdido.

—Yo sé que sí, jovencita —la tomó su mano y la atrajo levemente para decirle en voz baja—. Espero que me permita disfrutar un rato de su compañía en cuanto termine de dar la bienvenida a los invitados —solicitó.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Eliana. Muchas mujeres ansiaban ese honor, después

de todo, la duquesa viuda de Pemberton era una de las matronas más influyentes de la aristocracia, y Eliana parecía haber ganado su aprecio sin entender muy bien el motivo.

—Por supuesto —susurró, todavía sin poder recuperarse del asombro, el cual aumentó cuando, al despedirse, la duquesa viuda le guiñó el ojo, cómplice.

Mientras avanzaban por el amplio vestíbulo, escuchó que su madre realizaba un comentario al respecto, pero no le prestó atención. No quería alertar a su progenitora sobre su plan secreto. Si la condesa sospechaba que tenía un candidato concreto, lo plantearía ante los varones de su familia, y su hermano mandaría al garete sus esperanzas.

En cuanto se internaron en el salón principal, cada uno tomó su camino. El conde se acercó al marqués de Hedylt, la condesa a un grupo de damas que charlaban animadamente, y la joven, a pesar de permanecer cerca de su madre, no perdió la oportunidad de dejar vagar su mirada sobre el resto de los invitados, esperando encontrar el rostro de su gran amiga.

Aunque tardó un par de minutos, la localizó cerca de la pista de baile conversando con un caballero y una dama mayor y, por su sonrisa, estaba disfrutando a lo grande.

Eliana le hizo un par de señas que su amiga no tardó en notar. Tras una rápida despedida y reverencia, Olive llegó hasta donde ella se encontraba.

—¡Eli! Estás preciosa —elogió—. Estoy segura de que en cuanto el duque te vea, se morirá de ganas por acercarse a ti. ¿Estás lista para irte? Ya he preparado todo, mi cochero te llevará hasta la mansión del duque y serás acompañada por mi doncella. Ella conoce a alguien que trabaja allí y te ayudarán a entrar sin ser vista.

El descabellado plan de Olive consistía en llevarla a escondidas hasta el duque y obligarlo a confesar sus sentimientos hacia ella.

Resultaba increíble como una joven que apenas llegaba al país podía tener tantos contactos gracias a su familia y a unos muy leales sirvientes. No obstante, eran sus locas y atrevidas ideas lo que la aterraban y emocionaban a la vez. Los sentimientos que albergaba por Francis hacían de ella una mujer osada y decidida, algo que esperaba nunca le llegase a jugar en su contra.

—Empiezo a creer que no es tan buena idea —dudó Eliana, en cuanto su mirada se cruzó por un breve segundo con la de su madre.

—Buenas noches, Lady Eliana, es un placer verla esta noche —dijo un hombre, interrumpiendo su conversación.

La aludida se giró y dedicó una de sus mejores sonrisas al caballero que, aunque recordaba que habían sido presentados, no tenía muy presente cuál era su título. Debería haber prestado más atención a su madre cada vez que la ponía al tanto del estatus de los presentes.

Hizo una perfecta reverencia y mantuvo su sonrisa en los labios. No sabía quién era y, por lo tanto, desconocía la manera de actuar, así que se limitó a guardar silencio a la espera de que fuera él quien iniciase la conversación. Puede que aquello resultase ser una falta de educación, pero prefería eso a equivocarse con algo tan delicado como lo eran los títulos de la nobleza. Olive tuvo la delicadeza de hacer una reverencia y se dio la vuelta para evitar ser presentada.

—Está muy hermosa la velada de hoy, milady.

—Muchas gracias, es usted muy amable —respondió, experimentando cierta timidez y vergüenza. La mirada tan clara y transparente del caballero resultaba intimidante.

Si se esforzaba, casi podría escuchar la risa de Olive.

—Me preguntaba si me haría el honor de concederme el primer baile, si aún no lo tiene reservado, por supuesto.

Un sudor frío recorrió la espalda de la dama. El baile no era una de sus mayores

habilidades. Sin embargo, levantó su carne de baile y se lo tendió.

—Sera un honor. Espero no decepcionarle —comentó en tono jocoso, obteniendo una pequeña mueca divertida de su parte.

Una vez firmó la tarjeta, él realizó una reverencia y se retiró. En ese momento ella aprovechó para echarle un vistazo: marqués de Harrow. Gracias al cielo no había pronunciado ninguna palabra más allá de las necesarias.

—Así que vas a bailar... por su bien espero que hayas mejorado tus dotes de baile o ese pobre hombre va a lamentarlo —Eliana hizo una mueca, ella tenía la misma esperanza.

Entre risas empezaron a disfrutar de la velada. En teoría, aún faltaban un par de horas para poner su plan en marcha, por lo que podían divertirse un poco de la situación, pues ambas empezaban a llamar la atención y las invitaciones para bailar no faltaron en ningún momento. Si continuaban de ese modo, podrían completar el carné de baile, pero teniendo en cuenta que no iban a estar presentes durante un par de horas, no podían permitirse llegar a eso.

Cuando el marqués volvió a reclamar su primer baile, ella se encontraba cerca de la mesa de refrescos, y mientras él la conducía hacia la pista le pareció ver el rostro de Francis cerca de una de las columnas. Su corazón se aceleró, y de inmediato volvió a mirar hacia ese punto, esperando constatar que sus ojos no la habían engañado. Sin embargo, por más que recorrió el espacio una y otra vez, ninguno de los presentes era el duque, aunque su corazón continuaba latiendo con demasiada fuerza y sus manos temblaban.

Las primeras notas de una contradanza inundaron la estancia. Los participantes hicieron una reverencia y empezaron a moverse al ritmo de la música. Eliana puso todo su empeño en hacerlo bien, no deseaba darle un pisotón al marqués por error.

—¿Está disfrutando de la velada? —preguntó el caballero, atrayendo su atención.

—Muchísimo.

—Me alegra —guardó silencio por un momento, como si estuviera reuniendo valor para añadir algo más, aunque no se notó en exceso entusiasmado. cuando dijo—. Me gustaría ir a visitarla mañana, si está usted de acuerdo, por supuesto.

Ella sonrió incapaz de contestar en ese momento, resultaría injusto asegurarle que sí, cuando su corazón y mente estaban con otro hombre, pero ¿qué sucedería si el duque la rechazaba? Considerar unirse a alguien más suponía un hecho impensable para ella, pero tampoco deseaba llegar a ser una solterona por el resto de su vida. Le gustaría tener hijos, a los que amaría con todo su corazón.

El marqués arqueó una ceja ante su mutismo. Ella se atrevió a contemplar al caballero unos segundos, sopesando la idea de alimentar su evidente interés. El hombre poseía unos rasgos tan duros como hermosos. Sin duda, se trataba de un gran candidato, pero la frialdad de su mirada le hacía temer, que conquistar su corazón sería una tarea titánica, una lucha encarnizada que solo podría enfrentar y sobre todo ganar, una mujer que estuviese tan perdida por el marqués como ella lo estaba por su duque.

El caballero pareció percibir su indecisión, pues su semblante se ensombreció. Ella bajó la vista y mordió su labio inferior con nerviosismo. Lo más prudente sería desalentar por completo al hombre. A pesar de que no deseaba morir sin haber conocido lo que era el amor, viviendo con el recuerdo de lo que no pudo ser, el problema era que no siempre se obtenía lo que una ansiaba, y resultaba más que probable que fracasase en su intento de llegar a Francis.

Abrió la boca para pronunciar alguna excusa plausible que mantuviera al marqués interesado, aunque no demasiado entusiasmado, más no llegó a pronunciarla.

—No es necesario que diga nada, milady —la atajó lord Harrow—. Puedo ver que mi

admiración no es correspondida. Resulta evidente que sus afectos están comprometidos.

Eliana abrió los ojos de par en par al escuchar la aseveración del marqués, y tuvo un traspies. Él la ayudó a estabilizarse, y por su expresión pareció estar más resignado que desilusionado.

—¿Cómo ha llegado usted a esa conclusión, milord? —inquirió como pudo una vez retomaron el ritmo de la danza.

El marqués sonrió de lado, aunque fue un movimiento tan fugaz que ella creyó haberlo imaginado.

—Es usted más transparente de lo que cree, milady. Digamos que llevo tiempo en los salones, y casi me estoy volviendo un experto en descifrar las emociones femeninas.

—Yo...quizá...no esté del todo en lo cierto...yo...—balbuceó indecisa Eliana, desviando la mirada entre los invitados.

Esperaba alguna especie de señal, algo que le obligase a desistir de aquel descabellado plan en el que su amiga la había embarcado y la convenciera de aceptar una visita del marqués. Sus ojos examinaron la concurrencia, buscando encontrar a su madre. Si veía en ella la aprobación que esperaba le diría que sí.

El caballero carraspeó, pero ella no llegó a notar la forma en la que su pareja analizaba y casi juzgaba cada uno de sus movimientos, porque sus ojos se toparon con una imagen que logró que todo a su alrededor se detuviese.

Francis Levenson, duque de Sutherland, estaba allí de pie, justo en frente, con la mirada fija en ella. Sus ojos no la habían engañado antes como había creído unos minutos antes, él se encontraba allí.

La sorpresa estuvo a punto de hacerla tropezar de nuevo, pero gracias a su pareja logró recuperarse con rapidez.

—Lo lamento muchísimo, he de admitir que por más que lo intento, aún no logro ejecutar todos los pasos a la perfección —se disculpó sin apartar la vista del suelo, ya que no podía confiar en su propia contención de las emociones.

Se sentía a punto de explotar.

—No se preocupe, han de ser los nervios porque lo estaba haciendo a la perfección, solo déjese llevar.

Su respuesta era perfecta, pero ella estaba lejos de allí. Con cada uno de sus sentidos se encontraban pendientes del hombre que no le quitaba ojo de encima. Casi podía percibir a su piel quemar justo en dónde él la miraba.

Continuó ejecutando los pasos finales de la danza por inercia. No sabía si lo estaba haciendo bien o si acababa de arruinar las pocas posibilidades que tenía, pero lo cierto fue que en cuanto los últimos acordes fueron ejecutados, tras una reverencia apenas aceptable, caminó mucho más rápido de lo que debería hacia el balcón, atrayendo la atención de aquellos con los que se cruzó. En su defensa, sus pulmones se negaban a llenarse de aire, de forma que sentía que se ahogaba.

Quería llorar, gritar, reír, darle un buen golpe a ese hombre, irse y no volverlo a ver, lanzarse a sus brazos y no soltarlo jamás. Todo eso a la vez.

Cuando el frío de la noche golpeó contra su cara, una parte de ella regresó a la vida. Apoyó sus manos sobre el barandal del balcón, tomó una gran bocanada de aire y cerró los ojos, calmando con ello su revolución interior.

No estaba sola, era muy consciente de ello, había un par de personas más disfrutando de las vistas al jardín y pudiera ser que su actitud generase comentarios, pero poco la importaba.

Solo necesitaba poner su cabeza en orden antes de volver al salón.

—¿Se encuentra bien, lady Eliana?

Esa voz la tensó de inmediato, obligándola a enderezar la espalda y hacer una reverencia.

—Excelencia, discúlpeme, no lo había visto. Solo necesitaba un poco de aire.

—Oh, no tiene de qué preocuparse —desestimó la duquesa viuda—. A veces todos necesitamos unos segundos de soledad. Me preocupó verla caminar de esa manera, y quería asegurarme de que se encontraba bien.

—Lo estoy.

—Bien. Si no le molesta, milady, me gustaría hacerle unas preguntas.

Eliana enderezó su espalda y negó con la cabeza, dejando atrás todo lo que la atormentaba. Tenía que demostrar ser toda una dama.

—Adelante, excelencia.

La mujer se acercó un poco más, buscando una conversación privada. Nadie tenía por qué escucharlas hablar sobre tales cuestiones.

—¿Qué tal va su primera temporada social? ¿Ha puesto ya sus miras sobre algún caballero?

Eliana soltó una risita nerviosa. La duquesa viuda de Pemberton no era especialmente conocida por su delicadeza y, teniendo en cuenta sus habilidades como casamentera, no debía sorprenderle que le hiciera semejante pregunta. Cabía la posibilidad de que en algún momento su madre podría requerir de su ayuda para que obrase su magia en ella. Al fin y al cabo, la condesa de Pembroke no tenía muchas esperanzas de que Eliana lograra conseguir un buen matrimonio para la familia, debido a su excesiva timidez y aversión hacia los eventos sociales.

Capítulo 17

«Duquesa viuda de Pemberton:

Así tenga que llevarlo amarrado y obligado, le aseguro que allí estaremos.

¿Qué es lo que le hace pensar que puede ser provechoso?

Debemos darnos prisa, desde que regresó del campo no hace más que beber y apenas sale de su habitación.

Se niega a decirme qué fue lo que le ocurrió.

Siento que, de seguir así, llegue a caer terriblemente enfermo.

Estoy desesperada.

Necesita un motivo para continuar viviendo».

—Lamento mucho decirle que no sé cómo responder a esa pregunta, excelencia. Supongo que todo depende de las perspectivas. Hay quienes podrían decir que mi primera temporada no ha sido del todo buena, puesto que aún no cuento con ningún pretendiente. Esa, sin duda, sería la respuesta de mi madre —acotó evitando la segunda pregunta.

—Si quisiera saber lo que opina su madre le habría hecho dicha pregunta a la condesa. Sin embargo, deseo conocer qué es lo que opina usted. Después de todo, es su destino el que se va a decidir en caso de encontrar un pretendiente.

Eliana la observó con curiosidad, atenta a sus movimientos o reacciones.

—Supongo que va bien, deseo casarme. Pero antes de llegar a eso, me gustaría estar segura de que el caballero al que me una sea el correcto. No quiero una vida infeliz, no pido amor, pero tampoco quiero vivir en una eterna desgracia —respondió con sinceridad y, ante su sorpresa, la duquesa viuda sonrió.

—¿Ha comprometido sus afectos con algún caballero en particular?

Eliana bajó la mirada y mordió su labio inferior, sin saber muy bien cómo responder a ello. No podía decirle que estaba enamorada de un caballero que, según los rumores, no tenía corazón. Aunque, a su parecer, no era más que alguien desafortunado que no había logrado mantener aquello que tanto deseaba. Estaba segura de que, en el fondo, Francis ansiaba una mujer e hijos a los que amar con fervor.

—Lo lamento, excelencia, pero no sé si cometeré un error al responder a esa pregunta.

Desvió la mirada hacia el salón y sus ojos recorrieron el lugar esperando hallar al duque. No obstante, resultó un intento fallido. Ese movimiento no pasó desapercibido para Augusta.

—Oh, tranquila, creo que ya sé cuál es la respuesta —tomó su mano derecha entre las suyas y la miró con tanta ternura, que Eliana se sintió como si estuviera hablando con su propia progenitora, por lo que no supo cómo reaccionar—. Hay quienes opinan que las uniones o la vida en sí no debe ir más allá de la conveniencia y el deber. El caballero debe entender que su obligación es proveer honor, estabilidad y respeto a una esposa, a su título y a su familia; mientras que para la dama se trata de encontrar un matrimonio ventajoso, darle hijos y mostrarse siempre perfecta. Pero ¿qué es lo que usted quiere para su vida, lady Eliana?

Ella tomó aire.

—Aquello que mi familia espera para mí.

Ese debía ser su único propósito, ¿no?

La duquesa viuda sonrió y negó.

—Usted y yo sabemos que no es así. Tranquila, querida, tengo la certeza de que vendrán

cosas mucho mejores para su futuro, es posible que incluso consiga todo eso que desea; solo debe asegurarse de aprovechar cada una de las oportunidades que se le presentan.

—La duquesa viuda siempre muestra cierta tendencia romántica y esperanzadora cuando se trata del futuro de una joven casadera. No por nada la conocen como la mejor casamentera de Londres —intervino una dama tan elegante y hermosa que la dejó sin habla. Tenía la elegancia y la gracia de una princesa—. Lo lamento, ha sido un poco grosero por mi parte entrometerme en su conversación sin haber sido siquiera presentada —sonrió con dulzura y miró a la anciana, esperando que ella hiciese las debidas presentaciones.

—Oh, por supuesto. Lady Eliana, le presento a lady Katherine MacRury, condesa de Draymond. Kate, ella es lady Eliana Morei.

Al escucharle pronunciar el nombre de la dama misteriosa, lo reconoció de inmediato, se trataba de la hermana del anfitrión y, por ende, la nieta de la Augusta Basingstoke.

—En un placer conocerla.

—El placer es todo mío —respondió la joven con un tono dulce y una sonrisa, parecía como si estuviera hablando con Olive—. Y, continuando con la conversación que mantenían, porque he de admitir que escuché mucho más de lo que debería; en esta sociedad existen muchas normas para nosotras, así que, a mi parecer, lo único que realmente nos pertenece es nuestro corazón, de forma que le aconsejo que siga los dictados del suyo, seguro que con su guía alcanzará la felicidad que tanto se merece.

Las mejillas de Eliana se tornaron rosadas, nunca pensó que tendría una conversación de ese tipo con damas como aquellas.

—Lo tendré muy en cuenta, lady Draymond. Tiene razón, quiero ser feliz.

La aludida estaba a punto de responder, cuando un hombre gigante y fiero apareció y la abrazó por detrás. Era un caballero que con toda probabilidad sería capaz de intimidar al más peligroso de los bandidos con tan solo una mirada, su cabello largo y suelto era una característica que jugaba a su favor. Pero contrario a lo que cualquiera pudiera pensar, solo necesitó una mirada de su esposa, para parecer una fiera domada. Contemplaba a su dama con tanto amor, entrega y devoción que algo en el interior de Eliana tembló.

¿Quién no podría sentir un poco de celos y deseo por obtener algo así? No cabía la menor duda de que eran perfectos el uno para el otro.

—Mujer, no deberías estar aquí, aún debes de recuperar fuerzas antes de regresar a la vida social y más después del largo viaje hasta Londres. ¿Qué te parece si vamos a ver a nuestro pequeño? —espetó con el ceño fruncido.

¿Una orden? No, sus palabras se parecían más a una súplica. Su esposa lo miró y asintió.

—Estoy de acuerdo, pero antes, permíteme que te presente, milady, este es mi esposo Alexander MacRury, conde de Draymond —la joven realizó una reverencia—. Ella es Lady Eliana Morei, hija del conde de Pembroke.

—Un placer, milady, espero que la velada esté siendo de su agrado, pero me temo que debo llevarme a mi esposa, hace muy poco tiempo que hemos tenido a nuestro hijo y necesita descansar, aunque es un tanto necia, y no acepta quedarse en su habitación como debería. Si nos disculpan...

—Esposo, soy tan terca como tú de exagerado, el niño ha nacido hace más de una estación. Ya estoy recuperada —rebatía la condesa, esquivando con sutileza la mano del conde.

MacRury se limitó a mirarla con expresión exasperada, la dama ni se inmutó bajo su escrutinio, sino que arqueó una ceja desafiante. El escocés entrecerró los ojos, ella se mordió el labio inferior, y él gruñó en respuesta.

A continuación, realizó un leve movimiento de cabeza en su dirección a modo de despedida y, cogiendo desprevenida a su esposa, la cogió en brazos y se la llevó en volandas por el jardín.

La sorpresa reflejada en los ojos de Eliana, hicieron reír a la duquesa.

—Irán por la parte de atrás, así podrán desplazarse hasta la habitación sin toparse con alguno de los invitados —le explicó la dama—. Y en cuanto a usted, lady Eliana, solo déjeme decirle que no ha sido nada fácil conseguir que el duque de Bedford aceptase la invitación, así que debería aprovechar las oportunidades que le estoy dando y actuar en consecuencia.

Dicho esto, Augusta, golpeó el suelo con su bastón, le dedicó un pequeño guiño y volvió al salón con la espalda recta.

La joven dama mordió su labio inferior con nerviosismo, sin saber muy bien qué era lo que debía hacer. Se tomó un momento para analizar la pista de baile, y le encantó encontrar a Olive danzando a la perfección entre los brazos de un caballero, que por la distancia no lograba reconocer, pero si debía guiarse por la gran sonrisa en los labios de su amiga, se estaba divirtiendo a lo grande.

Suspirando, echó un vistazo más al salón y entonces lo encontró. Él estaba sujetando un vaso en su mano con un lico ámbar en el interior de este, su ceño parecía incluso un poco más fruncido de lo que solía habitar, pero lo que la dejó de piedra fue que sus ojos, esos con los que llevaba soñando las últimas noches, se hallaban fijos en ella. Todo su cuerpo tembló, aún no tenía la valentía necesaria para enfrentarse a él, había sido un poco iluso por su parte pensar que podría escaparse y aparecer en su casa como si nada para exigirle una respuesta a la pregunta que tantos suspiros le había robado.

No, no podía.

Sin dudar más, se levantó un poco la falda del vestido y, dando media vuelta, tomó el mismo camino que los condes habían seguido apenas unos minutos atrás. Tal vez con un poco de suerte llegaría al interior de la mansión sana y salva. Rogaba a Dios que así fuera.

Caminó entre las flores con lentitud, no solo porque no conocía el lugar, sino porque a pesar de que solía escaparse, siempre le llevaba varios minutos analizar el espacio antes de correr a la oscuridad. Extrañaba sus aventuras en las sombras de los jardines, mientras a lo lejos se llevaba a cabo alguno de los muchos bailes a los que nunca había querido asistir.

A medida que sus pasos avanzaban se fascinaba cada vez más con lo que sus ojos veían, la duquesa tenía el más precioso de los jardines, mucho mejor incluso que el de su madre y el de muchas de las mansiones que había recorrido durante los diferentes eventos sociales de los que tanto buscaba huir. Usualmente, los nobles preferían flores como las rosas, los lirios o las orquídeas; flores elegantes y hermosas usadas para impresionar, pero allí no parecía ser así, pues había claveles, magnolias, amapolas, tulipanes... incluso llegó a vislumbrar un par de flores de loto sobre la fuente, ubicada en la mitad del lugar.

Con la luz del sol, ese debía ser el paraíso.

Ansiaba detenerse, aunque solo fuera durante un par de segundos para deleitarse con todo aquello que la rodeaba, pero no podía hacerlo, no podía exponerse de esa manera.

Un par de pasos más adelante logró vislumbrar dos puertas y, con un suspiro de alivio, caminó hacia allí. Le había empezado a preocupar no nunca encontrar la entrada. Al llegar a la primera trató de mover el picaporte, pero este no cedió. Su corazón se aceleró y con todas las esperanzas puestas en la otra puerta se acercó a esta con mucha más premura de la que quiso, empezaba a asustarse, y esta sensación empeoró cuando esta tampoco se abrió.

Emitió un gruñido y, presa de la rabia, golpeó la madera tan fuerte como le fue posible.

En ese mismo instante un fuerte dolor cruzó su muñeca, por lo que tuvo que emitir un grito.

—¡Diablos! —protestó intentando masajear la zona lastimada, pero eso solo lo empeoró.

La frustración se apoderó de ella, dejó que su espalda descansara sobre la pared. Ya no tenía otra opción que volver al salón por el mismo camino por el que había llegado. Se ganaría una reprimenda de su madre por el estado del ruedo de su vestido y tendría que enfrentar al duque. Últimamente nada salía como ella deseaba.

Observó por un momento la luna llena, pidiéndole el valor que le estaba faltando, esta se mostraba hermosa y brillante, digna de ser retratada. Estaba segura de que ella había sido testigo de muchas historias de amor.

—Ese no es un lenguaje propio de una dama, lady Eliana —dijo esa misma voz que llevaba atormentándola mucho más de lo que le gustaría—. Aunque empiezo a sospechar que no le han enseñado a comportarse como tal.

—Poco me importa lo que usted pueda pensar, excelencia —espetó con frialdad, esperando que el duque no notase que su corazón parecía estar a punto de salirse del pecho.

—No se trata de lo que yo pueda pensar, milady. El hecho es que usted, además de no comportarse como debería hacerlo una joven de su posición, tiene la fea costumbre de ponerse en riesgo. ¿Sabe usted el peligro que corre cada vez que huye hacia algún jardín desolado? ¿Qué pasaría si se topase con un maleante dispuesto a dañarla? Es usted una insensata.

Ella apartó la mirada de la luna y se fijó en Francis. Si la situación fuese diferente, se podría alegrar de tener un momento para hablar a solas con él. Sin embargo, no debía olvidar que el duque solo parecía interesado en reñirla por sus actos.

—¿Qué más le da, excelencia? No ha sucedido y eso es lo más importante, ¿no? En el futuro seré más cuidadosa, si eso consigue tranquilizarle. Ahora, si me disculpa, debo encontrar la manera de entrar o no me quedara más remedio que volver al salón.

Sin añadir nada más, dio media vuelta y observó la larga pared. Tal vez hubiera alguna otra puerta por allí para poder utilizar.

Sin esperarlo, Bedford la cogió de la mano y la llevó varios metros más allá hasta una entrada casi imperceptible. Se internaron en la mansión por un pasillo desierto y apenas iluminado, Eliana que aún se estaba recuperando de la sorpresa que le había provocado, no pronunció palabra alguna.

—Es usted la mujer más insensata que he conocido. Su hermano me había dicho, que ha disfrutado de las mejores escuelas e institutrices, así que ellos debieron enseñarle a comportarse, aunque todo parece indicar que fallaron en su propósito.

Ella se liberó de su agarre de un tirón, pero no midió sus movimientos y se olvidó de que había sido con esa misma mano con la que había golpeado la puerta, por lo que un agudo dolor la hizo gemir.

Francis se puso alerta y, sin dudar, tomó su muñeca entre sus manos, desplazó el guante sin prestar atención a su jadeo escandalizado, evaluó con preocupación el daño, y tras una rápida inspección, la abrazó por la cintura, y la guio hasta la segunda habitación a la derecha, la cual apenas estaba iluminada por la luz crepuscular que se colaba por las ventanas.

—Se mueve como si conociera el lugar a la perfección —comentó, evitando pensar en el calor que explotaba en su cuerpo en cada uno de los lugares en los que él la estaba tocando.

—Conozco a la duquesa viuda desde hace ya un tiempo. He estado en esta casa en más de una ocasión, así que sí, gracias a que siempre he sentido cierta fascinación por explorar, conozco bastante bien la mansión —la soltó y le vio dirigirse hacia una de las esquinas en la que se inclinó a rebuscar en el interior de un mueble—. Siéntese, debo revisarle la muñeca.

Eliana no tenía la más mínima intención de obedecerlo, odiaba las órdenes y mucho más si estar eran dadas con el tono de voz que el duque estaba usando. Sin embargo, este le lanzó tal mirada que, por prudencia, prefirió seguir sus indicaciones.

Ella escuchó que Francis rasgaba algo, y un par de minutos después se situaba frente a ella con un par de tiras de tela blanca en su mano. Se arrodillo frente a ella y tomando su mano entre las de él, empezó a masajear la zona adolorida en absoluto silencio. La dama apenas podía ver su apuesto rostro en la penumbra parcial.

—¿Te duele? — preguntó el caballero.

Sí, tenerlo cerca dolía, pero no era ese tipo de dolor al que él se refería.

—Un poco... es soportable.

—Bien, entonces solo se trata de una torcedura. Usaré esto para vendar la zona, así que, por un par de días, será mejor que no hagas mucho esfuerzo con esa mano.

Ella asintió. El caballero continuó con su labor hasta que ató ambos extremos de la improvisada venda, y no se detuvo hasta que estuvo satisfecho con su trabajo.

—En un par de días se habrá recuperado.

No dijo nada más, solo se puso de pie, dejó las tiras restantes sobre una de las mesas y caminó hasta una de las ventanas. Parecía empeñado en alejarse de ella.

—¿Y? ¿eso será todo? ¿Para eso me has seguido? ¿Vamos a hacer como si todo lo que tiempo atrás sucedió entre nosotros no hubiese existido? Está siendo injusto, excelencia. Usted ha aprovechado la libertad que tiene para llegar a una decisión, sin tomar en cuenta mi opinión cuando no solo se trataba de su futuro el que estaba en juego, sino también del mío. De forma que me ha condenado a una vida que no deseo —le reprochó poniéndose en pie con las rodillas temblorosas.

Necesitaba decirlo, no supo de dónde había sacado la valentía para hacerlo, pero le alegraba, porque si ese era su final, por lo menos le diría lo que pensaba de verdad. Después de todo ya no tenía nada que perder, no le tenía a él.

—Tú no lo entiendes, Eliana, tu hermano tiene razón, no pienso obligarte a vivir en medio de la soledad y la tristeza. Eso sí que sería condenarte y tú eres demasiado alegre y vivaz para algo así. No tengo nada que ofrecerte a cambio.

Ella caminó hacia su amado con paso lento, esperando que no la detuviese.

—Puedes amarme.

—El problema es que no tengo un corazón para ello.

Capítulo 18

—En eso te equivocas, yo sé que sí lo tienes y lo quiero para mí. Mi corazón te pertenece, tu corazón me pertenece —comentó poniendo su mano sobre su hombro para instarle a girarse hacia ella.

Francis mantuvo la mirada baja, demasiado afectado por lo que causaba en sus emociones haberse reencontrado con lady Eliana, después de haberla añorado a cada instante. Su necesidad por ella había escalado a tales proporciones que aún a sabiendas de que él no era lo que le convenía a aquella dulce dama, y que pendía sobre sí la amenaza de su amigo Morei, se había decidido presentar de igual modo en el baile, incapaz de refrenar su ímpetu.

Desde que había puesto un pie en el salón, había sido consciente de la presencia de la joven, también había sido testigo del momento en el que una joven demasiado escandalosa se le había acercado y estuvieron riendo y mirando a Harrow, y mucho más cuando se atrevió a bailar con el estirado marqués, a quien solo se contuvo de golpearle porque si la dama estaba siendo agasajada por Harrow, se debía a su propia cobardía. Al ver que ella advertía su presencia, y en lugar de obsequiarle con su espléndida sonrisa, en su rostro se había formado una mueca indescifrable por la cual su pecho se contrajo de auténtico pánico. Cuando constató que abandonaba con prisas la estancia dirigiéndose al jardín, vaciló y segundos después se encontró escabulléndose también, pues de solo imaginar todos los peligros que podría correr, sus pies se movieron tras ella de manera automática.

—Francis...mírame...—rogó ella, y él tragó saliva.

Deseaba tanto lanzar por la borda todos sus temores y prejuicios, pero temía convertir su vida en una pesadilla, tal y como su amigo le había reprochado. Tenía que contenerse, llevarla de inmediato de regreso al salón, en lugar de estar allí, tentando al demonio y provocando a su locura. El problema era que al tenerla tan cerca, percibía el olor que desprendía y su decisión flaqueaba. El deseo de tomarla en brazos y besarla hasta perderse en ella se volvía casi insoportable.

—¿Qué te hace pensar que tengo algo que ofrecerte? —preguntó, ignorando la forma en la que su cuerpo le pedía a gritos que la tomara como tanto necesitaba hacer.

—Lo sé porque solo me hace falta mirarte a los ojos para saber que cada parte de tu ser me ansía, así como cada parte de mi ruego por ti; lo sé porque escucho cómo tu corazón quiere salirse de tu pecho, al igual que el mío. Lo sé, porque te amo más que a mí misma y sé que tú también me amas.

—Por favor, Eliana, no lo hagas más difícil —suplicó con la voz ronca y la respiración agitada.

Ella tomó su rostro entre sus manos y lo elevó hasta poder ver esos preciosos ojos que tanto amaba.

—Apuesta, Francis, apuesta por nosotros.

Él bajó la vista hasta esos labios que causaban estragos en su interior.

—¿Cómo puedo hacerlo? Soy un hombre solitario, sin familia, no tengo nada más que una tía, mi mansión parece una casa fantasma, me he acostumbrado a estar solo y he de admitir que he tomado la costumbre de beber hasta perder la conciencia. No quieres estar conmigo, cargo con demasiados demonios a cuestas. Tu hermano tiene razón Eliana...soy malo para ti, te arrastraré a mi abismo.

El cuerpo del duque tembló, apoyó sus manos sobre la curvatura de su cintura y se limitó a disfrutar de lo que sus ojos veían, ese precioso y hermoso rostro que tanto le fascinaba.

—Creo que eso solo lo puedo decidir yo, también es mi futuro el que está en juego.

—Amor mío, mis padres fallecieron, mi hermano falleció, mi hijo falleció, mi esposa falleció. En mí no hay más que amargura y soledad. Tú mereces mucho más.

La joven mordió su labio inferior, dio un paso más acercándose tanto como era posible, un movimiento más y ni la más fuerte brisa podría separarlos.

—No me importa qué es lo que merezco según tu forma de verlo. Tú eres todo lo que quiero y eso es todo lo que me importa. ¿Es que aún no has entendido que ni siquiera me interesa asistir a los eventos sociales? No quiero una vida fastuosa, ni multitudes ni bailes; por si no lo has notado no soy muy buena en ellos y acostumbro a huir cada vez que puedo. Me harás la mujer más feliz del mundo, si me permites quedarme atrapada contigo en tu mansión fantasma, solo necesito un jardín amplio y estaré encantada. Francis, mi amor... déjame ser la luz que ilumine tu vida. Puedo hacerlo. No quiero más, solo a ti. —murmuró con ahínco, contemplándolo de hito en hito.

Se puso de puntillas, pues anhelaba besarlo, se moría de ganas por volver a probar el dulce sabor de sus labios, pero no era tan valiente. Ya había dicho todo lo que quería transmitirle, le había servido su corazón en bandeja. Ahora le tocaba a él mover las fichas, tendría que ser él quien diese el último paso.

—¿Cómo sabes que soy el hombre indicado para ti? —preguntó haciendo uso de la última gota que le quedaba de sensatez.

¿Qué más podía decir? Estaba loco por esa mujer. Y así el haber puesto los ojos en ella, la condenase a un infierno, aunque pudiera perderla y con ella que su razón desapareciera para siempre, la realidad era que las cartas ya estaban echadas, y ya no podría alejarse de ella, ni mucho menos dejarla atrás.

—Esa es la cuestión, no hay forma de tener la certeza de nada, lo único que tengo muy claro es que mi corazón no hace más que repetirme que tú eres el único hombre al que podrá amar, y que debo luchar por ello. Quiero apostar por nosotros, así, incluso si llego a perderlo todo, al menos tendré la tranquilidad de que habrá valido la pena porque seguí los designios de mi corazón y luché por encontrar el amor.

—¿Estás segura de que lo que sientes es amor? Yo no te merezco —inquirió exponiendo sin ambages su máximo temor.

Eliana sonrió.

—Te amo con todo mi corazón, Francis Levenson. Sin embargo, la pregunta correcta sería, ¿tú me amas también?

Él sonrió como llevase años sin hacerlo, pues su ferviente declaración, arrasó con cada resquicio de oscuridad, dejándole sin aliento. Ya no podía seguir luchando contra lo inevitable.

—Nunca conocí el amor, jamás creí que pudiera albergar tal sentimiento, hasta que te conocí. Lo que siento por ti es tan grande... Te amo, Eliana Morei, con todo lo que soy, y todo lo que tengo —sus palabras provocaron un estallido de felicidad en la dama, quien, emocionada, lanzó un grito bajo y se aferró a él emocionada. Él la tomó por la barbilla para acercarla más, y con sorna prosiguió—. Más te vale dejar de recorrer los jardines por las noches y de cabalgar como si no pudieras matarte o juro que me llevarás a tumba. No podría perderte, no a ti.

Y sin dudarle por un segundo más, la abrazó con fuerza entre sus brazos y la besó.

En el mismo instante es el que sus labios se unieron a los de ella, fue como si para Francis el mundo recobrara la vida, como si el sol volviese a brillar, como si la soledad y las tristezas

desaparecieran para ser convertidas en plenitud, alegría, dicha y gozo. Eliana Morei acababa de traerlo de vuelta, le estaba dando todas las razones que necesitaba para continuar y sonreír. Ya no solo se limitaría a subsistir, quería vivir mientras fuese ella quien lo acompañase en el día a día.

—Jamás me vas a perder. Soy tuya, y así será por y para siempre —dijo entre besos aferrada a su cuello, sintiéndose por fin en casa.

Por fin tenía el corazón de su caballero prohibido, y se sentía la mujer más afortunada por ello. Sus brazos eran su hogar, no necesitaba más.

Sus lenguas se movían en un compás perfecto, mientras sus manos se desplazaban sobre el cuerpo del otro, explorando, disfrutando de las sensaciones que esas caricias furtivas iban dejando a medida que calentaban su sangre. En algún momento ambos terminaron tendidos sobre la alfombra. Francis estaba sobre ella y mientras su mano derecha se movía por la curvatura de su cuerpo, la izquierda viajó por sus piernas hasta encontrarse con el borde de su falda, que fue subiendo con mucha lentitud, tomándose el tiempo para disfrutar de la forma en la que su corazón se aceleraba y sus besos sobre su cuello le robaban un par de gemidos apenas perceptibles.

Él detuvo la inspección de sus piernas por un momento, mientras sus ágiles manos aflojaron un poco el fuerte lazo que sostenía su vestido, solo lo suficiente como para liberar sus preciosos y cremosos senos de su prisión. Los observó por unos segundos, fascinado con lo que sus ojos veían, pues su piel era toda una tentación, que le pedía a gritos ser probada, y el pezón rosado que se elevaba en la punta parecía un dulce que hizo su boca agua.

Sus mejillas enrojecidas, sus labios ligeramente abiertos, su pecho subiendo y bajando con rapidez, su piel a la espera de sus labios... Todo en ella era perfección, pero lo que lo hechizó fue la forma en que lo miraban ese par de preciosas esferas azules verdosas, las cuales lo llenaban de tanta calidez y amor que el mundo desapareció a su alrededor. Solo eran ellos dos y el inmenso amor que se tenían el uno por el otro.

—Eres lo más hermoso, precioso, perfecto y tentador que he conocido en mi vida. Quiero hacerte mía hasta que la vida me lo permita, porque prefiero la muerte antes de negarme a la delicia que eres. Necesito hacerte mía, mía y solo mía.

En el momento en que sus manos sintieron la suavidad de sus muslos algo en su interior estalló.

—Quiero ser tuya —susurró ella en un gemido ardoroso, protestando cuando a escasos centímetros de su centro de placer, él detuvo su avance.

Francis se apoyó en uno de sus brazos, cuando estuvo a las puertas de su feminidad, pues sabía que una vez ahondara en su intimidad, ya no podría detenerse.

—Y lo serás, serás por completo mía, pero no así, no aquí. Tú mereces mucho más que un encuentro furtivo en el suelo de uno de los salones para el té en una casa que no es nuestra. El día en el que te posea, quiero que lleves mi nombre y que cada vez que salgas por la puerta te llamen duquesa de Bedford, antes de eso, no lo haré.

Le dio un par de besos más en sus pechos, cuello y labios. Se recreó en estos hasta que la vio estallar en sus brazos y refulgir de adentro hacia afuera. Una visión tan excelsa que, de no haber estado ya rendido a sus pies, hubiese provocado que cayera ante ella sin remedio. Él era un esclavo de esa mujer, pues lo había cautivado en cuerpo y alma.

Finalmente se puso en pie y tomándola de la cintura la ayudó a levantarse, y a recomponer sus ropas.

Eliana estaba un poco trastocada.

—¿Entonces te vas a casar conmigo? —preguntó dudosa, mientras Francis fallaba al

intentar alisar la falda de su vestido con sus manos.

Su vestido era un auténtico desastre, no había forma de arreglarlo, y él no se veía mucho mejor.

Él la estudió.

—¿Todavía lo dudas? —la joven encogió sus hombros con ligereza a modo de respuesta, así que él tomó su rostro entre sus manos y unió su frente con la de ella—. Tu hermano me va a matar Eliana, pero ni él ni nadie en este mundo van a poder impedir que te convierta en mi esposa —sin más, soltó su rostro y apoyó una rodilla en el suelo—. Lady Eliana Morei, ¿aceptaría casarse con este hombre que creyó no tener corazón, cuando lo único que necesitaba era que aparecieras para que lo hicieras latir de nuevo?

Ella sonrió como lo haría una niña al que le acababan de dar su dulce favorito.

—Sí, quiero casarme contigo, Francis Levenson, y más te vale recordar que tu corazón me pertenece. Es mío y solo mío.

El duque se puso de pie y, abrazándola con fuerza, se besaron una vez más, sellando así su promesa, su amor.

Tras muchos besos, ella buscó la forma de disimular un poco lo que acababa de suceder, y su aspecto no ayudaba al respecto.

—¿Qué le vas a decir a Leonard? —preguntó mirándose en un espejo, mientras intentaba componer su peinado, aunque resultaba evidente que estaba hecho un desastre.

—No debes de preocuparte por ello, ya me ocuparé yo del asunto. Por ahora, necesito llevarte a casa sin que nadie lo note. No puedes regresar al salón con ese aspecto, no permitiré que nadie se atreva a perjudicar tu reputación.

Tenía muy claro lo que no deberían de hacer, pero no estaba muy seguro de cuál debía ser el siguiente paso a seguir.

Eli soltó una risita al ver la cara de preocupación de Francis, lo cierto era que poco le interesaba lo que pudieran comentar. Después de todo, pronto sería la duquesa de Bedford y una posición como esa conllevaba ciertos beneficios.

—Cálmate, lo vamos a solucionar. En el salón está Olive, es mi mejor amiga, no sé si llegaste a verla; se llama Olive Harft, hija de los condes de Lourgh, ella te ayudará en lo que sea que necesites. Eso sí, primero arregla un poco tu pelo y estira tu traje —terminó jocosa al ver la mortificación del duque.

Bedford ideó una idea para ayudarla a salir de allí, aunque entre sus planes necesitaba la intervención de aquella joven dama, no sabía si sería buena idea, pero debía intentarlo al menos. De todos modos, en caso de que llegase a fallar, la boda tendría que adelantarse, lo cual no sería tan malo en realidad.

—Bien, ya sé qué es lo que debo hacer, tú no te muevas de aquí —caminó hacia la puerta, pero antes de abrirla, se detuvo como si acabase de recordar algo, volvió junto a ella y la besó—. Por favor, Eliana, quédate aquí —rogó, sabiendo que con ella funcionaban más las solicitudes que las órdenes.

—Lo prometo, no me moveré de aquí.

Una vez satisfecho, salió de la sala de vuelta al salón. Recorrió aquel camino esperando no dar un giro erróneo. No estaba del todo seguro cuál era, aunque se sintió orgulloso de sí mismo cuando la música no tardó en inundar sus oídos. Estaba tan concentrado en encontrar a la amiga de Eliana, que no tuvo la suficiente precaución y terminó chocándose con uno de los invitados.

—Lo lamento...

No obstante, en cuanto vio al culpable se arrepintió y deseó haberlo golpeado con más

fuerza, tal vez hasta le habría tirado al suelo o le hubiese propinado un buen golpe, era lo mínimo que se merecía.

—Bedford, hace ya varios años que no tenía el placer de verlo.

La ceja del duque se elevó con un cierto toque burlesco.

—Harrow... sí, me temo que no soy muy dado a los eventos sociales.

—Espero que eso cambie, de forma que pronto tengamos el placer de compartir una copa de whisky, dado que comparto su misma aversión.

El duque enderezó la espalda y posicionó sus manos tras esta, esbozando la pose que durante tantos años le habían pedido que perfeccionara. Esa que no dejaba lugar a dudas de su posición.

—Puede que sí, aunque creo que tendré que afilar mis dotes sociales. Después de todo planeo casarme y jamás privaría a mi esposa de los placeres de la temporada social.

La sorpresa resultó evidente en el rostro del marqués. No todos los días se escuchaba al más escurridizo y solitario duque declarar que estaba listo para caminar hacia el altar. Tenía cierta curiosidad por saber quién sería la dama capaz de conseguir tal logro. El caballero abrió la boca para replicar, pero entonces pareció vacilar.

—Pues en tal caso, le informo que no será el único en contraer nupcias, es más, creo haber encontrado a la mujer indicada en este mismo baile. No suelo bailar con muchas damas, solo lo hago con aquellas que atraen mi atención.

Un escalofrío recorrió la espalda de Francis, a pesar de no haber estado presente todo el evento, algo en su interior le dio la certeza de que hablaba de Eliana.

Capítulo 19

«Querida lady Wends:

Creo que mi labor aquí ha terminado. Después de todo, me encargué de marcarle todas las pistas necesarias para que su sobrino encontrase a la dama correcta. El resto ya depende de él.

Además, creo que, tras lo sucedido, estoy segura de que su sobrino ansía unirse en matrimonio a cierta dama.

No tiene de nada lo que preocuparse, es la mujer indicada, resulta perfecta para él. Asegúrese de enviarme la invitación a la boda, es un evento que no me gustaría perderme. No todos los días cazan al hombre más escurridizo de todo Londres.

Nadie creía que él volvería a casarse».

Duquesa viuda de Pemberton.

—En ese caso le deseo la mayor de las suertes, Harrow, espero que encuentre la dicha conyugal.

Hizo un leve movimiento con su cabeza y se dirigió hacia la amiga de su amada con la firme decisión de solucionar el asunto con el hermano de Eliana lo antes posible. No iba a permitir que ningún idiota se interpusiera en su camino, amaba a su dama y no estaba dispuesto a perderla.

Una parte de él deseaba volver y darle un buen golpe al marqués, o retarlo a duelo por atreverse si quiera a pensar en que Eliana podía convertirse en su esposa. Sin embargo, teniendo en cuenta que nadie sabía lo que sucedía entre ellos, perdonaría su falta, pero se aseguraría de mantener a su dulce dama muy lejos de ese hombre, que no le generaba la más mínimo de confianza.

Tal era la ofuscación del duque, que no se percató de la figura que observaba su retirada, con mirada sabedora. Cuando Bedford se perdió por el recodo del pasillo, Harrow prosiguió su camino, cuidándose de no demostrar en el gesto de su cara que había advertido la silueta femenina espiando desde una de las habitaciones.

Había hecho bien en provocar al duque con aquel comentario sobre lady Eliana, pues si el caballero acababa de comprometer la virtud de la candorosa jovencita, quien parecía demasiado ingenua para su propio bien, le convenía apurarse a reparar el daño, y no había mayor aliciente que el que él le había dado de manera desinteresada. Con esa ya eran dos las ocasiones en las que había intervenido de forma altruista para ayudar a alguna pareja en apuros.

Una vez llegó al vestíbulo principal, pidió su carruaje de inmediato. Ya no le quedaba nada más que hacer allí, su madre no podría reprocharle su participación en el evento de los Pemberton, y aunque salía de aquel baile tan soltero como había llegado, al menos había realizado la buena acción del día. Una vez en su carruaje, se le ocurrió que tal vez sí que debía preocuparse, empezaba a contagiarse de los intentos casamenteros de su venerada progenitora, y no se le ocurría nada menos propio de su persona, que hacer algo semejante. Si no encontraba pronto a la futura marquesa, terminaría por enloquecer en más de un sentido.

—¿Lady Olive Harft? —preguntó Francis, acercándose a la dama, en el mismo momento en el que sus dos acompañantes se descuidaron por un momento. La aludida se giró y lo observó con curiosidad—. Le agradecería que simulásemos, que ya hemos sido presentados. Sé que es muy descortés y grosero por mi parte acercarme de esta manera. No obstante, tenemos una

conocida en común que nos necesita.

Ella asintió con rapidez.

—Excelencia... —saludó realizando una perfecta reverencia. Las otras damas presentes fueron consientes de la presencia del duque y los celos resultando evidentes en sus rostros, aunque no era de extrañar, pocos solían tener el placer de su compañía.

—¿Podría pedirle un par de minutos? —Olive asintió de inmediato, se disculpó con sus acompañantes y siguió a Francis hasta la mesa de los refrigerios.

—¿En dónde está Eliana? —inquirió la dama preocupada por su amiga con una mirada asesina que le dejó muy en claro que debía ser cuidadoso con las palabras que estaba por usar—. Por ella haría lo que fuera.

El duque sonrió.

—Me alegra escuchar eso. Eliana, está en perfectas condiciones, aguardando en uno de los salones para el té en la entrada trasera de la mansión. El problema es que no se encuentra en condiciones de volver aquí, por lo que necesito que me ayude a sacarla de la mansión sin levantar sospechas —la preocupación en sus ojos pareció incrementarse, por lo que él prefirió especificar un poco más—. Para su tranquilidad, ella está ilesa, solo que su atuendo no se encuentra en las mejores condiciones.

No pudo decir más, de hacerlo podría poner en duda la virtud de su dama y no estaba dispuesto a llegar a ello.

Olive mordió su labio, pensativa, analizó la situación por un momento, pero por más que lo pensó siempre surgía algún nuevo inconveniente.

—Por más que quiera ayudarlo, no hay mucho que yo pueda hacer. La última vez que todos los presentes vimos a Eliana caminaba hacia el balcón seguida de la duquesa viuda de Pemberton. Por ende, no podemos decir que se sintió mal y se fue conmigo, no tendría lógica. A mi parecer, es la única que puede ayudar en todo esto es la duquesa viuda, solo ella podría encontrar la excusa perfecta para sacarla de aquí sin llamar la atención.

Bedford también lo había pensado, aunque se negó a aceptarlo, era un riesgo demasiado grande, pero si no le quedaba más alternativa, lo haría.

—Quería pensar que tenía otra opción...

—Como yo lo veo, lamento indicarle que no. En este caso específico necesita una aliada mucho más grande que una simple joven.

Francis la miró fastidiado, y tras soltar un bufido, se despidió como era indicado. Se tomó un momento para pensar las cosas, si la duquesa viuda lo ayudaba entonces sería su salvación y Eliana no tendría de qué preocuparse. En caso contrario, si llegaba a divulgar algo de lo sucedido o se negaba a participar de tamaña locura, entonces no le quedarían más opciones que buscar una licencia especial a primera hora y casarse con su dama en cuanto el sol saliese, aún si ello implicaba tener un enfrentamiento con Leonard, porque si de algo estaba seguro era de que su gran amigo jamás podría perdonarle que se casase con su hermana después de que le había prohibido estar cerca de ella. El problema era que, por fin, después de muchos años, se sentía vivo y todo era gracias a ella, así que perderla no iba a ser una opción.

Eliana Morei era su salvación y él dedicaría su vida en hacerla feliz o moriría en el intento; le daría todo, no solo aquello que podía comprar con dinero, sino también todo el amor que existía en su interior.

En busca de su excelencia, hizo algo que llevaba años sin practicar, recorrer un salón y saludar a los presentes con una sonrisa en sus labios. Fue algo que no pasó desapercibido para nadie, mucho menos para las matronas o jóvenes casaderas, pues no tardaron en acercársele

haciéndolo sentir un poco incómodo.

—¡Excelencia! —dijo alguien, pero él estaba concentrado en huir de allí ileso y con la ayuda de la duquesa viuda.

—Si me disculpa, milady —respondió educado, esquivando a la dama que se cruzó por su camino. La duquesa estaba cerca, un par de pasos más y llegaría hasta ella.

Llegó hasta la duquesa viuda de Pemberton, quien charlaba alegremente con varios invitados, y una vez a su altura, carraspeó llamando su atención. La dama se giró y lo observó con una ceja elevada y una mirada llena de curiosidad, era una verdadera sorpresa para ella.

—Bedford...

—Excelencia. Espero no ser inoportuno, pero me gustaría compartir con usted un par de palabras, si no le molesta.

La expresión en el rostro de la mujer fue como si acabara de recibir una gran recompensa.

No tenía la certeza de cuál era la razón por la que el duque de Bedford, en lugar de haber huido como había supuesto, le solicitaba una audiencia con ella, pero algo le decía que estaba relacionado con sus actividades como casamentera y su reciente intervención.

—Por supuesto —se giró hacia sus acompañantes y les hizo una ligera inclinación—. Si me disculpan...

Guió al duque hacia una de las bibliotecas ubicadas en la parte inferior cerca del gran salón. En su momento habían creadas para su recreación y descanso, aunque durante los últimos días, sus labores le habían impedido disfrutar de ella como tanto le hubiera gustado hacer, por lo que permanecía descansado en la propiedad de las afueras de la ciudad junto a sus nietos.

En cuanto entró se dirigió hasta uno de los cajones y prendió una vela, la puso sobre una de las mesas centrales y entonces lo miró expectante.

—Muy bien, Bedford, ¿qué era eso que quería decirme? —preguntó yendo directa al asunto en cuestión, no era muy paciente y prefería acabar con ello de inmediato.

Francis se frotó las manos con nerviosismo, luego el cuello, tomó varias respiraciones profundas, aunque nada lo ayudó a calmarse.

—Supongo que no se hará más fácil con el tiempo, así que no me queda más opciones que decírselo. Esto puede sonar extraño y sé que es muy difícil de creer, pero debo pedirle un gran favor —ella asintió incitándolo a continuar—. Antes quiero dejar en claro que a pesar de las apariencias su virtud está intacta y estoy decidido a casarme con ella, todo esto solo lo hago para protegerla, ella es y siempre será mi prioridad.

El rostro de la viuda palideció al escucharlo.

—Vaya al grano Bedford, ¿qué es lo que necesita?

El caballero tomó aire.

—Lady Eliana no se encuentras en condiciones de volver al baile, así que necesito que me ayude a sacarla de aquí a salvo. No quiero que su reputación quede en entredicho y mucho menos que se generen rumores acerca del asunto. Le repito, su virtud está intacta y me casaré con ella, incluso ya le he pedido en matrimonio y ha aceptado. Solo que quiero hacer las cosas bien con su hermano y su familia.

La duquesa no sabía qué decir, jamás en su larga vida le habían hecho una solicitud de ese calibre, la cual casi la hacía sentir entre la espada y la pared. ¿Cómo podía saber que la joven no había sido mancillada? Lo que él le planteaba iba en contra de todas las normas de la sociedad. Lo correcto sería poner al corriente de lo sucedido a los padres de la involucrada, y que ellos tomaran las medidas pertinentes.

—Pero si ella está en perfectas condiciones, ¿por qué no puede regresar al baile? Seguro

que puedo ayudarla a convencer a su madre de llevarla a casa, si el inconveniente es debido a un malestar.

Francis rascó su cuello con incomodidad.

—Ella está bien, aunque su atuendo se encuentra demasiado arrugado como para pasar desapercibido y su peinado se halla destruido por completo. Debo admitir que me tomé ciertas licencias con ella, pero excelencia, entiéndame, acababa de aceptar mi proposición de matrimonio. Solo puedo asegurarle que no he llegado a tomar su virtud — confesó mortificado. Se sentía como un colegial siendo interrogado por su tutor.

La mujer analizó la situación, a pesar de que tanto la tía del joven como ella, habían movido los hilos para llegar a ese punto y deseaban un matrimonio entre ellos, aquello no ameritaba afectar el buen nombre de la dama. Un acto inmoral no podía ser un medio para llegar a ello, pero si el daño estaba ya hecho como sospechaba, debía hacer la vista gorda, y, mientras estuviese en su mano, colaborar para que la pareja obtuviera la tan ansiada felicidad.

—Bien —accedió—. Me voy a encargar del asunto, pero usted debe quedarse aquí y socializar con mis invitados. Si lady Eliana, desaparece y usted tampoco es visto en el salón, será sospechoso ¿En dónde se encuentra ella ahora?

—En el salón del té más próximo a la entrada trasera.

Las cejas de la viuda se elevaron con diversión, era un sitio muy poco concurrido, así que habían elegido bien el lugar para un encuentro amoroso.

—Perfecto, ahora cumpla con su parte, que yo haré mi trabajo. Asegúrese de ser visto por los presentes y de bailar con un par de jovencitas.

Dicho esto, lo saludó con la cabeza, y, sin más, salió de la habitación dejando al duque sumido en el nerviosismo. La incertidumbre empezaba a apoderarse de él, ya que al día siguiente tendría una conversación muy importante con un gran amigo y esperaba no morir en el intento, ansiaba llevar a su amada al altar.

Un par de minutos después volvió al salón y cumplió con lo acordado, fraternizó con varios caballeros y llegó a compartir un par de palabras con las pocas damas a las que no pudo esquivar. Incluso bailó con una joven dama a la que presentaron como lady Georgiana Lovelace, cuya madre se la había endosado a la fuerza, y que parecía estar menos a gusto que él en ese lugar. Fue inevitable notar que los duques de Pembroke, ya no estaban presentes. Solo esperaba que Eliana estuviese bien y que no tuviese problemas con sus padres debido a lo sucedido.

Esa noche, cuando por fin creía pertinente retirarse, al llegar a su mansión ni siquiera intentó dormir, solo se sentó en su despacho con un vaso con agua mirando los documentos que tenía sobre la mesa como si fuesen los más interesantes del mundo, aunque su mente estaba muy lejos de allí. Se encontraban en su promesa con Eliana, en su deseo por hacerla feliz, por darle todo lo mejor de sí mismo. Esa era una de las razones por las que se había decantado por un vaso de agua y no una copa de whisky. Tenía mucho que cambiar y mejorar para poder darle el felicidad para siempre que ella merecía, y como buen caballero que cumple con su palabra, empezaría desde esa misma noche.

En cuanto los primeros rayos de sol se vislumbraron en el Este, pidió a su mayordomo la presencia de su abogado para esa misma mañana. Gracias a su título no tardó mucho en conseguir una licencia especial, por lo que, sobre el medio día, ya se encontraba en la entrada de la residencia de los condes, esperando a ser atendido por lord Pembroke y su hijo mayor.

Capítulo 20

—Excelencia, lord Pembroke le está esperando en su despacho —le informó el mayordomo, guiándolo hasta el lugar indicado.

El hombre cerró la puerta en cuanto el duque se internó en la estancia. Un sudor frío le recorrió la espalda al encontrarse enfrentándose a la seriedad del rostro de su amigo, quien parecía a punto de saltarle encima, dispuesto a clavarle un cuchillo en el cuello.

—Bedford, ¿hay algo en lo que le pueda ayudar?

La voz de su amigo estaba lejos de ser la usual, se hallaba en serios problemas.

—Debo hablar con ambos sobre una cuestión muy importante —aseguró refiriéndose tanto al padre como al hijo.

Eliana valía cualquier esfuerzo, se enfrentaría a quien hiciese falta para conseguir su mano. Sería su esposa, su mujer, su amante, su compañera de vida, su duquesa.

—Supongo que está relacionado con el hecho de que mi hermana regresó anoche a casa con el vestido y el cabello hechos un desastre. Respóndame una cosa, Bedford, ¿qué debería impedirme retarle a un duelo en este mismo instante? —Francis enderezó su espalda como un caballero a punto de entrar en una guerra—. Desde que ha vuelto, mi hermana no ha querido decir palabra alguna, pero tengo la certeza de que usted está relacionado con todo esto, a pesar de que en su momento le dejé claro que le quería lejos de ella.

El conde no estaba al tanto lo que sea que hablaba su hijo, pero Leonard parecía muy seguro al respecto. Leonard tenía la certeza de que el único hombre que podía estar implicado con su hermana era su amigo, o al que había resultado ser un supuesto amigo, quien con todo lo que estaba haciendo no dejaba de decepcionarlo cada vez más.

—Es libre de hacerlo si así lo considera pertinente, pero antes debo advertirle que pase lo que pase, me voy a casar con ella.

En ese instante, Leonard se lanzó sobre él con su puño en lo alto, decidido a estamparlo sobre su rostro. Sin embargo, el conde logró detenerlo justo a tiempo.

—Asegura que se casara con mi hija, pero lo único de lo que tengo constancia es que hasta ahora no ha tenido la delicadeza de pedirme su mano o de hacerme saber que estaba si quiera interesado en ella. Nunca se ha presentado ante mi solicitando mi permiso para cortejarla, y me temo que usted no afamado por su buen temperamento o predisposición para formar parte de esta sociedad, entonces, ¿qué es lo que tiene para ofrecerle a mi hija aparte de un apellido marcado por la mala ventura? —intervino lord Pembroke una vez consiguió calmar el temperamento de su hijo.

Aunque odiaba tener que aceptarlo, el miedo y los nervios empezaban a causar estragos en Francis, por lo que sus ideas no eran las mejores o las más indicadas, teniendo en cuenta la situación.

—Soy un duque. —El conde bufó.

—Lo lamento, excelencia, pero para mí no hay nada más importante que la felicidad de mi hija. Poco me interesa su título, bien puede ser un vizconde, un barón o hasta un príncipe, lo único que me interesa es su bienestar, así que aquí debe saber que el hecho de que sea el duque de Bedford no abogará en su causa.

Ante esa respuesta inflexible, no pudo hacer más que rogarle a Dios que le ayudase para convencerlos de su amor por Eliana, porque darse por vencido no era una opción.

—Entiendo sus razones para oponerse y negarme la mano de su hija, lord Pembroke, pero no me iré de aquí sin ella, a menos que acepte nuestro compromiso. Su hijo me ordenó alejarme de ella, creo que es bien sabido que la vida no ha sido fácil para mí y que, a raíz de mis pérdidas, lo único que he logrado hasta ahora ha sido alejarme del mundo y pasar mis días oculto en la bebida y la seguridad de mi hogar, esperando el momento en que el sufrimiento y la soledad acabasen y por fin pudiera descansar en paz. Pero todo cambió desde el mismo día en el que la conocí —adujo, sintiendo un nudo en la garganta.

Sin ser invitado, se acercó a la mesa ubicada en la esquina en donde varias botellas con diferentes licores descansaban sobre esta. Sin embargo, se limitó a servirse un vaso con agua. Bebió e, ignorando la mirada asesina en ojos del heredero, tomó asiento frente al enorme escritorio de madera.

—Para nadie resulta un secreto que cuando mi esposa e hijo murieron, una parte de mí falleció con ellos, perdí mi razón para vivir, sentí que no tenía motivos para continuar, así que solo dejé que los días siguieran pasando sin formar parte de ellos, vivía un poco por inercia. Decían que perdí mi corazón y, después de todo por lo que he pasado, hasta yo mismo me lo creí, aunque después de conocer y experimentar la locura y alegría de Eliana reconozco que todo ha cambiado para mí. Desde que ella apareció en mi vida, todo se ha llenado de colores. Desde entonces, me levanto cada día con la esperanza de encontrarme con ella, sintiendo curiosidad por lo que hará para seguir volviéndome loco o maravillarme tal y como lo hace, porque, con todo respeto, su hija tiene cierta tendencia para ponerse en peligro y acabar con la poca tranquilidad que me queda, pero eso es otra historia —sonrió al recordar cómo se habían conocido— La necesito en mi vida, porque ella hizo que mi corazón volviese a latir, que mi mundo hallase una razón o un por qué. La amo con cada fibra de mi ser, y pase lo que pase no la voy a perder. No me importa si para ello debo enfrentarme a usted o a todo Londres, pero Eliana se convertirá en la duquesa de Bedford.

Estudió a su amigo, ese que un día incluso había llegado a considerar un hermano, y en el fondo deseó no tener que desafiarlo, pues no quería perder lo que quedase de su amistad.

—Soy consciente de que lo que sucedió anoche no tiene explicación alguna, merezco ser desafiado a un duelo, y la verdad es que aún no me explico cómo es que no lo ha hecho. Sin embargo, puedo asegurarle que su hija sigue siendo virgen, y que, aunque mi comportamiento no ha sido del todo el debido, cumpliré con mi deber, y no solo porque soy un caballero, sino porque amo a esa mujer como a mi vida. De usted depende si quiere que su hija salga de aquí para casarse conmigo con su bendición o si me verá siendo obligado a raptarla, arrebatándosela de las manos, porque soy capaz hasta de conseguir una orden real solo para casarme con ella.

Por primera vez en su existencia, le agradecía a la vida ser un duque, porque si no le dejaban otra opción, sacaría provecho de su posición.

Tras la emisión de esas palabras todo se quedó en un rotundo silencio en el que cada caballero parecía inmerso en sus propios pensamientos. A pesar de que todos tenían en común a una persona específica, cada uno llevaba una guerra interna a su manera, aunque los tres buscaban la felicidad de Eliana.

La tensión era más que palpable, tanto que hasta el más pequeño detalle podría iniciar un enfrentamiento a muerte.

—Su excelencia, le pido tenga a bien aguardar un momento afuera. Tengo que debatir con mi hijo unos minutos, solo después podré darle una respuesta definitiva.

Francis dudó por unos segundos, pero al ver las expresiones infranqueables de los caballeros, se limitó a asentir y salió del estudio, sintiendo que sus esperanzas de ser aceptado

desaparecían.

Capítulo 21

«Duquesa viuda de Pemberton:

No puedo creer que todo esto esté sucediendo.

Lo cierto es que aún no salgo de mi asombro.

Supongo que solo usted pudo haber previsto una historia como esta.

Yo jamás hubiera logrado imaginarlo.

Espero que pronto nos reunamos a tomar el té, tenemos mucho de lo que hablar».

Lady Wends

Cuando sus padres llegaron hasta donde ella se encontraba, la mirada de decepción en los ojos de su madre la dejó sin habla, fue como si le clavarán un cuchillo en lo más profundo de su ser, y la forma en la que su padre la evitó solo empeoró la situación. Resultaba obvio que ellos no se habían creído aquella excusa perpetrada por la duquesa viuda. Sospechaban que ella había estado involucrada en algún comportamiento reprochable.

Durante el camino en carruaje, no se había atrevido a pronunciar palabra alguna, por lo que prefirió concederles su espacio, de forma ella también tuviera la oportunidad de pensar en algo que aliviase un poco la tensión. El problema fue que no se le ocurrió nada.

Al llegar a casa, uno de los lacayos la ayudó a bajar del carruaje, y al internarse en su casa, su madre la espetó:

—No tienes de qué preocuparte, Eliana, la duquesa se ha encargado de que tu repentina desaparición no generara rumores. Tu reputación está a salvo, solo espero que tu conciencia también y que sea lo que fuera que estuvieses haciendo, haya valido la pena el riesgo que has decidido tomar. En lo que a mí respecta, aún no me puedo creer que mi hija, esa que fue educada como una señorita respetable con todos los beneficios de la alta sociedad, se halla comportado de manera tan escandalosa, no era a esto a lo que me refería cuando te animé a disfrutar de tu temporada social. Me has decepcionado.

La condesa no le dio opción a responderle, se marchó, dejándola sola y con el corazón roto, jamás había pretendido lastimar así a sus padres. Ellos habían sido tan amorosos, siempre habían apoyado y respetado en todas sus decisiones. Tenía que solucionarlo.

Esa tarde mientras caminaba con tranquilidad por el jardín, su padre la mandó llamar a su despacho. Una vez allí, le indicó que Francis acababa de llegar, pero que ella tenía terminantemente prohibido acercarse a él, porque a pesar de que no tenían ninguna certeza de lo acontecido la noche anterior, el hecho de que el duque hubiera llegado de repente justo al día siguiente y con tal urgencia por reunirse con el conde, solo sirvió para que les proporcionase las piezas que faltaban para completar su rompecabezas. Ese que su hermano no había tardado demasiado en armar. Había intentado sonsacarle la verdad hasta que había terminado evitándole en su propia casa. No obstante, cuando la noche cay, ya no pudo seguir sosteniendo aquella situación.

El conde no le permitió negarse, por lo que apenas tuvo tiempo de asentir antes de ser arrastrada por su doncella hasta su habitación, así que ahí se encontraba, con los nervios de punta mientras su doncella estaba en la puerta, asegurándose de que no saliese.

—Debe calmarse, milady. Su padre tomará la mejor decisión para usted, él la ama y jamás haría algo que la dañase de alguna forma.

Ella suspiró, quería pensar que de verdad era así, pero eso no hacía que la espera resultase

más sencilla. Todo lo contrario, se moría por saber si su padre aceptaría o no su unión, porque estaba segura de que Francis había ido a pedir su mano en matrimonio, al fin y al cabo, se lo había prometido.

Para ser sincera, mientras la noche avanzaba y la soledad empezaba a hacer de las suyas, una parte de ella había temido que ese momento nunca llegase a suceder. Se empeñó en recordar cada una de sus palabras, de sus caricias, de sus besos, la que había sido la experiencia íntima más maravillosa de su vida. Sin embargo, los muchos defectos que a lo largo de su vida le impidieron ser una dama perfecta, le repetían las mil y una razones por las que no sería una esposa adecuada para un duque. Francis tenía muchos demonios encima, ¿sería ella capaz de sanar todas esas heridas? ¿Era tan grande y fuerte el amor que se profesaban el uno al otro? ¡Cómo le gustaría poder decir que sí!

Mientras la luz de la luna brillaba en lo más alto del cielo, se prometió a sí misma que si Bedford llegaba a pedir su mano en matrimonio y la convertía en su duquesa, ella se esforzaría por ser todo lo que él esperaba y necesitaba.

Un suave toque en la puerta la sacó de sus pensamientos. Todos sus sentidos se centraron en aquella madera, con la esperanza de que fuese su padre con una respuesta. Tal vez trajese la noticia de sus próximas nupcias, pero cuando su doncella abrió, al otro lado la esperaba el hombre que no dejaba de robar sus pensamientos.

—¡Excelencia! Usted no debería estar aquí... —murmuró su doncella aterrada asomándose y mirando de un lado a otro por el pasillo, asegurándose de que nadie los encontrase juntos.

—No se preocupe, tengo la autorización del conde para estar aquí. ¿Puedo hablar con lady Eliana a solas?

La acompañante se mordió el labio con nerviosismo.

—No sé si eso sea correcto.

—Tranquila, la puerta estará abierta en todo momento y puede esperarnos en el pasillo. Le puedo asegurar que el conde está de acuerdo con esto.

La criada no tenía más argumentos en contra. Hizo una reverencia y se retiró.

—¿De verdad mi padre te ha autorizado venir a verme?

Él asintió y se acercó, tomándola por la cintura.

—Así es, me permitió venir a decirte que nos casaremos en cuanto las amonestaciones sean proclamadas. A pesar de que he conseguido una licencia especial, se ha negado a aceptarla. Una boda tan precipitada levantaría muchos rumores, así que por tu bienestar hemos preferido hacer las cosas con su debido proceso. En dos días anunciaremos nuestro compromiso e iniciaremos todas las preparaciones. Serán solo un par de semanas más y después tendremos toda la vida para nosotros —anunció con entusiasmo contenido.

Eliana se lanzó a sus brazos presa de la felicidad, sería su esposa, se convertiría en la duquesa de Bedford.

—¡No lo puedo creer! ¡Es maravilloso! ¡Convenciste a mi padre y a mi hermano! —Francis hizo una mueca.

—Tu hermano me odia y exige una compensación por todo lo que ha sucedido. A su parecer, tu honor, aunque nadie se haya enterado, ha sido mancillado.

El terror se apoderó de la joven, quien palideció imaginándose lo peor. Le miró con los ojos muy abiertos, de forma que era probable que ni siquiera llegasen al altar.

—¿Te ha retado a un duelo? —preguntó aterrada.

Su amado la tranquilizó.

—No, por lo menos no uno a muerte, aún debo casarme contigo, pero sin duda recibiré un

par de golpes.

Al día siguiente, Leonard y Francis se encontraban en un cuadrilátero en el club de boxeo al que Morei solía asistir, mientras eran observados por el marqués de Harrow, quien entrenaba aparte y parecía estar disfrutando del espectáculo que los dos caballeros estaban montando, al menos eso creyeron por la inclinación de cabeza que les dedicó y su mueca sardónica apenas perceptible.

Como Bedford no podía morir, Leonard había sugerido una buena pelea, de forma que ambos pudieran desahogarse como solo ellos sabían hacerlo. De esa manera, el honor de su amigo sería resarcido.

—¿Estás listo? —preguntó Morei emocionado, ansioso por darle unos buenos puñetazos, que le recordasen al duque que todos los actos tenían sus consecuencias. Él no solo se había dedicado a seducir a su hermana bajo sus propias narices, sino que había prometido no acercarse a Eliana y debería cumplir con su promesa, por lo que más le valía llevarla hasta el altar.

—Supongo que no tengo otra opción.

—Entonces, empecemos.

Jacob, el entrenador hizo de juez y, posicionándose en el medio, les observó a ambos con detenimiento.

—Que sea una lucha limpia. Mucha suerte.

Movió sus manos dando por iniciado el enfrentamiento y los caballeros empezaron a acercarse a pasos lentos y medidos, siempre alerta de los acercamientos que daba el contrincante, aunque los pensamientos de Francis estaban muy lejos de allí.

—¿Qué evitó que terminásemos en un duelo a muerte? —preguntó tras esquivar uno de los puños de Morei, que apuntó contra su mejilla izquierda.

—Mi hermana —respondió.

“Al llegar a la mansión después del baile en casa de la duquesa viuda de Pemberton, Leonard caminaba con tranquilidad hacia el despacho dispuesto a tomarse una buena copa de whiskey. Había sido una noche demasiado caótica y necesitaba algo que le ayudase a pasar el mal trago que cierta dama acababa de causarle, cuando al pasar por enfrente del salón de música, un ligero llanto atrajo su atención.

Entró con mucho cuidado y siendo tan silencioso como le fue posible. Le sorprendió ver la sombra de su querida hermana sentada frente al piano, pasando sus dedos sobre las teclas sin llegar a tocarlas, mientras el brillo de la luna le permitía vislumbrar las lágrimas que humedecían sus mejillas.

—Eli, ¿qué pasa pequeña? —preguntó. La aludida dio un ligero brinco al escucharlo a causa del susto que le había causado su repentina aparición. Sin embargo, al instante se relajó y con un rápido movimiento limpió la humedad en su rostro.

—No es nada, Leo —su hermano se sentó a su lado y la abrazó por los hombros, dejando que su cabeza descansase sobre su pecho, era lo que solía hacer cuando años atrás, su padre la regañaba o castigaba.

—Lo cierto es que siento que no merezco tu cariño —confesó de repente dejándolo atónito.

—¿Por qué lo dices?

—Antes de contarte nada, debes prometerme que me escucharás y esforzarás por entenderme, porque, aunque es cierto que mi familia es lo más importante que tengo en el mundo, no se puede hacer nada en contra de las decisiones que toma el corazón, y de verdad quiero ser feliz junto al hombre que amo.

Leonard se tensó siendo consiente de cuál sería el rumbo de la conversación, pero terminó asintiendo.

Eliana giró un poco su cuerpo de tal manera que quedasen frente a frente y, moviendo sus manos con nerviosismo, empezó a hablar.

—En realidad me gustaría decirte que me enamoré de un caballero perfecto al que vas a aceptar con los ojos cerrados y por quien te alegrarás de mi decisión, y aunque para mí, sí es un perfecto caballero, sé que tu no lo ves de igual modo —esas simples palabras le dieron la respuesta que él había esperado, pero se limitó a tomar una respiración profunda y siguió escuchándola—. Estoy segura de que ya sabes de quien te estoy hablando. Me he enamorado de Francis. Después de lo sucedido en el campo, él estaba decidido a alejarse de mí, lo sé porque no hacía más que huir de todos los lugares en los que podía encontrarse conmigo y sus criados comentaron que desde ese día se sumió en el alcohol, la tristeza y la soledad. El problema es que no soy de las que se dan por vencidas con tanta facilidad, y quise luchar por eso que yo tenía la certeza de que podía ser amor.

Guardó silencio, dándose un momento para elegir las palabras correctas y poder continuar con su historia.

—Continúa. —la apremió el joven.

—Nos hemos encontrado por casualidad esta noche en casa de la duquesa viuda, y aunque él parecía dispuesto a evitarme, terminamos encerrados en uno de los saloncitos. Le exigí una respuesta por su cambio de actitud, pues era lo mínimo que me merecía después de que hubiéramos compartido unos momentos tan especiales. Le obligué a hablar y lo hizo. Ahí entendí que Francis solo intentaba cumplir con las exigencias de su gran amigo. Hablamos con sinceridad y aceptamos que nos amamos con todo el corazón, y que nos merecemos luchar por esta historia que no había tenido la oportunidad de si quiera comenzar. Me besó y supe que no podría ser otro hombre. Siempre sería él.

El rostro de Leonard se transformó.

—¿Se ha atrevido a mancillarte? —preguntó con la expresión de alguien que se encuentra dispuesto a matar a quien fuese.

Eliana lo negó de inmediato.

—¡Por supuesto que no! Mi virtud está intacta, pero me propuso matrimonio y yo acepté, así que mañana mismo vendrá a hablar con padre para pedir mi mano.

Él se quedó estupefacto ante la noticia, no supo cómo reaccionar y su hermana se sintió aterrada ante la idea de que todo terminase mal, porque, aunque se moría por pasar el resto de su vida junto al hombre que amaba, lo último que deseaba era perder a sus padres y hermanos en el proceso.

—Te lo ruego, hermano, te lo suplico, apóyame en esto. Sé que voy a ser muy feliz a su lado.

Para Leonard, todo lo que estaba sucediendo no resultaba nada fácil, Eliana era una mujer demasiado dulce, hermosa y alegre como para que terminase siendo prisionera de la soledad del duque de Bedford.

—Lo único que siempre he querido ha sido tu felicidad. Sigo pensando que Bedford no es el indicado para ti. Dios sabe que lo que menos deseo es ver que alguien marchita tu vida, pero no puedo hacer mucho más al respecto, y solo por ti, voy a poner todo de mi parte para llevarme bien con él, aunque te advierto que encontraré la manera de asegurarme de que seas feliz.

Su dulce hermana se lanzó a sus brazos con una sonrisa en sus labios, esa que tanto le gustaba ver."

—Si te retaba a un duelo, mi hermana caería en una profunda tristeza. Como puedes ver, he encontrado una mejor manera de hacerte pagar por todo lo sucedido. Además, voy a disfrutar a lo grande de propinarte unos buenos golpes —aseguró Morei con una gran sonrisa en sus labios, que logró desubicar al duque por un momento.

Eso fue aprovechado por el heredero al condado, por lo que su puño terminó impactando contra el pómulos del duque, desequilibrándolo.

Francis sonrió y con el brillo de la adrenalina bailando en sus ojos, contraatacó.

Capítulo 22

Usualmente se realizaba una fiesta de compromiso, las amonestaciones eran leídas y, tras esto, se llevaba a cabo el matrimonio. Sin embargo, el duque no contaba con el tiempo ni la paciencia para esperar tanto. Por lo tanto, la anunciación del compromiso se realizó por medio de una cena en casa de los condes.

En cuanto Eliana vio a su prometido entrar, todo se vino abajo.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó corriendo hacia él y, una vez a su lado, acarició con mucha delicadeza el contorno del pómulo amoratado que tenía en la mejilla derecha.

—Tranquila, mi amor, estoy bien. Cada uno de estos golpes han valido la pena porque me han permitido limas las asperezas con tu hermano, aunque todavía no lo acepta del todo, podemos tener la seguridad de que asistirá a nuestra boda.

Ella puso los ojos en blanco, sin entender el motivo por el que los hombres llegaban a cometer tales estupideces, pero el anuncio la calmó y terminó lanzándose a los brazos de su amado.

—No te haces una idea de lo feliz que me hace todo esto. Muy pronto seré tu esposa, la duquesa de Bedford.

Él la tomó entre sus brazos.

—Te juro que te haré muy feliz, mi precioso ángel —prometió con un beso.

Los días pasaron mucho más rápido de lo que se habían imaginado. Con todas las preparaciones, un mes pareció una semana. Una tarde, en el hermoso jardín de la mansión Bedford, mientras el sol brillaba en lo más alto del cielo, Eliana Morei, hija de los condes de Pemberton, caminaba hacia el altar vistiendo un precioso vestido azul claro adornado con flores en hilos de plata, y un delicado velo que caía sobre su espalda.

Francis la miraba embelesado, perdido en su belleza, sintiéndose el hombre más afortunado del mundo al haber conquistado su dulce y delicado corazón, estaba seguro de que daría su vida por hacerla enteramente feliz.

—Bien, les declaro marido y mujer. Excelencia, puede besar a la novia —pronunció el cura.

Como si de un milagro se tratase, en el instante en el que se giró y unió sus labios a los de ella con apenas un ligero roce, se sintió como si su mundo se llenase de colores vivos y alegres. En pocas palabras, lo llenó de vida.

La celebración avanzó con rapidez. Debido al escaso tiempo de preparación y a las pocas habilidades sociales de los duques, no habían invitado a nadie más que a aquellos que consideraban cercanos, lo cuales no eran más de media centena de personas.

Llegado el momento, la condesa llevó a Eliana a la que sería la habitación de su esposo. Por suerte el mayordomo ya le había indicado en el lugar en el que estaba ubicada. Una vez allí, la ayudó a deshacerse del vestido colocándole un fino y elegante camisón. Cuando se acercó el momento de despedirse, los ojos de lady Pembroke se llenaron de lágrimas. Su niña era una dama casada, ya no era su bebé.

—Se supone que debo prepararte para la noche de bodas con tu esposo, pero presiento que el duque puede hacerse cargo del asunto. La conversación con mi madre fue horrible y no sabría cómo decírtelo, así que confió en que te enseñará lo importante y aprenderéis a compartir el placer. Solo te aconsejo relajarte, permite que la situación fluya y déjate llevar. Yo no he tenido

una mala experiencia con tu padre, por lo que espero que tú tampoco la tengas —se acercó y le dio un ligero beso en su frente—. Te quiero tanto mi niña. Espero que seas muy feliz.

—Gracias madre, por todo.

Las horas pasaron y los nervios solo iban en aumento. Paseó por la habitación, exploró el lugar, incluso tuvo tiempo hasta de conocer la habitación contigua. Se trataba de un hermoso espacio decorado en color crema con una preciosa cama de dosel en el centro de esta. Supuso que esa sería su habitación y que solo una puerta les separaría.

Al volver a la cama, se cubrió con las mantas y cerró los ojos, poniendo todo su empeño en dormir, quería descansar un rato, pero cuando estaba a punto de lograrlo la puerta se abrió, y aunque fue con mucho sigilo, resultaba inevitable no escucharlo. Cada uno de sus sentidos se pusieron alerta.

Se giró un poco y entonces le vio entrar, ya no llevaba ni su chaqueta, ni su chaleco ni su pañuelo.

—Creo que acabo de echar a muchas personas de mi casa. En mi defensa, ya me tenían hartos y no parecían quererse ir. Llevo horas deseando correr escaleras arriba, me moría de ganas de estar aquí contigo.

Se acercó a la cama y se sentó sobre ella con lentitud y cuidado, no quería asustar a la preciosa criatura que lo escrutaba con los ojos abiertos de par en par.

Eliana soltó una risita al imaginárselo sacando a los invitados a empujones.

—Solo espero que no hayas sido demasiado grosero —comentó.

—No te preocupes, hermosa, muy pronto te darás cuenta de que ser duquesa tiene muchos beneficios, entre ellos, que la sociedad nos perdona muchas cosas gracias a nuestra posición. Después de todo, somos los más cercanos a la realeza —aseguró con una sonrisa.

Se recostó a su lado con lentitud y empezó a acariciar uno de sus brazos con distracción. Sintió como ella se tensaba y en un acto reflejo la abrazó.

—¿Confías en mí? —preguntó recorriendo con sus dedos la longitud de su espalda y besando su cabeza.

—Con mi vida —respondió sin dudar.

—Entonces créeme cuando te digo que jamás haría algo que pudiera lastimarte. Quiero enseñarte lo que es hacer el amor entre dos personas.

Tomó su mentón y elevó su rostro con lentitud. En cuanto tuvo sus labios a su alcance, la besó despacio, tomándose el tiempo de saborear y disfrutar de su ternura, su inocencia, su timidez y su curiosidad. Una vez acarició el borde de sus labios con la lengua y estos se abrieron, permitiéndole completa libertad para explorarla a placer, sus manos temblorosas se ubicaron sobre su pecho, y aún con la gruesa tela de su camisa de por medio, sintió el calor que estas desprendían.

Poco a poco, los nervios fueron disminuyendo y el cuerpo de la dama se relajó, por lo que sus manos comenzaron a moverse con libertad por el pecho y el cuello de su esposo, ansiando repetir las sensaciones que había experimentado con anterioridad, durante los momentos en los que su esposo la había llevado al cielo, mientras su cuerpo se movía buscando su cercanía, su calor, sus caricias. Francis se deshizo de la manta y se ubicó sobre ella, su mano ascendió desde su tobillo a lo largo de su pierna hasta llegar a su cadera, en donde apretó su agarre, preso de las ansias y la pasión.

En mitad de los besos y las caricias, le quitó el camisón, dejándola completamente desnuda frente a sus ojos. Por un momento, la dama se tensó y el pudor la llevó a cubrirse tanto como sus manos se lo permitían. No era la primera vez que estaba desnuda ante sus ojos. No

obstante hallarse despojada de toda prenda y rodeada de la luz de las velas, acrecentó su nerviosismo.

—No, mi amor, conmigo no debes sentir vergüenza, para mí eres una diosa que merece ser admirada, cuidada y amada. Soy el hombre más afortunado que existe por tener el placer de poder llamarte mi esposa. Quiero ser tuyo en cuerpo y alma, ansío entregarme a ti y que tú te entregues a mí —le aseguró con la voz teñida de deseo puro.

Volvió a besarla dispuesto a hacerla olvidar el mundo. En sus ojos veía el amor y el ardor que sentía incluso i sus labios no pronunciaban palabra alguna.

Besó cada centímetro de su cuerpo, deleitándose con la reacción que este tenía, pues temblaba de placer y soltaba pequeños gemidos apenas audibles. Se detuvo varios minutos en sus pechos, dedicándole tantas caricias que su cuerpo estaba por estallar. Eran del tamaño perfecto para él, para sus manos y para sus labios. Después descendió hasta su entrepierna. Ella estuvo a punto de cerrar las piernas, pero Francis se lo impidió y sin atender queja alguna, su boca se apoderó de su feminidad, su lengua se movió arriba y abajo chupando, besando, acariciando, enloqueciéndola, llevándola al cielo y trayéndola de vuelta.

Fue desnudándose poco a poco, dándole el tiempo suficiente a Eliana para que se acostumbrase a su desnudez, dejando para el último momento sus calzones.

—Puede que sea un poco intimidante, solo debes recordar que nunca haría algo que pudiese lastimarte. Prometo que te causará placer —advirtió con dulzura.

Eliana asintió.

En ese momento, él se desprendió de la última prenda que le cubría, concediéndole la libertad que tanto ansiaba su masculinidad de elevarse en todo su esplendor, gruesa y grande, lista para conocer el paraíso en el cuerpo de su mujer.

La dama tragó saliva, Francis se ubicó en medio de sus piernas encantado de ver cómo ella intentaba disimular los nervios que amenazaban con apoderarse de su cuerpo. Era su valiente duquesa.

—Tranquila, amor mío, prometo que te gustará —susurró cerca de su oído.

Se apoderó de sus labios con fuerza, esperando que ella se olvidase por un segundo de lo que sucedía allí abajo y lo logró, Eliana respondió con el mismo impulso y supo que era el momento indicado, cuando sus pequeñas manos empezaron a moverse sobre su espalda y terminaron aferradas a sus hombros, solo en ese instante, empezó a empujar su miembro en el interior de su feminidad, deleitándose con la bienvenida que su calor y humedad le proporcionaban.

Cuando llegó el momento de tomar su cuerpo, dio una estocada que lo dejó enterrado en su canal. Mordió su labio para evitar el gemido de placer que amenazaba con escapársele y se centró en ella. No era el momento de pensar en lo mucho que lo estaba disfrutando, tenía que asegurarse de que su amada se sintiese bien y lo disfrutase. Aquello era su prioridad.

—¿Estás bien? ¿Cómo te sientes? —preguntó con voz ronca.

Eliana abrió los ojos un poco confundida. frunciendo el ceño.

—¿Eso fue todo? —cuestionó un poco decepcionada, ella estaba esperando sentir que tocaba las estrellas nuevamente y solo había experimentado una fuerte punzada de dolor, causándole al duque una fuerte carcajada.

Esa era su dama, siempre sorprendiéndolo.

—No, amor mío, no lo es.

Se retiró con lentitud para luego entrar de nuevo, creando un vaivén del que ella no tardó en ser prisionera. Se movía buscando su cuerpo, temblaba y gemía. Francis nunca había sentido tanto placer al yacer con una mujer. Sin embargo, con su esposa todo había resultado ser muy

diferente y, con las pocas amantes que había tenido desde su muerte no existía punto de comparación. Eliana era perfecta en todos los sentidos y encajaban tan bien con él, que supo que lo sería todo en su vida. Bajo ningún concepto estaba dispuesto a perderla.

Su duquesa se aferraba con fuerza y con tímidos movimientos acariciaba sus hombros, brazos y cuellos. Era el paraíso.

Aceleró el ritmo disfrutando de cómo ella temblaba, gritaba y se tensaba presa de un éxtasis que sabía superaría al anterior, y entonces se dejó ir, acompañándola al cielo, prometiéndose amor eterno y verdadero en su entrega. Y entonces, en los brazos de la mujer que, con sus locuras y alegría, lo habían traído de vuelta a la vida, sintió que, a pesar de todo, sin importar las tristezas o el sufrimiento, por fin todo lo vivido hasta entonces cobraba un sentido. Al final podía decir que era irremediablemente feliz y su corazón latía con tanta fuerza que tenía la certeza de estar vivo.

No solo había recobrado su corazón, sino que, además, en él se hallaba marcado a fuego el nombre de su amada.

Era suyo, para siempre.

FIN

Epílogo

—Usted no puede irse y ¡es una orden! —gritó el duque al médico que llevaba casi dos días prisionero en la mansión.

El hombre tomó una respiración profunda y soltó el aire despacio, llenándose de paciencia. Nunca había tenido un paciente tan exasperante, o bueno, más bien un familiar de un paciente tan exasperante.

—Excelencia, entiendo su preocupación, pero tengo otras personas que me esperan, y no puedo quedarme aquí cuando la duquesa no requiere todavía de mis servicios. Le aseguro que estaré al pendiente de su estado —argumentó desesperado por salir de allí.

Francis estaba rojo de la furia. ¿Cómo era que ese hombre no entendía que el estado de su esposa era lo único primordial en ese momento?

—Si lo que le preocupa es el dinero le aseguro que puedo pagarle muy bien. Sabe que el bebé puede nacer en cualquier momento ¿Qué pasa si mientras usted está llegando, algo se complica y la vida de mi esposa e hijo corren peligro? No estoy dispuesto a permitirlo, así que será mejor que se ponga cómodo —se cruzó de brazos y endureció su expresión, dejándole muy en claro cuáles era su única opción.

El hombre comprendía su preocupación. Su primera esposa había fallecido durante el parto al igual que su primer hijo, el duque estaba tomando tantas precauciones como le eran posibles para evitar que la historia se repitiese, pero no era el único que requería sus servicios y la duquesa aún no estaba de parto.

—No es por el dinero, excelencia, mi obligación es estar al pendiente de todos mis pacientes.

—¡No, es no! —declaró propinando un fuerte golpe sobre la mesa de su escritorio.

En ese momento se escuchó un grito y la doncella de Eliana entró corriendo al despacho sin tomarse el tiempo de golpear, se trataba de una emergencia.

—Excelencia, es la duquesa, él bebé ya viene.

Ambos hombres se miraron y salieron corriendo escaleras arriba hasta la habitación del duque. Desde la noche de bodas él se había negado a dejar que Eliana durmiese en otro lado que no fuese entre sus brazos, por lo que ella estaba más que instalada en la habitación que ahora compartían.

Eliana se hallaba sobre la cama, usando su camisón mientras gritaba de dolor, sosteniendo su prominente vientre.

—¡Amor! Tranquila, todo va a estar bien —dijo él acercándose y abrazándola con fuerza.

—¡Excelencia! Debe retirarse, usted no puede estar aquí —exigió el médico, y ante la mirada del duque continuó—. Entiendo su preocupación, pero le aseguro que estoy capacitado para hacerme cargo de la situación y su presencia podría entorpecerlo todo. Su excelencia necesita privacidad.

Una de las doncellas se acercó apremiándolo a salir, así que no le quedo otra opción que retirarse. Se quedó de pie frente a la puerta, aterrado por los gritos de su esposa, apenas pudo pedirle a uno de los lacayos que avisase a los condes de que él bebé iba a nacer.

El primero en llegar fue Leonard, quien entró a todo galope sobre su caballo.

—¿Cómo está? —preguntó en cuanto lo vio.

—Espero que bien —fue lo único capaz de decir. Lo cierto era que estaba aterrado, muerto de miedo ante la idea de perderla.

Leonard se acercó y le dio una palmada sobre el hombro.

—Ella va a estar bien, Bedford, mi hermana es la mujer más fuerte que conozco y puedo asegurarte de que saldrá victoriosa de esto cargando con un hermoso bebé en brazos.

El duque lo miró y asintió, queriendo convencerse de ello.

—Necesito distraerme. ¿Cómo va el asunto con la dama de la que me hablaste ese día en el club?

Morei se tensó.

—No hay mucho que decir, es una mujer muy inconveniente en todo el sentido de la palabra, que no sabe lo que es la prudencia y que tiene cierta tendencia a olvidar cómo debe comportarse una dama. Me va a volver loco.

Francis lo escrutó con una sonrisa en los labios.

—¿Acaso se acerca el momento en el que veremos al heredero al condado de Pembroke casado? Debo conocer a la afortunada que ha sido capaz de obrar tal milagro.

Leonard hizo una mueca.

—Eso jamás pasará. Algún día deberé casarme, pero puedo asegurarte que no será con esa mujer, quiero morir de vejez, no junto a una mujer que con tales locuras de por medio, me llevaría a la tumba en cuestión de días.

Esa pequeña conversación lo ayudó a relajarse, pero las horas se le hicieron eternas y no era capaz ni de tragar agua. Ni siquiera su tía logró convencerle de probar bocado.

Los condes no tardaron mucho en llegar, la condesa fue a asistir a su hija, y el resto conversaban con tranquilidad en una de las salitas para el té, hasta que por fin el médico apareció limpiándose las manos por el umbral de la puerta de la habitación de la que Francis no se había apartado ni un segundo.

—Excelencia, felicitaciones, ha sido padre de un hermoso bebé. La duquesa lo espera en su habitación.

El duque salió corriendo escaleras arriba y, al entrar a los aposentos, encontró a su esposa con una enorme sonrisa en los labios, sosteniendo en sus brazos un pequeño cuerpecito. Le parecía mentira, sentía que estaba soñando. Era padre, el amor de su vida acababa de darle un hijo o hija.

Se acercó despacio por miedo a despertarle de su sueño. Su suegra se levantó, besó a su hija en la frente, y pasó por su lado, propinándole un toquecito sobre su hombro, felicitándole.

—¿No quieres conocer a nuestro hijo? Te presento a Axel Levenson, heredero del ducado de Bedford —comentó su esposa con una mirada tan dulce, que le sirvió para asimilar que esa era su nueva realidad. Dios por fin le estaba proporcionando todo lo que necesitaba para que tuviera la vida con la que tanto había soñado.

Su esposa estaba bien, su hijo estaba bien, los tenía a su lado. A partir de ahora, estaba decidido a cuidarles con su propia vida.

Se sentó a su lado sobre la cama y acarició la mejilla de su hijo, mientras Lirio, la pequeña mascota de su esposa movía la cola de felicidad desde la puerta de la habitación, esperando que le permitieran la entrada. Todo resultaba perfecto.

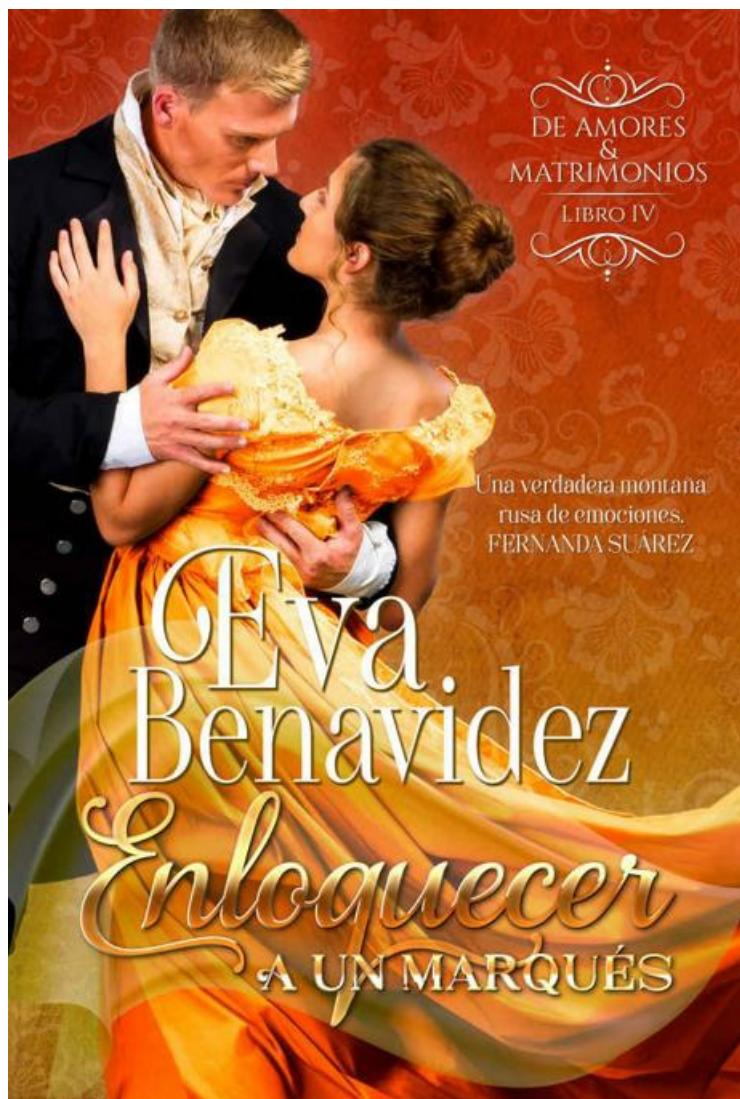
—No lo puedo creer. Te amo tanto, os amo tanto —susurró embelesado.

Eliana suspiró de alegría y agradeció al cielo tanto amor. Se sentía cansada, sí, pero todo había valido la pena, y solo entonces recordó una cuestión muy importante.

—Supongo que pronto podré volver a montar a Zafiro, tal y como antes lo hacía— anunció para luego reír al ver como el rostro de su esposo se deshacía.

Y aquel solo fue el principio de largos años colmados de auténtica dicha.

No te pierdas la siguiente entrega de la serie



ENLOQUECER A UN MARQUÉS

<http://rx.me/CRZB7Z>

Benjamin Rochester, marqués de Harrow, es consciente de que no puede seguir ignorando toda la eternidad la insistencia de su madre para que contraiga matrimonio, y cumpla con su deber de otorgar un heredero al título. No se opone a la idea de casarse, siempre y cuando la dama elegida cumpla al pie de la letra cada uno de sus requerimientos.

Para su contrariedad, la búsqueda de una candidata adecuada resulta un estrepitoso fracaso, lo que lo empuja a tragarse su legendario orgullo y acudir en busca de ayuda a la mayor casamentera de todo Londres.

Cuando recibe el nombre de quien al parecer reúne todas sus condiciones, y que además está dispuesta a aceptarlo como esposo sin necesidad de alargar el asunto con un cortejo innecesario, no tarda en disponer los arreglos para convertir a la candidata en la nueva marquesa de Harrow.

Sin embargo, lo que parecía el final de su historia, no es más que el inicio. Ya que sin esperarlo aprenderá que cuando de amores y matrimonios se trata, no existe una fórmula perfecta, y hasta el hombre más frío y cínico puede terminar de rodillas ante el amor.

¿Descubrirá lord Témpano, que nadie es inmune en las cuestiones del corazón?

Agradecimientos

No fue fácil poner el punto final a esta aventura. Disfruté demasiado y aprendí aun más, y aunque tuve mucho miedo de intentar algo tan nuevo, además de no estar a la altura de las demás escritoras, su apoyo me hizo crecer y gracias a ellas soy mejor.

Hilda, Vero, Mile, Lau, Eva y Audrey, gracias, por tanto, yo sé que no fue fácil acomodarse a mis horarios de trabajo, perdón por tantos dolores de cabeza.

Esto va dedicado a ustedes, queridos lectores. Cada palabra fue escrita con mucho amor y espero que lo hayan disfrutado tanto como nosotras.

Gracias a mi familia, porque me han apoyado en cada una de mis locuras sin juzgarme ni limitarme.

A ti, mi amor bonito, por aguantarme las traspasadas mientras escribía, por las risas en los momentos de estrés, por las aromáticas en los momentos de cansancio. Es tanto que agradecer. Hay una parte de nuestra historia plasmada en estas páginas.